



Mi Bestia de las **HIGHLANDS**

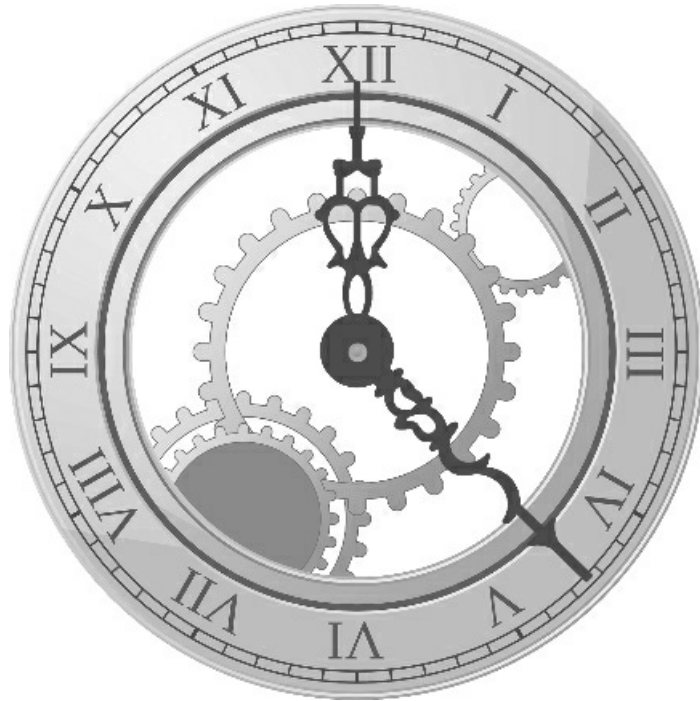
Los hermanos MacDonald I

LADY MACNOBLE

Mi Bestia de las

HIGHLANDS

Los hermanos MacDonald I



LADY MACNOBLE

Copyright © 2024 LADY MACNOBLE

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Tiempo es la medida del movimiento
entre dos instantes.

Aristóteles.

Prólogo

Escocia, en algún lugar del mar, año 1535

Cuando conseguí abrir los ojos y enfocar con claridad creí que estaba soñando. Cinco cabezas me observaban desde lo alto mientras yo todavía seguía tirada boca arriba en el suelo cual cucaracha. Cinco cabezas que pertenecían a cinco hombres cual de todos más rudo y desaliñado. Por encima de ellos pude observar el cielo ennegrecido por una tormenta brava que descargaba su furia ante los presentes. La lluvia intensa comenzó a calarme la ropa, y tuve la sensación de que todo se movía a mi alrededor.

Me incorporé con cuidado para quedarme sentada, todavía no me sentía con fuerzas como para levantarme. Miré a mi alrededor y me sorprendí, porque allí habían más de una veintena de «caballeros» —por mencionarlos de algún modo—, que parecían salidos de una película de *Piratas del Caribe*, observándome con sus caras roñosas, sus dientes podridos, sus ropas roídas, y sus pieles curtidas por el sol. Pero ¿dónde demonios estaba?

—¡Señor MacDonald, me temo que tenemos un polizón en nuestro navío! —gritó uno de los poco agradecidos.

El hombre extendió su dedo índice hacia mi persona con la clara intención de tocarme.

—¡Ni se le ocurra rozarme con esa uña roñosa que parece que no ha visto el jabón en su vida, Jack Sparrow de pacotilla! —exclamé mientras le daba un manotazo.

El hombre abrió de forma desmesurada los ojos y retrocedió unos pasos mientras las risas de los que allí estaban resonaban con fuerza por todo el lugar.

Entonces me di cuenta de que aquellos personajes salidos de las peores pesadillas de piratas iban armados hasta los dientes.

«¡Mierda, resulta que Herea iba a tener razón y aquello podría ser un viaje peligroso!». Me dije a mi misma mientras observaba con asombro a mi alrededor.

Entre la masa de gente que se había apelotonado curiosa por mi presencia, se abrió paso un hombre alto y fornido cuyo semblante lucía serio e intimidante. Se plantó ante mí, y me miró en silencio como si estuviese estudiándome.

—¡Capitán, está mujer ha aparecido de la nada tras el estruendo de un trueno! Le juro que yo mismo he sido testigo de tal brujería.

Al pronunciar la palabra «brujería», varios de los presentes retrocedieron de forma automática, mientras murmuraban entre ellos, me dio la impresión de que más de uno parecía asustado.

—¿Brujería? —se carcajeó el Capitán—. No digáis sandeces.

—No son sandeces, señor. En las tabernas se cuentan historias de sirenas y de brujas... —El hombre bajito y regordete se acercó a mí y me señaló—. Y de todas esas mujeres se destaca su belleza. Mírela, es preciosa, y eso solo puede ser malo.

—¡Sí, es demoniaco! ¡Matémosla! —se escuchó de fondo.

—¡Tirémosla por la borda! —dijo otro.

—¡No soy una bruja, ni mucho menos una sirena! —chillé en mi defensa—. Estoy aquí por

equivocación.

El Capitán entrecerró los ojos y apretó la mandíbula mientras me miraba duramente.

De pronto un trueno se escuchó tan fuerte que retumbó en mi interior activando todos mis sentidos.

Acababa de ser consciente de dónde me encontraba. Me levanté y solo tuve que caminar unos pasos para llegar a la barandilla y asomarme por la borda. A mi paso todos retrocedieron a mi alrededor, nadie quería estar cerca de la que podía estar maldita.

Cuando observé el mar bravío, y olas tan grandes como montañas no pude evitar aferrarme con fuerza a la baranda y rezar por no acabar ahogada.

—El tiempo está empeorando, debemos atracar o todos moriremos, y ya sabe cuáles son las tierras más cercanas... —sugirió el hombre a su capitán.

—No pienso poner un pie en Scolpaig, le recuerdo que mi hermano me desterró.

—Solo será hasta que amaine el temporal, él ni siquiera sabrá que hemos atracado, entraremos por la costa de Tigharry, está lo bastante alejada del castillo Alnwick como para que no se percaten de nuestra presencia—. El Capitán gruñó con rabia a la vez que pateó un cubo de madera que estaba cerca de él.

—Está bien, solo hasta que amaine. —El hombre asintió y comenzó a dar órdenes.

—¡Ya habéis oído, señores! Ponemos rumbo a la costa de Tigharry —gritó mientras movía los brazos con efusividad—. ¿Y qué quiere que hagamos con ella?

—Atadla al mástil —dijo sin expresión alguna en su rostro—. Si sobrevive al temporal pensaremos que hacer con ella.

—¡No por favor! ¡Socorro! —grité mientras un par de hombres se dirigían hacia mí para cumplir las órdenes de su capitán.—¡Yo no pertenezco a este tiempo! ¡Ha sido una equivocación!

Capítulo1

Galicia, Esgos, 13 de diciembre del 2025

—¿Estabas dormida?

—¿Tú qué crees? ¡Elisabeth Son las dos de la mañana! —Me regañó al otro lado de la línea.

—Es que tengo algo muy importante que contarte, Elena.

—¿Y no puede esperar a mañana? —preguntó todavía con la voz pastosa.

—¡No, claro que no!

—Está bien, soy todo oídos.

—Detesto contarte esto por teléfono, ojalá todavía continuásemos siendo vecinas. —Sentí como mi voz se deshinchó de forma involuntaria.

—Esgos no está tan lejos de Ourense, en coche son solo veinticuatro minutos, en cuanto cumplamos los dieciocho nos sacaremos el carnet de conducir y podremos vernos de continuo, ya lo verás.

—Eso no sé si será posible, Elena...

—Claro que sí, a ti te falta menos de un mes para tu cumpleaños.

—¡No Ele, escúchame! —Traté de sonar seria—. Mañana me voy y no sé para cuanto tiempo.

—¿Otra vez? Pero si te acabas de mudar, ¿es que acaso tu familia y tú sois fugitivos de la policía y no me habéis dicho nada?

—Recuerdas que te hablé de mi prima Herea.

—Sí claro, esa que apareció de la nada y os regaló la casa familiar porque se iba a vivir a Escocia por trabajo.

—Exacto, solo que no se va a vivir a Escocia como tal.

—¿A dónde quieres llegar Elisabeth?

Respiré profundamente mientras decidía que lo mejor era que le soltase todo de carrerilla.

—Ella va a viajar en el tiempo a la Escocia del siglo XVII, resulta que muy cerca de aquí hay un monasterio muy antiguo donde existen unos arcos. Esos arcos si los atraviesas el último viernes de diciembre, justo cuando el sol está tocando las montañas, puedes viajar en el tiempo.

—¿Viajar en el tiempo?

—Sí.

—¡¿Y tú la crees?!

—Por supuesto que la creo, ella me ha contado que hace dos años viajó junto a dos de sus amigas, pero que regresó por su *avoa* y porque estaba herida de muerte. Tuvieron que operarla de urgencias, he visto su cicatriz.

—Sabes que lo que me cuentas es del todo irreal, ¿verdad?

—Lo sé, pero hay más. He buscado información sobre sus amigas.

—¿Y qué has encontrado?

—Las dos están desaparecidas desde el 2023, ni rastro de ellas.

—Estás borracha Elisabeth, es eso ¿verdad?

—No, claro que no, Elena. Te estoy diciendo la verdad.

—¿Y si las hizo desaparecer ella? Apenas la conoces.

—Es mi familia, y la creo, además voy a intentar marcharme junto a ella.

—¡Tú estás chalada, y esto no hay por donde cogerlo!

—Está bien, no me creas, pero presta atención a lo que te voy a decir, así cuando desaparezca de la paz de la tierra, que al menos tú sepas donde estoy.

—Sí claro, claro.... —Me dio la razón cual loca—. ¿Y eso cuando se supone que será?

—Mañana al atardecer. Por lo visto para cruzar los arcos necesitas tener una piedra de labradorita, y he visto que Herea tiene tres, y solo necesita de dos; una para ella y otra para Ian, su pareja, y que además es un *highlander* de verdad. Ella no quiere que la acompañe, así que me haré con la piedra sin que lo sepa, los seguiré y entraré en los arcos tras ellos.

—¿Pero tú te estás escuchando?

—Sé que parece una locura, pero lo que te digo es verdad. Créeme por favor —imploré.

—¿Sabes lo que creo? Que la mudanza y el cambio de aires no te ha sentado bien, Elisabeth. Que estás agobiada, y que es probable que te sientas sola. Así que este fin de semana iré a visitarte y pasaremos un par de días juntas.

—Puedes venir si quieres, así comprobarás por ti misma que he desaparecido.

—¿No estarás pensando en hacer una locura? —Su tono de voz parecía preocupado.

—No, Elena. Puedes estar tranquila, estaré aquí para tu llegada —mentí para su tranquilidad.

—Bien, eso era lo que quería escuchar, y ahora si no te importa... estoy muerta y mañana madrugo.

—Claro, buenas noches, Elena. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Elisabeth.

Capítulo 2

Galicia, Esgos, 13 de diciembre del 2025

—Por favor Herea, llevadme con vosotros —supliqué con lágrimas en los ojos.

—No Elisabeth, y por favor no insistas más, si te lo conté fue porque tus padres y tú sois los únicos familiares que encontré con vida y necesitaba una tapadera. Por otra parte, me sabía mal dejar la casa abandonada. —Miró a su alrededor—. Esta vivienda ha permanecido a nuestra familia desde generaciones, y estoy segura de que a mi *avoa* le hubiese encantado saber que tenía una prima tercera por ahí perdida que conservará su bien máspreciado.

—Pero es que me muero por conocer a un *highlander* de esos.

—Escúchame. —Ella dejó de recoger sus cosas y se sentó sobre la cama—. Es peligroso. Ian y yo ya te contamos todo lo que pasó, cada una viajamos a una parte diferente de Escocia y nos vimos expuestas a muchas dificultades. Puede que esta vez suceda de la misma forma, pero con la ventaja de que estamos preparados. Si nos separamos ambos acudiremos a la isla de Skye, además llevaremos la ropa adecuada y dinero. Imagina por un momento en que tú nos acompañas y acabas extraviándote. ¡No quiero ni pensarlo!

—No soy una niña Herea, acudiré a Skye y os encontraré.

—Sí eres una niña Eli, y todavía tienes que terminar tus estudios.

—¡Cumpliré dieciocho el mes que viene!

—¡He dicho que no! —Herea se levantó y tras un par de respiraciones profundas, me abrazó—. Voy a echarte mucho de menos, los meses que hemos pasado juntas me han ayudado a superar la pérdida de mi *avoa*, has sido un gran apoyo para mí y nunca te olvidaré.

—Yo tampoco os olvidaré. —Herea me sonrió con cariño.

—¿Ya estás lista mi pequeña rebelde? —Ian apareció por la puerta vestido como un guerrero de esos que salían en las pelis históricas.

Llevaba una falda que me dejaba ver sus rodillas por delante, y por la parte trasera era algo más larga y estaba plisada sobre sí misma. Una limosnera de cuero caía sobre la misma falda, y un cinturón sujetaba una gran espada. La camisa blanca parecía de lino, y aunque se veía algo desgastada, le sentaba de maravilla. Lucía impresionante, su gran porte destacaba con aquellas ropas. ¿Todos los guerreros de su época serían tan guapos?

Ian estaba sonriente, jamás desde que lo había conocido lo había visto tan feliz. Me imaginé que no todos los días se regresaba en el tiempo al hogar de uno, y me alegré por él.

—Ya estoy preparada. Podemos irnos, aunque me he vuelto loca buscando algo... —Las palabras de Herea me tensaron al instante—. No importa, supongo que ya no lo necesitamos.

Salimos de la habitación y atravesamos el pequeño comedor hasta la puerta de salida de la casa. Afuera mis padres cuidaban el huerto mientras charlaban animadamente y compartían sonrisas cómplices, hacía tiempo que no los veía tan felices como desde que llegaron a Esgos.

—Ya es la hora de despedirnos familia, gracias por todo.

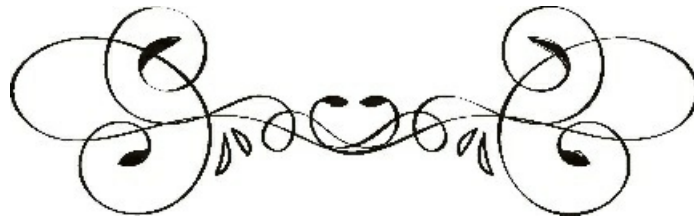
—Gracias a ti Herea, esta casa para nosotros ha sido como una bendición —contestó mamá.

—Que tengáis un buen viaje a Escocia, y espero que no tardéis mucho en visitarnos, aquí tenéis vuestra casa. —Papá abrazó a Herea visiblemente emocionado.

Cuando Herea llamó por teléfono a mis padres y les ofreció la oportunidad de vivir en la casa familiar, ya que ella se trasladaba a Escocia por trabajo, dieron saltos de alegría puesto que no estábamos pasando por un buen momento. Papá acababa de perder su empleo y los gastos nos consumían.

—Lo intentaremos —contestó Ian mientras le estrechaba la mano a papá.

Después se subieron al coche y desaparecieron.



Desde mi posición escondida entre la maleza, apenas podía vislumbrar la silueta de Ian y Herea, subiendo por los empinados peldaños que los llevarían a los arcos de piedra de monasterio de San Pedro de Rocas. Me deslicé por el suelo con sigilo y conseguí acercarme un poco más a una zona en la que los podía ver a la perfección.

Ellos esperaban al atardecer agarrados por las manos. Herea ya se había cambiado y llevaba un bonito vestido color vino con un apretado corpiño que realzaba su figura, el pelo se lo había dejado suelto y ondeaba desenfadado mecido por el viento. Se miraron, y tras besarse con pasión, caminaron juntos hasta desaparecer en el interior de aquellas estructuras de piedra.

¡Era cierto, todo lo que me habían contado era cierto!

Corrí tras ellos y subí los peldaños de las escaleras de dos en dos, y cuando miré a través de los arcos no fui capaz de verlos, habían desaparecido, y lo único que allí se veía era al sol rozar los picos de las montañas. Entonces saqué el collar que le había quitado a Herea de su bolso aquella misma mañana y me lo colgué al cuello, se suponía que con él yo también viajaría. El cuerpo me tembló al pensar en la imprudencia que estaba punto de cometer, y por un momento retrocedí asustada.

—Vamos Elisabeth, estas cosas solo pasan una vez en la vida —me dije a mí misma.

Tan solo quedaban unos segundos para que el sol desapareciera, y como movida por un impulso salté al interior de los arcos.

Dentro solo había oscuridad y un sonido ensordecedor que atravesó mi cuerpo y se instaló en mi cabeza haciendo que me mareara. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados puesto que no distinguía forma alguna. No sentía mi cuerpo, y si gritaba no escuchaba el sonido de mi voz, era como caer por un abismo infinito, pero sin esa sensación que provoca en el estómago. Creo que perdí la conciencia un par de veces, y de pronto un duro golpe contra mi espalda me robó por completo el aliento.

Capítulo 3

Escocia, en algún lugar del mar, año 1535

Arrepentida y asustada, así es como me sentía mientras los dientes me castañeaban y el cuerpo me temblaba debido al frío y la mezcla de miedo que recorrían mi cuerpo. Atada al poste de aquel navío, mientras el mar y el cielo descargaba su furia deseé no haber entrado jamás en aquellos arcos que me habían llevado directamente a aquella pesadilla.

¿Por qué narices no había obedecido a Herea? Ella me aseguró que el viaje podría ser peligroso, es más, que ella lo había vivido en sus propias carnes.

Necesitaba hablar con el capitán, convencerlo de que estaba allí por equivocación y explicarle que me dirigía a la isla de Skye, donde buscaría a mi prima.

Desde mi posición podía observar cómo los hombres se movían de un lado para el otro de una forma sincronizada tratando de dirigir aquella gran embarcación de madera hasta la costa de Tigharry, tal y como le había escuchado decir a uno de los hombres.

De pronto se sintió una gran sacudida, y algunos de los marineros gritaron eufóricos mientras otros, se felicitaban y estrechaban sus manos. Parecían contentos, quizás fuese porque no habíamos muerto.

El hombre regordete y que parecía más cercano al capitán, se me acercó con una gran sonrisa en el rostro.

—Vamos, mujer. El capitán desea hablar con usted en su camarote.

—¡Gracias a Dios! Pensé que me dejaría morir aquí atada.

—¡No canté victoria, bruja! Seguramente lo que venga ahora será mucho peor —dijo mientras sacaba un cuchillo y lo tendía frente a mí.

De una forma automática mi cuerpo se tensionó al pensar en lo que me harían aquellos bárbaros.

El hombre cortó las cuerdas que sujetaban mi cuerpo y me dirigió de muy malas formas hasta el camarote de su capitán. Una vez allí me obligó a sentarme en una silla frente a él, que descansaba con los pies sobre su mesa.

—Gracias Murdo, puede marcharse.

—Pero señor, podría usar sus poderes en contra de usted. Desearía quedarme y asegurarme de su bienestar.

—No será necesario —habló tajante y con tono autoritario.

Murdo asintió, y tras hacerme una mueca de desagrado, salió cerrando la puerta tras de sí.

El capitán se recolocó en su asiento, apoyó los codos sobre la mesa, y se inclinó hacia delante para poder observarme de cerca. Sus ojos eran tan verdes como en mismo fondo del mar, intensos y oscuros, contrastando así con el castaño de su pelo, su piel morena, y sus dientes blancos y perfectos. Sus ropas anticuadas, pero cuidadas, llamaron mi atención. Llevaba una especie de chaqueta azul con bordados en oro, y debajo una camisa blanca a la que le faltaban un par de botones por pasar y por donde asomaba un torso fuerte y marcado. Unos pantalones

marrones marcaban el contorno de sus piernas fuertes y esbeltas, y las botas altas de cuero negro daban el toque final a aquel *outfit* tan propio de un bucanero. ¿Pero dónde demonios estaba su *kilt*? Yo había viajado hasta allí esperando encontrarme *highlanders* de verdad, y no estaba segura de que aquel hombre lo fuese.

—Discúlpeme señora —carraspeó—, pero creo que no nos hemos presentado formalmente. Mi nombre es Kai MacDonald, y soy el capitán de este navío. ¿Y usted es...?

—Soy Elisabeth Castillo —contesté de forma sincera.

—Un apellido poco común para estas tierras.

—Soy de España. —Frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—De acuerdo, y una vez hechas las presentaciones... —Se alzó y dio un sonoro puñetazo sobre la mesa—. ¿Me puede explicar qué narices hace en mi barco?

—¡Un momento, no pienso dejar que me grite, orangután sin modales! —Me levanté y puse mis manos sobre la mesa para encararlo.

—Me temo que no sabe con quién está hablando, mujer.

—No, no se equivoque, el que no lo sabe es usted.

—Así que es cierto. —Rodeó la mesa y se situó junto a mí—. Es una bruja.

—Cuando me lo propongo sí, puedo ser una auténtica bruja.

—Calle, o dejaré que mis hombres se diviertan con usted hasta que decida cuál será su destino.

—Pues todos acabaréis en desgracia, pues sobre mi cuerpo cae una terrible maldición, una maldición que trae consigo la más terrible de las muertes.

Conocía a la perfección lo supersticiosos que podían ser los marineros, y crucé los dedos esperando a que el capitán también lo fuese y se asustase con mis falsas amenazas.

—Solo una *bana-bhuidseach*, tendría la valentía de enfrentarse a mí de esta forma, pues quien haya oído hablar de los hermanos MacDonald jamás osaría a tal insensatez.

No sabía quién demonios eran esos MacDonald, pero lo que sí sabía es que aquel tipo estaba acabando con mi paciencia. Respiré un par de veces buscando las palabras adecuadas, debía de controlar mi lengua, pues era la que me había metido en más de un problema, y estaba claro que allí me encontraba en desventaja.

Miré hacia mis manos todavía apoyadas sobre la mesa, y entonces me percaté de algo que hizo que mis piernas temblasen de forma automática.

Todo a mi alrededor comenzó a darme vueltas, y tuve que sujetarme con fuerza para centrar la vista y leer de nuevo lo que ponía en aquellos documentos que estaban sobre el escritorio del Capitán MacDonald.

—Diario de abordo, diez de mayo del año mil quinientos treinta y cinco... —Leí en voz alta y clara—. ¡No, puede ser! ¡Es imposible!

El corazón comenzó a latirme con fuerza, y sentí que el aire no llenaba mis pulmones. El estómago se me encogió, y apenas era consciente de mis extremidades...

Capítulo 4

Escocia, en algún lugar del mar, año 1535

Kai MacDonald

La bruja se desmayó ante mi atónita mirada, y en un rápido movimiento la atrapé entre mis brazos evitando que su cuerpo chocara con el suelo. Miré su rostro angelical, y me sentí atrapado en lo delicado de sus facciones. Su piel blanca contrastaba con el negro de sus largas pestañas y con el rosado de sus labios carnosos que incitaban a la locura. Su pelo rubio se derramaba en cascada y rozaba la estrechez de su cintura. Entonces fue cuando me convencí por completo de que aquella mujer era una bana-bhuidseach y que estaba allí para atraer mi desgracia como bien había mencionado ella momentos antes.

La cargué entre mis brazos, y la tumbé sobre un diván que había en un lateral del camarote, junto a una pequeña ventana circular, desde la que pude observar el clima todavía enfurecido. Tras echarle un último vistazo en el que reparé en sus ropas tan extrañas, abandoné la estancia en busca de mi segundo.

No tardé en encontrarlo, pues estaba en cubierta dándole las órdenes pertinentes a los hombres.

—Señor, ahora mismo iba a buscarle —me dijo nada más verme—. Hemos avistado a un grupo de guerreros que viene hacia aquí.

—Es él, Murdo. No me cabe la menor duda, y no podría resultarme más conveniente para mis planes.

—¿A qué se refiere?

—A que tenía razón —sentencié—. Esa mujer es una bruja, y cuanto antes la bajemos de esta embarcación, mejor.

—¿Lo sabía! ¿Y qué piensa hacer con ella?

—Se la entregaré a mi hermano haciéndola pasar por una damisela en apuros, así mataré dos pájaros de un tiro. Por una parte, me desharé de la bruja, y por la otra llevaré la desgracia a mi hermano. Esa mujer solo le traerá problemas, y cuando su mundo se desmorone yo estaré aquí para recoger los pedazos y ocupar mi lugar como el *laird* que siempre mereció mi pueblo. Sí es cierta la maldición que recae sobre esa fémina, pagaré por mi destierro y por las falsas acusaciones que lanzó en mi contra.

—Es un plan estupendo, solo que olvida algo. Su hermano juró que, si ponía un pie de nuevo en tierras MacDonald, sería detenido y ejecutado de inmediato.

—Pero todavía no he puesto un pie sobre la tierra, ¿verdad amigo? —Murdo sonrió al entender a qué me refería.

—Tráigala, seguramente ya se haya recuperado de su desfallecimiento. Quiero hablar con ella antes de que llegue mi hermano.

—A la orden, señor. —Mi segundo desapareció en el interior del navío, y a los pocos

minutos regresó con la bruja que prácticamente llevaba a rastras por uno de sus brazos.

—¡No pienso bajarme de este barco! Le exijo que me lleve a la isla de Skye —reivindicó de una forma contundente.

—Señorita Castillo, no creo que esté en posición de exigir. Su estancia aquí ha concluido, y ahora mi hermano se ocupará de su bienestar.

—¡Espero que él al menos no sea tan poco considerado!

—Tranquila muchacha, pronto descubrirás porque a Bryce MacDonald lo apodan la Bestia de las *Highlands*, y te aseguro que no tiene nada que ver con sus buenos modales. —Murdo se carcajeó abiertamente ante la cara de espanto de la bruja.

—¡Malditos patanes! —La mujer trató de golpear a Murdo, pero él estuvo ágil en sus movimientos y consiguió esquivarla e inmovilizarla.

—Será mejor que la amordaces y la llesves a la playa, Bryce debe de estar por llegar —le ordené.



Desde lo alto de mi embarcación, podía observar la escena que se acontecía a pocos metros de mí junto a la orilla de la playa. La bruja, amordazada y maniatada, se revolvía con intensidad mientras era arrastrada.

Cuando mis hombres llegaron junto a Bryce, y a mi primo Connor, se detuvieron ante sus monturas. Desde mi posición no podía escuchar la conversación, pero supuse que Murdo les estaría narrando las palabras que yo mismo les dije.

Sabía que Bryce aceptaría a la bruja, pues no pasaría la oportunidad de interrogarla para descubrir cual era mi residencia actual. Conocía como funcionaba su cabeza, y él la mía, pues hasta hace unos meses nuestra unión había sido tan sólida que si alguien me hubiese dicho que acabaríamos de tal forma no lo hubiese creído.

Uno de sus guerreros agarró a Elisabeth de muy malas formas y la subió sin ninguna sutileza a su montura, para después salir a galope en dirección a Alnwick Castle.

Bryce desde su posición sobre su imponente animal, levantó el mentón y me dirigió una mirada llena de odio, a la que yo respondí con la misma intensidad mientras apretaba la mandíbula y mis puños, después clavó sus estribos y desapareció en dirección a casa seguido por sus hombres.

Observé mis tierras con cierto pesar mientras mi primo y mi hermano se alejaban sin mirar atrás. Aquella escena revivió mi dolor, pues ella estaba en la esencia de aquel paraje que había sido tan mío y tan suyo. Juntos habíamos recorrido a caballo cada milla de aquella playa lejos de las paredes de Alnwick, donde habíamos podido ser libres del peso de un apellido. La extrañaba, y su recuerdo se me hacía tan presente allí, que sabía que si no ponía rumbo de nuevo a mar abierto caería en un abismo oscuro del que no podría resurgir tan fácilmente.

Quizá aquel era uno de los motivos por los que todavía no había decidido atacar a Bryce, para reclamar lo que siempre me perteneció.

Capítulo 5

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Aquella horrible travesía a caballo entre los brazos de un extraño, maniatada y amordazada, se me hizo eterna; desesperante. A cada tramo mis pensamientos variaban entre si sería peor el dolor de mi trasero, o mi futuro encuentro con el que apodaban «la Bestia de las Highlands».

Cuando el animal se detuvo ante las puertas de aquella enorme fortaleza, mi corazón también lo hizo del mismo modo. Estaba asustada, y solo pude reclamarme el no haber escuchado las palabras de mi prima Herea.

Un hombre corpulento que salió de las inmediaciones del castillo, se aproximó hasta nosotros con el semblante serio, me agarró con dureza por la cintura, y me bajó del caballo de una forma brusca.

—¿Y el *laird*? —le preguntó al guerrero que todavía seguía sobre su montura.

—Hizo que me adelantara, no tardará en llegar. Sus órdenes son que la encerremos en la torre norte y que la mantengamos bajo vigilancia hasta su llegada.

El bruto que agarraba mi brazo con demasiada fuerza asintió, y después me condujo por los jardines hacia una estructura de piedra altísima que se encontraba a unos metros de allí. Por el camino divisé a varias personas que me miraban con curiosidad, deduje que serían empleados, o gente que debía de vivir allí. Sus ropas eran tal y como me las había imaginado, las mujeres vestían con faldas abultadas, y sobre ellas unos delantales, llevaban corsés muy apretados y debajo de estas blusas, o camisas con mangas abullonadas. Algunas lucían pañuelos en el pelo, mientras que otras un recogido bajo a la nuca. Los hombres llevaban los tradicionales *kilts*, camisa, y sobre esta una gruesa chaqueta, botas, y calzas hasta la rodilla.

Una vez que llegamos a la torre norte, esperé lo peor. Desde fuera se podían divisar lo diminutas que eran sus ventanas, y estas estaban provistas de barrotes. Imaginé que sería una cárcel, y los vellos del cuerpo se me erizaron en respuesta. Por lo poco que conocía de las cárceles en aquel siglo, sabía que las condiciones serían lamentables, o que podrían estar provistas de ratas, y si no hubiese estado amordazada, le hubiese suplicado a aquel hombre que no me metiese en aquel lugar, odiaba a los roedores con toda mi alma, y tan solo pensar en que podríamos compartir habitación me hizo entrar en pánico. En vez de eso traté de oponer resistencia, cosa que me fue en vano, pues el guerrero no tuvo que esforzarse demasiado para inmovilizarme a su voluntad.

Una vez frente a la puerta de mi futura «morada», el hombre liberó mis manos de las ataduras gracias a un cuchillo que llevaba en su cinturón, y después desanudó la soga que se ceñía a mi boca. No había sido consciente hasta entonces de que mis labios se habían quedado dormidos. Me llevé la mano hasta ellos y traté de aliviar el hormigueo incesante que me resultaba doloroso.

—Bienvenida a Alnwick, señorita —me dijo con cierto tono sarcástico mientras abría la puerta.

Después me empujó dentro de aquella estancia con tanta fuerza que no pude evitar caer al suelo, desde donde escuché el estruendo que emitió el portón al cerrarse, seguido de los cerrojos que evitarían que tratase de escapar.

Rápidamente me levanté y golpeé la áspera puerta con mis puños.

—¡No, por favor, sáqueme de aquí! ¡Odio los espacios cerrados!

Y era verdad, odiaba sentirme encerrada, y ya estaban apareciendo los primeros síntomas de mi ansiedad que no me dejaban apenas respirar.

Miré a mi alrededor asustada, y lo que descubrí me dejó sin aliento. Una enorme y amplia habitación adornada de forma sencilla, aunque bien equipada. En el centro de aquella estancia una cama con dosel llamó mi atención. Me acerqué hasta ella temblorosa y descubrí que la ropa de cama estaba limpia y perfectamente colocada. Junto a ella, había una mesita de patas altas que disponía de un cajón, no pude evitar abrirlo y descubrir que estaba vacío para mi decepción.

Bajo la pequeña ventana había un sofá estilo isabelino, y junto a una de las paredes un escritorio. Sobre él estaba todo lo que se necesitaba para escribir una carta. No pude evitar tocar uno de los papeles que había en un montón, al tacto era algo rugoso, y no tan blanco como los del futuro.

La curiosidad me llevó de nuevo a la ventana de madera. Al abrirla, una brisa helada acarició mi rostro, y eso aplacó algo mi claustrofobia. Intenté ver por ella, pero estaba tan alta que apenas podía asomarme, aun habiéndome puesto de puntillas sobre el sofá.

Tras un largo rato dando vueltas por la estancia, entendí que nadie me iría a buscar, y casi que lo agradecí, pues deseaba retardar en todo lo posible mi encuentro con el señor del castillo.

Me tendí sobre la cama, y mientras pensaba en lo estúpida que había sido al adentrarme en aquellos arcos y mis lágrimas se derramaban sobre la almohada, me quedé dormida.

Capítulo 6

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

Sobre lo alto de mi montura divisé como mi hermano mayor me dirigía una mirada retadora desde la seguridad de su navío, a la que yo respondí del mismo modo. No entendía cómo había tenido la osadía siquiera a atracar en mis tierras después de nuestro último encuentro. Lo detestaba con todas mis fuerzas, él era el causante de nuestra desdicha, y acabaría pagando por ello, aunque tuviese que dedicar mi vida completa a aquella empresa.

Clavé mis talones en los flancos del animal, y salí a pleno galope seguido por mi primo en dirección al castillo. Necesitaba sentir la velocidad, el viento frío sobre mi rostro, la excitación, algo que me hiciese olvidar por qué odiaba tanto a mi hermano, un hermano al que había amado y admirado tanto durante mi infancia que hacía que se me partiese el corazón. Él me había convertido en lo que era; una bestia, una bestia a la que no le importaba nada ni nadie.

Un gruñido salió de lo más hondo de mi interior y arañó mis cuerdas vocales, estaba furioso, y deseaba pagarlo con alguien, así que lo haría con esa extraña mujer que había traído mi hermano hasta mis tierras.

Cuando llegué a la torre norte, desmonté de un salto y me dirigí hacia la puerta donde dos de mis hombres custodiaban la entrada por petición mía. Nada más divisarme se hicieron a un lado dejándome el paso libre. Subí las escaleras de dos en dos, y en poco tiempo ya estaba frente a la puerta de la forastera, donde otro de mis hombres la custodiaba. Este, al verme, rápidamente sacó un manojo de llaves de uno de sus bolsillos y quitó el pestillo para que yo pudiese entrar.

La mujer estaba tumbada sobre la cama y parecía dormida, así que me acerqué con sigilo para poder observarla más de cerca.

En cuanto mis ojos se posaron en ella todo mi ser reaccionó al instante. Era tan hermosa como singular, y de pronto despertó mi curiosidad. Carraspeé con la intención de hacerla despertar, pero por lo visto debía de estar tan agotada que no funcionó. Posé mi mano sobre su hombro, y la zarandeeé sin ninguna sutileza. Ella, casi de inmediato, abrió los ojos sobresaltada y dio un brinco sobre la cama poniéndose de rodillas mientras soltaba todo tipo de palabras sin sentido alguno para mí.

—¡Mierda, joder! Me has dado un susto de muerte. —Se llevó las manos al pecho—. ¿Se puede saber por qué me despiertas así?

Su reacción fue de lo más impulsiva e impropia, y eso causó mi diversión, aunque no se lo dejé saber.

—Es mi casa y tú eres mi prisionera —hablé con tono serio y conciso—. Da gracias a que no te he echado un balde de agua bien fría.

Ella me miró perpleja y pude fijarme en el azul intenso de sus ojos que me transportó a los cielos despejados de mi querida Escocia.

—Exijo hablar con el señor de estas tierras, he sido secuestrada, primero por un bucanero

con muy malos modales y ahora por el que apodan la Bestia, y que además es su hermano. —Ella se levantó y se dirigió a la otra punta de la habitación desde donde me miró con seriedad, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y qué es lo que quieres hablar con esa Bestia?

—¡Eso a ti no te incumbe!

—Me incumbe más de lo que te imaginas. —Me acerqué hasta ella con una sonrisita de medio lado—, porque yo soy Bryce MacDonald, o, mejor dicho, la Bestia de las *Highlands*.

—Pero... pero eso es imposible. —Me miró de arriba abajo con descaro, y un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Tu eres joven, y muy guapo.

Nada más decir aquello se llevó las manos a la boca, como si se hubiese arrepentido de pronunciar aquellas palabras.

—Siento no ser lo que esperabas...

—No quería decir eso, solo que esperaba a alguien mayor, con los dientes negros y una cicatriz en el rostro.

No pude evitar carcajearme al escuchar sus palabras, mientras ella me observaba con incredulidad.

—No me subestimes muchacha, puedo llegar a ser horrible por dentro.

—No lo dudo, y créeme que no me gustaría averiguarlo. —Su tono de voz cambió—. Necesito tu ayuda, me he perdido.

—¿Perdida? ¿Y a dónde te dirigías? Murdo les dijo a mis hombres que te encontraron en medio del mar en una pequeña embarcación justo cuando la tormenta estaba descargando su furia con la mayor intensidad.

—Yo... me dirigía a la isla de Skye. Allí tengo una prima, en el castillo de Dunvengan.

—Así que una prima —comenté con incredulidad—. ¿Y esa prima sabe que ibas a visitarla?

—No, era una sorpresa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Aunque... ahora no voy a poder dársela, ni ahora ni en cien años más.

Al no entender sus palabras continué interrogándola:

—¿Y cómo acabaste sola y a la deriva?

Ella me observó en silencio un rato mientras sopesaba sus palabras. Mordió su labio inferior y suspiró agobiada.

—Yo no estaba a la deriva, eso se lo inventó tu hermano y el hombre ese que le sigue a todas partes. Yo solo subí a su barco como polizón creyendo que se dirigían a la isla de Skye, pero cuando la tormenta comenzó, me asusté muchísimo y salí de mi escondite en busca de un refugio mejor. Entonces fue cuando sus hombres me encontraron y creyeron que había aparecido de la nada. ¡Me acusaron de bruja! ¿Te lo puedes creer?

—¿Y lo eres?

—¡Por supuesto que no!

—¿Y por qué no te tiraron por la borda?

—Porque les dije que estaba maldita.

—Ya veo. —Por fin pude comprender que hacía aquella mujer en mis tierras.

Mi hermano la había dejado allí con la clara intención de que me hiciera caer en desgracia, no recordaba que Kai fuese tan supersticioso, por lo visto los meses que había pasado rodeado de hombres de mar lo habían cambiado.

—¿Cómo te llamas?

—Elisabeth Castillo.

—Bien señorita Castillo, a partir de ahora te dirigirás a mí como señor, y dejarás de

hablarme con esa condescendencia. ¡Tú y yo no somos iguales! ¿Entiendes?

Ella me miró perpleja, como no dando crédito a mis palabras.

—No puedes negar que Kai MacDonald y tú sois hermanos de la misma sangre, ambos sois tan cambiantes como desagradables, señor. —Tras pronunciar la palabra «señor», con cierto tono de burla, hizo una teatral reverencia.

—Tenga cuidado señorita Castillo, y no tiente a su suerte, si quisiera ya estaría bajo llave en una de mis peores mazmorras.

—¿Y debo de sentirme agradecida por ello?! —Levantó la voz del mismo modo que alzó la barbilla y caminó unos pasos hasta situarse frente a mí.

Aquella rebeldía no la había visto con anterioridad en ninguna otra mujer, y era algo que me intrigaba. Estaba claro que Elisabeth provenía de una buena familia, su piel clara y fina denotaba que jamás había trabajado en el campo, y sus pequeñas y delicadas manos parecían intactas. Su pelo era largo, sedoso, y sus rizos rebeldes al igual que su temperamento.

No podía creer que mi hermano no se hubiese dado cuenta de aquello. Quizás fuese una niña consentida que huía de un matrimonio impuesto, no sería la primera ni la última.

Elisabeth me mantuvo la mirada retadora, y no pude evitar darle una lección, debía de aprender a respetar, debía de aprender a obedecer a su *laird*. La agarré de improviso por la cintura, y sin ningún esfuerzo la cargué sobre mi hombro. Ella como era obvio comenzó a gritar y a patalear como una endiablada, pero ya era tarde, era hora de que conociese a la Bestia de las *Highlands*.

Abrí la puerta, y junto a esta todavía estaba el guerrero que la custodiaba.

—He pensado que estará más cómoda en una de las celdas, al menos tendrá la compañía de las ratas. —El guerrero sonrió y se encaminó junto a mí escaleras abajo.

—¿Ratas? ¿Ha dicho ratas, señor? ¡Odió las ratas con todo mi ser! —gritó tan alto que hasta se desgañitó.

—Veo que han tornado sus modales, eso me agrada, pero aun así el sitio a donde la llevo le recordará que no le puede hablar como le venga en gana al dueño de esta fortaleza.

—Lo siento, perdóneme, no lo volveré a hacer —imploró.

—Estoy seguro de ello.

Cuando salí al exterior, mi primo me miraba con asombro y desconcierto.

—¿Qué piensas hacer con ella? —No pudo evitar interpelar.

—¡Eso no es asunto tuyo! —Fue a replicar, pero lo miré tan duramente que tuvo que reprimirse.

Entonces, y tras una mueca de disgusto, desapareció hacia el interior del castillo hecho un obelisco.

Connor era sentimental, y demasiado joven como para comprender los deberes y responsabilidades de un *laird*. Un líder debía de ser fuerte, e infundir el respeto y el miedo, y más si había tenido que luchar por el poder como era mi caso tras arrebatárselo a mi hermano. Él era el primogénito, y por derecho, heredero de estas tierras que yo mismo le había arrancado sin tan siquiera dejar que me temblara el pulso al hacerlo.

Cuando llegamos a la estructura donde estaban las celdas, Elisabeth ya había dejado de gritar, y en lugar de eso, sollozaba como un pequeño animalillo al que acababan de destetar.

Bajé por unas angostas escaleras todavía con ella sobre mi hombro, era tan liviana que hubiese podido recorrer mis tierras al completo apenas sin inmutarme. ¿Cómo alguien tan pequeño podía ser tan osado?

Una vez frente a la celda, la bajé y abrí la puerta para que entrara a su nueva morada. Ella

me miró con desagrado a la vez que me gritaba:

—¡Te odio, maldito neandertal del medievo! —No supe que significaban aquellas palabras, pero imaginé que no debieron de ser amables, pues después de pronunciarlas me escupió en el rostro.

No pude evitar sonreír, pues pagaría por aquella insolencia y no sería de una forma agradable.

Empujé a Elisabeth dentro de la celda, cerré la puerta omitiendo sus gritos de auxilio, y me dirigí en busca de mi primo.

Capítulo 7

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Acurrucada contra una de las paredes de aquella pequeña y sucia celda, recé porque ningún animalillo decidiera hacerme compañía. La oscuridad de aquel lugar hizo que mi oído se agudizara, y solo el rebotar de mi propio llanto dentro de aquel recinto me hacía no reparar en los sonidos que estaban presentes a mi alrededor: el sonido de una gota de agua cayendo sin cesar, pasos lejanos y a veces cercanos, el movimiento de unas cadenas de hierro, o los quejidos que supuse que provenían de otras celdas.

¿Por qué tenía que ser tan impulsiva? Debía de comprender que aquel no era mi tiempo, y que tenía que medir mis palabras y apaciguar mi temperamento. No era la primera vez que mi carácter osado y desafiante hacía que me metiese en problemas, pero estaba claro que los peligros del futuro distaban mucho con los del siglo XVI.

Cuando el sonido de la puerta al abrirse llamó mi atención ya no era consciente de las horas que llevaba en aquel agujero. La luz de una vela me cegó, y tuve que llevarme las manos al rostro para evitar que me deslumbrara.

—¿Está bien, señorita? —Una voz femenina y dulce llegó hasta mis oídos.

Poco a poco mi vista se fue acostumbrando a la luz, y pude vislumbrar a una jovencita que se había acuclillado junto a mí, y me miraba con lástima.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

—Todo el día, ya es de noche. —Ella me colocó por encima una manta que había traído.

No fui consciente hasta entonces de lo mucho que tiritaba.

—¡Dios santo, está usted congelada! Tómese esto.

Ella sacó un recipiente que traía dentro de una cesta, y me lo acercó a los labios.

Cuando el caldo caliente entró por mi garganta, sentí como reconfortaba mi cuerpo casi al instante. Rodeé el tazón con mis manos, y traté de calentarlas mientras respiraba el aroma de su interior.

—Gracias, está delicioso —contesté realmente agradecida.

—También le he traído algo de pan y cecina, debe de comer y calentarse, las noches aquí pueden ser muy duras, y es evidente que usted no es una mujer de campo.

—¿La ha enviado esa maldita bestia?

—No, él no sabe que estoy aquí. Me ha enviado Connor, su primo.

—Ya veo, ¿trabaja para ellos?

—Así es, sirvo en el castillo desde hace tres años. Mi madre murió cuando dio a luz a mi hermana pequeña Rosanna, y mi padre enfermó hace unos años, así que me vi obligada a solicitar trabajo en Alnwick para poder mantener a mi familia.

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Karen Marie, pero con Karen será suficiente. —Me sonrió dulcemente y deduje que debía tener mí misma edad.

Era muy bonita, de rasgos duros y definidos, pero que le daban un toque exótico. Su pelo negro azabache contrastaba con la palidez de su rostro, y el verde intenso de su mirada resaltaba enmarcado por unas pestañas largas y oscuras.

—Mi nombre es Elisabeth Castillo, pero puede decirme Eli.

Ella asintió mientras puso su mano sobre la mía con complicidad.

—Siento que esté en esta situación, pero tendrá que aguantar un poco más, el señor Bryce puede ser muy testarudo cuando se lo propone.

—¿Testarudo? Es un ser despreciable y sin corazón. Le supliqué por mi perdón y ni se inmutó, aunque le aseguro que no se repetirá. Detesto estar aquí encerrada, pero he descubierto que a esa endiablada bestia la detesto todavía más.

—Él no era así, pero las circunstancias lo hicieron cambiar.

—No hay excusas para tratar a nadie de este modo. No tiene motivos para retenerme aquí en contra de mi voluntad, soy una mujer libre.

—Está claro que él no lo ve igual. Usted fue entregada por el que es uno de sus mayores enemigos en estos momentos, es lógico que desconfíe. Podría ser una espía, o quizá su cometido aquí sea seducirlo para debilitarlo, o incluso matarlo.

—¡Eso es una locura, no soy nada de eso!

—Yo la creo, pero mi *laird* no tiene fama de confiar en el primer extraño que se le cruce por delante, y menos en una forastera. Vaya con cuidado si no quiere acabar aquí para siempre.

—No me diga eso, no lo soportaré.

Solo en pensar que podría pasar allí días o meses hicieron que mi cuerpo comenzase a temblar de nuevo.

—Tranquila, por suerte Connor es diferente, él interferirá por usted, pero debe controlar su temperamento ante el señor.

¿Temperamento? Lo único que tenía ganas de hacer era darle una patada en las pelotas a aquel animal insensible que me tenía allí secuestrada.

—Lo entiendo —acepté al fin.

—Bien, ahora debo irme, pero prometo que si no la liberan pronto volveré para asegurarme de que está bien.

—No me deje por favor, esto es horrible. No quiero estar a oscuras.

—Le dejaré el candil, y otra vela para que pueda reponerla, trate de estar tranquila, estoy segura de que pronto terminará su tormento.

La abracé sin poder evitarlo, y eso hizo que me sintiera algo mejor.

—Gracias Karen.

Capítulo 8

Galicia, Esgos, 15 de diciembre del 2025

Elena

En cuanto el taxi me dejó en la entrada de la casa de Elisabeth, una sensación extraña recorrió mi estómago.

Abrí la puerta de la reja que daba paso al camino y que conducía a la casa, al mismo tiempo que observaba a mi alrededor. Todo estaba en calma, demasiado tranquilo. La casa lucía encantadora, el huerto colindante estaba cuidado, y un montón de plantas florales adornaban el camino. Nada que ver con la última vez que la visité y una veintena de cajas de mudanza se amontonaban en la entrada.

Una vez frente a la puerta, toqué suavemente con los nudillos sobre la tabla para avisar de mi presencia. Escuché unos pasos ligeros tras ella y la puerta se abrió de inmediato.

—¡Elisabeth! —exclamó la mujer mientras asomaba la cabeza por el resquicio.

Al ver que no se trataba de ella, su rostro se endureció por momentos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Hola Mónica, ¿cómo estáis?

—¡Gracias al cielo que has venido Elena! Pasa, Juan está dentro junto al fuego. —Me agarró del brazo con fuerza e hizo que la siguiera al interior.

Junto a la chimenea, y sentado en una vieja silla de madera, se encontraba el padre de Elisabeth con cara de preocupación. En cuanto me divisó, se acercó a mí y me cogió por las manos.

—Elena, dime que sabes a dónde ha ido Elisabeth —me suplicó.

—¿No está aquí? —pregunté extrañada no queriéndome poner en lo peor.

—¡Se ha marchado! Así, sin más. —Mónica comenzó a llorar y no pude evitar abrazarla.

—No puede ser... He venido a pasar el fin de semana con ella, la última vez que hablamos la noté algo extraña.

—¿Y cuándo fue eso? —quiso saber Juan, parecía desesperado.

—Me llamó el viernes, a eso de las dos de la mañana, y me contó cosas muy descabelladas.

—¿Descabelladas? —Mónica parecía desesperada, así que traté de tranquilizarla.

—Solo eran tonterías, ya sabéis como es ella. Estoy segura de que en cualquier momento aparecerá. —Mientras hablaba me puse a rebuscar en el bolso y saqué mi móvil para marcar su número.

Tras unos segundos escuché la melodía de su tono de llamada a una distancia corta.

—Se ha dejado el teléfono aquí Elena, no se ha llevado nada. Tan solo nos ha dejado una estúpida nota —dijo Mónica mientras sacaba una hoja de papel del bolsillo de su delantal.

—¿Puedo leerla? —Ella asintió y me la tendió.

Queridos padres:

Espero que podáis perdonarme, pero ya sabéis que siempre creí que no pertenecía a este lugar, mi alma siempre ha sido vieja, pero al menos la tenía a ella. Desde que perdimos a Martha no he vuelto a ser la misma, la echo mucho de menos. Odio que haya tenido que ser ella y no yo.

Sé que en esta casa seréis felices, lo he podido comprobar, desde que ocurrió aquello no os había vuelto a ver sonreír y de verdad que me alegro por ello.

No os asustéis si no volvéis a tener noticias sobre mí, a donde voy no tengo manera de comunicarme con vosotros, tampoco os puedo asegurar que volveré, pero lo que sí os puedo decir es que os amo, y que os deseo una vida feliz, yo al menos trataré de serlo.

Elisabeth Castillo

Tuve que releer la carta un par de veces para asimilar lo que decía en ella. No podía creer lo que expresaban sus letras. ¿Realmente se había marchado? Recordé nuestra conversación... ¿Y si era cierto que había viajado en el tiempo? Me sentí estúpida con solo creer que aquello podría ser posible y me puse en lo peor.

—¿Tú sabías algo de esto Elena? —me preguntó directamente Mónica sin dejar de mirarme a los ojos.

—Ella me llamó contando una historia muy extraña, y que se iba a marchar siguiendo a su prima Herea.

—¿A dónde? ¿A Escocia? —indagó Juan.

—Sí, a Escocia...

¿Cómo les explicaba a aquellos dos padres heridos lo que me contó mi amiga? Ella había dejado esa carta expresamente para aliviar las dudas de su partida, si hubiese querido mencionar lo de los viajes en el tiempo, lo hubiese escrito.

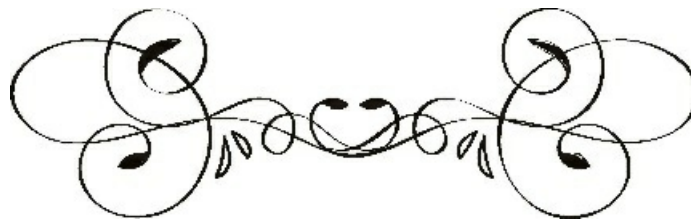
—Pero ella es menor, no puede marcharse así como así. —Mónica se movía por el lugar con nerviosismo y sin entender nada.

—Creo que es hora de que llamemos a la policía cariño, esto es más serio de lo que parece.

Mónica confirmó las palabras de su marido mientras se refugiaba entre sus brazos.

—Estoy de acuerdo, mientras daré un paseo por los alrededores y haré un par de llamadas para intentar averiguar si alguno de nuestros amigos la ha visto.

—Gracias Elena, no sabes lo que me alivia que estés aquí, estoy segura de que mi Elisabeth acabará por ponerse en contacto contigo, eres su mejor amiga.



Mientras caminaba por aquel paraje de ensueño entre montañas y bosques frondosos, envié varios mensajes a nuestros amigos más cercanos preguntando por Eli, pero nadie había hablado con ella desde su desaparición.

Miré a mi alrededor, y pude observar un cartel de información donde marcaba que el monasterio de San Pedro de Rocas se encontraba a menos de cuatrocientos metros. No podía creer que fuese a buscarla en aquel lugar, pero era el único sitio al que ella me dijo que iría.

Divisé la estructura a lo lejos, y me pareció asombrosa. Conforme más me acercaba, más segura estaba de que aquel lugar rebosaba magia. El viento se detuvo, y el sol caía de lado sobre

los peldaños de piedra que se alzaban sobre un lateral de la pared y que acababan en dos arcos góticos y simétricos. Era como si aquel rayo de luz que iluminaba el primer escalón me estuviese invitando a que subiera por ellos.

Cuando puse el pie en el escalón un destello llamó mi atención, al agacharme pude comprobar que era una pulsera de plata. No tardé en reconocer las dos estrellas que pendían de ella, pues yo misma le había regalado aquella prenda a mi amiga cuando cumplió los diecisiete. Aquellas dos estrellas nos representaban a nosotras, dos astros que se encontraban en medio de un universo repleto, eso era lo que siempre le decía, qué era el destino, que nuestras almas eran afines y que por eso nos habíamos encontrado.

No pude evitar que mis lágrimas se derramaran. Ella había estado allí, no había duda.

Subí rápidamente hasta los arcos, me apoyé en uno de ellos, y casi al mismo tiempo que lo hice una corriente recorrió mi cuerpo al completo. Cuando miré a través de las columnas de piedra, solo pude contemplar las montañas a lo lejos. Caminé unos pasos cruzando los arcos hasta que llegué al borde de un enorme acantilado que parecía no tener fin, y de pronto me puse en lo peor. «¿Y si había saltado? No habría sido capaz, ¿verdad? No, ella no me haría eso...» Todos aquellos pensamientos se agolparon de pronto en mi mente, de la misma forma que mis rodillas cedieron y mis lágrimas se convirtieron en un grito desesperado y ahogado. Y entonces, en la cima de aquel paraje tan hermoso como cruel, me juré que averiguaría qué era lo que había pasado con Elisabeth.

Capítulo 9

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

—¿Cuánto tiempo piensas dejarla allí, Bryce? Hasta un tonto sabría que una mujer como ella no aguantará más de dos noches en esa celda.

—Tendría que haberlo pensado antes de enfrentarme como lo hizo —gruñí.

—No te reconozco, en momentos como este me arrepiento de haberte apoyado contra tu hermano. Has cambiado Bryce, y no me gusta en lo que te has convertido, y tampoco creo que a Ava le gustara.

—¡Te prohíbo que la nombres siquiera! —El corazón me latió con intensidad, y pude sentir que la furia atravesaba mis venas como si fuese una serpiente venenosa que repartía su tóxico en mi interior.

Me levanté de mi asiento y encaré a mi primo con la respiración entre cortada, pero él no se amilanó.

—Mírate, ¿crees que me intimidas? Puedes matarme ahora mismo si quieres, pero no te sentirás mejor, y con tus amenazas tampoco evitarás que te diga la verdad a la cara. Por la memoria de mi prima que no lo haré, y la nombraré las veces que me venga en gana, pues yo he sufrido tanto como tú.

Sus palabras me atravesaron como lo hubiese hecho una de las *claymore* más afiladas de mi armería.

Me alejé de él buscando espacio, pues no respondía de mis actos en aquel momento y no quería hacerle daño.

—Debes ir a visitarla Bryce, y hasta que no lo hagas no cerrarás este capítulo. —Se acercó a mí y puso su mano sobre mi hombro—. Prométeme que lo harás.

Negué con la cabeza a sabiendas de que tenía razón.

—No puedo.

—Te acompañaré si lo necesitas.

—Ahora no puedo Connor —contesté algo más calmado—, pero te prometo que lo haré.

—Bien. —Él se alejó hacia la puerta.

—Puedes liberarla si quieres. —Me costó decir.

—Iba a hacerlo de todos modos. —Sonrió y salió de la estancia dando un portazo.

¿Qué sería de mí sin Connor? Él era el único en aquel castillo que tenía el valor de ponerme en mi sitio, el único que podía controlar a la bestia que se anidaba en mi interior.

Sabía que tenía razón, debía de visitar la tumba de Ava, pero todavía no estaba preparado para ello, y sinceramente pensaba que jamás lo estaría.

Recorrí mi hogar hacia las cuadras, los caballos eran los únicos que conseguían que me olvidase de cualquier recuerdo que habitaba en cada rincón de mi castillo y que me torturaba de

forma inexplicable. Al menos ellos no hablaban, ni hacían preguntas impertinentes. Por un momento pensé en Kai, quizás le hubiese hecho un favor con el destierro alejándolo de los malos recuerdos, y me sentí estúpido por no haberme marchado yo. Puede que si me hubiese alejado de aquellas tierras manchadas de sangre con el tiempo hubiese logrado olvidar.

Ladera me miraba desde su cuadra expectante, solo hacía una semana que había comenzado a domarla y ya sabía a lo que iba. En cuanto vio el ramal y la cabezada que llevaba entre mis manos relinchó nerviosa.

—Vamos, ya sabes que esto lo hago por ella. Eres demasiado dulce y grácil para un gigante como yo, pero se lo prometí.

Me gustaba hablarle de Ava, solo lo hacía con ella, y aquel era nuestro secreto. El único momento del día que la recordaba con felicidad, resplandeciente.

Acaricié su cuello, y con cuidado le coloqué la cabeza de cuadra y después la silla. Salí hacia uno de los cercos redondos que tenía para el entreno de los equinos, y con un ramal largo comencé dándole cuerda para calentarla. Ver como se movía en círculos alrededor de mi cuerpo era hipnótico, como un baile celestial.

Mientras la entrenaba me gustaba imaginar como hubiese sido el día en que mi pequeña Ada la hubiese montado por primera vez. Su sonrisa habría iluminado toda la colina, y sus ojos del mismo tono avellana que los míos, se hubieran llenado de lágrimas.

¡Dios como dolía, pero más dolía la culpa de no haber hecho nada para ayudarla!



Capítulo 10

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Me pareció escuchar una voz lejana que me llamaba, pero estaba demasiado débil como para contestar. No sabía cuántas horas llevaba allí metida, ni si era de noche o de día, solo sentía frío y una humedad que recorría mi cuerpo y se anidaba hasta lo más hondo de mis huesos.

—¡Dios santo, Connor! Mira como está, apenas puede moverse.

—Esta noche ha sido muy fría, pero se recuperará Karen, ya lo verás.

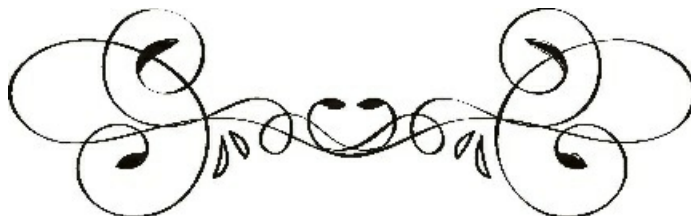
Sentí que alguien me cargaba entre sus brazos y el calor de su torso envolviéndome.

—Le diré a las muchachas que se afanen en llenar una tina con agua caliente, debe entrar en calor de inmediato. ¿Dónde deberíamos alojarla?

—En una de las habitaciones de invitados —contestó él.

—Pero el señor...

—Del señor me encargo yo, no permitiré que esta joven muera en nuestras tierras sin razón alguna.



Cuando desperté me encontraba metida entre unas cobijas gruesas, pero muy suaves. Observé el lugar, y pude vislumbrar la luz de la mañana que se colaba entre las cortinas de un enorme ventanal de madera. A mi alrededor, bonitos muebles y elaborados tapices daban un aire acogedor a aquella amplia habitación. Desde luego que no estaba en una celda, y eso hizo que me relajara.

Un carraspeo llamó mi atención, y al voltearme para buscar de donde provenía, pude ver a Karen sentada en una silla de madera con un bastidor entre sus manos, del cual colgaba una preciosa tela blanca con motivos florales bordados.

Al tratar de incorporarme fui consciente del dolor de cabeza y de ojos tan grande que tenía.

—No te levantes Elisabeth, has tenido mucha fiebre —me dijo al mismo tiempo que se ponía en pie y caminaba unos pasos hacia mí.

—¿Fiebre? No recuerdo nada.

—El doctor te visitó, el señor Connor lo hizo venir, y te administró algo para que pudieses descansar.

—Ya veo...

«¡La madre que los parió! A saber que potingue me habrían dado». Pensé con total

desconfianza. Debía de andarme con ojo, pues la medicina de aquella época bien podría matarme.

—Gracias, no debisteis de preocuparos tanto.

—Claro que sí, eres una invitada.

—Pues sí es así como tratáis a los invitados, no quiero ni pensar como lo haréis con vuestros enemigos —dije sin filtros.

Ella bajó la mirada y cuando fue a responder, Connor irrumpió en la habitación.

—Me alegra ver que ya se ha despertado, señorita. —Su sonrisa parecía sincera.

—Gracias, señor —intenté ser cordial.

—No hemos empezado con muy buen pie, pero me gustaría pedirle disculpas en nombre de mi primo Bryce y en el mío.

—¿De verdad? —pregunté incrédula.

—Él no ha tenido un buen año, y eso lo ha llevado a desconfiar de todo el mundo, pero le aseguro que es un buen hombre. No ha ayudado en demasía que viniese hasta nuestras tierras acompañada por Kai MacDonald, pues sobre él pesa una orden de destierro que no debe incumplir, o por el contrario se enfrenta a la muerte.

—No sé por qué su primo decidió dejarme aquí, no lo conozco de nada. Simplemente necesitaba un navío y me subí al suyo, ahora entiendo que no fue una buena decisión.

—¿Huías de alguien? —indagó Karen.

—No, quería visitar a mi prima que vive en la isla de Skye, en el castillo de Dunvengan.

—Esa tierra pertenece a los MacLeod, conozco a su *laird*.

—¿Y cómo consiguió subir al navío de mi primo? ¿En qué puerto? Tengo entendido que llevan casi tres meses sin tocar tierra.

Comencé a ponerme nerviosa, ¿por qué narices no estudié geografía más a fondo? Me di unos segundos para pensar, pero a mi mente no llegaba el nombre de un solo pueblo costero en Escocia.

—Ahora mismo no lo recuerdo, el dolor tan insoportable de cabeza que tengo nubla mis pensamientos. —Me llevé las manos al rostro.

—Siento perturbar su descanso, será mejor que hablemos en otro momento. —Asentí agradecida.

—Una cosa más, me gustaría marcharme cuanto antes e...

—Me temo que eso no será posible —me interrumpió—. Bryce desea que se quede una temporada junto a nosotros, podrá moverse por el castillo por donde desee, pero no podrá abandonarlo hasta que el *laird* lo decida.

—¡Pero eso es un secuestro!

—Puede verlo así, o aceptarlo y portarse como una invitada, y creo que sería lo más conveniente, pues no deseo verla de nuevo en una celda.

—Bien, seré una invitada —admití a regañadientes.

Connor sonrió agradecido, y después salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Karen que continuaba de pie junto a mi cama, se cruzó de brazos y clavó la mirada en mí de una forma escrutadora.

—¿Qué ocultas?

—¡¿Qué?! No sé a qué te refieres.

—Oh claro que sí, huelo la mentira a varias millas de distancia. ¿Quién eres?

—Soy Elisabeth Castillo, ya te lo dije.

—No puedo ayudarte si me mientes. El señor Connor y yo hemos dado la cara por ti, una

completa desconocida, así que si quieres que lo sigamos haciendo —Me señaló—, nada de mentiras ¿entiendes?

—Karen, te prometo que estoy deseando contarte la verdad, pero es tan descabellada que creo que me tomarás por loca.

—Inténtalo. —Ella levantó el mentón esperando una explicación.

Estaba claro que no se daría por vencida, al igual de claro de que yo necesitaba una aliada.

—Está bien. —Respiré profundamente—. Te lo contaré todo.

—Genial, porque tenemos mucho tiempo.

Ella fue hasta la silla que estaba en un lateral, y la trajo hacia nosotras para sentarse justo al lado de la cama, se acomodó, y cruzó sus brazos sobre el pecho en silencio esperando que comenzase mi relato.

—Todo comenzó con mi prima Herea, yo no la conocía, pero ella se puso en contacto con mi familia, pues se iba a vivir a Escocia y la casa donde ella había crecido se quedaría abandonada. Ella le ofreció a mis padres el poder quedarse allí de forma indefinida, y aquella noticia les hizo alegrarse mucho, ya que no estábamos pasando por un buen momento.

»Decidimos hacer la mudanza en verano, y así pasar unos meses con ella y conocernos, ya que se marcharía en diciembre. Herea y yo creamos unos lazos fuertes, y nos convertimos en un apoyo la una para la otra. Creo que por eso me lo contó, sabía que si se marchaba sin más me destrozaría. No podía desaparecer de aquella forma.

—¿Desaparecer? —preguntó Karen.

—Iba a viajar en el tiempo.

—Pero... pero eso es imposible —comentó incrédula.

—A mí también me costó creerlo, pero ya ves, aquí estoy. —Levanté los hombros—. Herea me explicó que ellos ya lo habían hecho antes, y también me contó cómo hacerlo.

—¿Ellos?

—Su pareja estaba con ella, Ian MacLeod viajó al futuro con mi prima, y se quedó allí por un tiempo de dos años hasta que decidieron regresar.

—Sabes que todo esto que cuentas es casi imposible de creer, ¿verdad?

—Te dije que podría parecerte una locura. —Ella movió la cabeza como tratando de pensar con claridad—. Le supliqué a mi prima que me llevara con ella, quería conocer el pasado, ver con mis propios ojos a un auténtico *highlander*, pero ella se negó en rotundo pues le parecía muy peligroso. Tenía la certeza de que durante el viaje podríamos separarnos y perderme.

»El día que viajaron, decidí seguirlos. Como sabía la hora y el lugar solo tuve que caminar hasta allí y esperar junto a la maleza sin que ellos me vieran. Cuando cruzaron los arcos del monasterio de piedra por el que se supone que viajarían, apenas pude creer que desaparecieron en su interior sin más.

»No tuve tiempo de pensar, simplemente fui tras ellos en un impulso que ahora estoy pagando muy caro.

—¿Me estás diciendo que vienes del futuro Elisabeth?

—Así es —confirmé.

—¿Y por qué subiste al navío de Kai MacDonald?

—No subí, me desperté allí, en la cubierta, justo en medio de una tormenta. Ellos pensaron que yo era una bruja, por eso me dejaron aquí. Asustada les dije que si alguno se atrevía a yacer conmigo sufriría la más terrible de las muertes, pues sobre mi cuerpo cae una horrible maldición.

—¿Y es cierto?

—¡No, claro que no! Lo inventé para protegerme.

—Entonces Kai decidió entregarte a su hermano creyendo así que podría verse perjudicado por tal maldición.

—Exacto. —Karen se quedó unos segundos pensativa—. Me crees, ¿verdad?

—Sí, te creo Elisabeth.

—¿Por qué?

—Digamos que he crecido escuchando esas historias... sobre viajes en el tiempo.

—¿De verdad?

—Hay alguien que me gustaría que conocieses, pero primero tienes que recuperarte.

—¿De quién se trata?

—Te lo diré cuando llegue el momento, pero mientras tanto no puedes contarle a nadie lo que me has dicho hoy.

—¿Ni a Connor?

—Connor es un hombre compasivo y justo Elisabeth, pero no olvides que es la mano derecha del *laird*, entre ellos no existen los secretos.

—De acuerdo, no se lo diré a nadie.

Capítulo 11

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Cuando descendí por las escaleras hasta la planta principal me sentí como una prófuga que acababa de escapar de su prisión, y aunque tenía la autorización de Bryce MacDonald para deambular por el castillo con libertad, en mi interior crecía una sensación contradictoria que me decía que no debía estar allí.

Las tripas me crujieron y me hicieron recordar lo que había hecho que abandonase la tranquilidad y la seguridad de mi estancia.

Tras abrir un centenar de puertas y caminar por largos pasillos, por fin encontré las cocinas. Rebusqué por el lugar algo que llevarme a la boca, y un frutero con unas uvas me pareció tentador. Cogí un plato y me serví unas cuantas, después encontré la despensa, donde unos panecillos de mantequilla me hicieron salivar. Tras sentarme a la mesa comencé mi festín, y mientras pensaba en lo bien que me sentaría un té con leche calentito, el sonido de unas botas acercándose me hizo dejar de masticar. Cuando fui a levantarme para evitar a la persona que se aproximaba ya fue demasiado tarde, pues su figura imponente e interrogadora se apoyaba con los brazos cruzados sobre el resquicio de la puerta.

—No deje de comer por mí, tan solo soy el *laird* de esta fortaleza —me dijo con tono de superioridad mientras clavaba la mirada en mí.

—Ya me iba, señor. No quisiera molestarlo —contesté con cierto retintín.

—Su simple presencia en esta fortaleza ya me molesta —confesó con desprecio mientras se acercaba hasta a mí.

—Y si le molesto tanto, ¿por qué no deja que me vaya?

Él se sentó frente a mí y se inclinó hacia delante para poder observarme más de cerca. Si pensaba que con aquella actitud me intimidaría, estaba muy equivocado.

—Porque me pertenece.

—Yo no pertenezco a nadie, ni jamás lo haré. —Me levanté cabreada para marcharme, pero él me sujetó por el brazo, y su cálido contacto quemó mi piel de la misma forma que lo haría el fuego.

—Oh, ya lo creo que sí. Mi hermano la entregó a mí, y ahora forma parte de mis bienes.

—¿Sus bienes? —No pude evitar carcajearme—. Su hermano me entregó a usted porque desea su muerte. Él piensa que estoy maldita, y que si yace conmigo sufrirá la peor de las muertes.

—No creo en supersticiones estúpidas de marineros que apenas saben leer ni escribir, y mi hermano tampoco tendría que hacerlo.

—Pues debería, si es que le importa su vida.

—¿Sabe qué? —preguntó mientras rodeaba la mesa y se pegaba a mí—. Deseo arriesgarme.

En un movimiento que no esperé me agarró por la cintura y su boca inundó la mía en un

beso tan brusco como ardiente. Cuando su lengua me exploró por completo, todo mi ser reaccionó al instante, y un calor sofocante se instaló entre mis piernas.

Jamás me habían besado de aquella manera, y eso llevó a que mi cuerpo lo expresara dejando escapar un jadeo involuntario. No había sido consciente hasta entonces de que sus manos diestras recorrían mi cuerpo al completo y masajeaban uno de mis pechos. Fue tanto el placer que me hizo experimentar que tuve que buscar desde lo más hondo de mí ser las fuerzas para poder zafarme de él.

—¡Maldita bestia! —le grité mientras lo empujaba todavía con la respiración entre cortada.

—Vamos, no finja disgusto, pues parecía encantada con esta bestia que la besaba —Se señaló.

—Esto no tendría que haber pasado —dije enfadada mientras no pude evitar contemplar el bulto que se había formado en su pantalón, y que despertó mi curiosidad.

—Cierto, no creo que un hacer con usted sea tan placentero como para desperdiciar mi tiempo.

—¡Será cretino! —levanté la mano para cruzarle la cara, pero él me lo impidió.

—Recuerde que todavía puedo encerrarla.

—¡Hágalo, y a ser posible tire la llave de mi celda y déjeme morir en soledad! Estoy segura de que cualquier destino será mucho mejor que tener que soportarlo a usted.

Él se carcajeó y dejó asomar una bonita y blanca sonrisa que lo favorecía, dejándome ver lo atractivo que llegaba a ser aquel animal. Estaba segura de que aquella belleza que emanaba su exterior solo era una trampa que opacaba lo oscuro y horrible que era su interior.

—Mañana la quiero en las caballerizas a primera hora de la mañana, no crea que su estancia aquí será gratuita, tendrá que ganarse la comida como cualquier otro.

—El trabajo no me asusta, señor MacDonald. —Levanté el mentón orgullosa mientras mi cuerpo se erguía.

Él me miró con intensidad, y pude ser consciente de como el color avellana de sus ojos se fusionaba con unas pequeñas motitas doradas en su iris. Sus cejas se fruncieron, y su mandíbula enmarcada por una barba castaña y espesa pareció endurecerse bajo ella.

Agarró mi mano, y tras voltearla para observar mi palma, sonrió malicioso mientras deslizaba uno de sus dedos con cuidado por ella.

—Va a ser un placer acabar con su virtud.

Aquellas palabras me hicieron retroceder al instante, del mismo modo que el brillo de su mirada se incendió.

Pero... era imposible. ¿Cómo podría haber sabido que yo era virgen?

—¿Mi virtud? —me vi preguntando temblorosa.

—¿Acaso cree que no me he dado cuenta? —Pasó su lengua inconsciente por sus labios, y mi cuerpo se estremeció casi al instante.

Estaba claro que no era ninguna remilgada, ya me habían besado en infinidad de ocasiones, incluso había estado a punto de acostarme con Peter Jones en una ocasión, un *guiri* que estaba buenísimo y que veraneaba en mi pueblo todos los años, aquel verano agradecí el haber aprendido inglés. Entonces me arrepentí de no haberme acostado con él, habría sido un buen candidato para una primera vez, y no como la bestia que tenía delante.

—No sé a qué se refiere. —Desvié la mirada evitando enfrentarlo.

—Oh, claro que sí, mírese. —Me señaló—. Es obvio que usted no ha trabajado jamás.

Reí nerviosa descargando la tensión que se había acomodado sobre mis hombros.

—¿Así que hablaba de trabajo?—pregunté más para mí misma—. Es cierto que soy

inexperta en ese sentido, pero aprendo rápido, y mañana podrá comprobarlo —dije mientras me alejaba hacia la puerta.

—Lo estoy deseando.

—Buenas noches, señor MacDonald.

Él no contestó, simplemente asintió mientras sostenía una sonrisa de medio lado cargada de peligro en el rostro.

Capítulo 12

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Abrí la ventana y no pude evitar llenar mis pulmones con el aire helado, pero puro de la mañana. Apenas había dormido, pues mis pensamientos no me lo habían permitido, debía de escapar y tratar de regresar a mi tiempo.

Un pensamiento llegó de pronto a mi mente: ¿Y si Herea e Ian tampoco habían regresado al 1600 y se habían quedado atrapados al igual que yo en el 1500? Si era así, estaba segura de que habrían regresado a la isla de Skye, y allí es donde tendría que comenzar a buscar. Por otro lado, Herea me habló de una cueva en la playa de las focas donde se escondían unas piedras por las que poder regresar, pero las piedras solo funcionaban cuando había eclipse lunar, y averiguar cuando se daría el próximo en aquel siglo tan poco tecnológico se me iba a hacer difícil. Como problema todavía mayor, sería el dar con la localización exacta de dicha cueva, pues según mi prima estaba muy escondida y era poco accesible.

Desde mi posición, a lo lejos, pude vislumbrar el mar en calma y los primeros rayos del sol que se reflejaban en sus aguas tiéndolas de un tono dorado. A la derecha, las montañas verdes y rocosas descendían en perpendicular hasta fusionarse con la costa. Un paisaje del que estaba segura que hubiera disfrutado y admirado con otros ojos si no fuese por mi situación.

Deambulé por la habitación tratando de pensar. La Bestia me había exigido que bajara a primera hora de la mañana, y eso era lo que haría. Trabajaría en el castillo durante un tiempo, y me ganaría la confianza de los que allí habitaban mientras trazaba un plan para escapar. Lo conseguiría, estaba segura.

Unos pequeños golpes sobre la puerta me pusieron en tensión hasta que esta se abrió, y apareció ante mí Karen.

—Te he traído algo de ropa. El vestido que llevabas no es adecuado para el campo. —Me sonrió—. Bueno, en realidad no es demasiado adecuado para nada, parece un camisón de dormir.

—Te lo agradezco Karen. —Me acerqué a ella y cogí las prendas que llevaba entre las manos. —En mi tiempo no llevamos tanta ropa encima.

Las coloqué sobre la cama para poder observarlas detenidamente.

—Será mejor que te ayude, pones cara de espanto.

Asentí con agradecimiento y me quité el camisón dejando mi cuerpo desnudo ante ella. Su mirada de exclamación hizo que me ruborizara y que me llevara las manos al pecho.

—¡Jamás había visto algo así! —exclamó mientras señalaba mi cadera—. Lo descubrí cuando te tuve que meter en la bañera para bajarte la fiebre, y se lo oculté como pude a la mujer que me ayudó a vestirme después.

Había olvidado el tatuaje que me hice hace un año, era una enredadera muy fina de espinas con tres rosas rojas.

Karen curiosa, no pudo evitar pasar su dedo por la zona.

—¿Qué es? Es precioso.

—Es un tatuaje, en mi tiempo es algo común. Algunas personas decoran su cuerpo con imágenes, letras...

—¿Cómo es posible? ¿Por qué no se va con el agua?

—Porque la tinta con la que hacen los dibujos se incrusta con pequeñas agujas bajo la piel.

—¡Pero eso es horrible! ¿Por qué alguien querría pasar por esa tortura de forma voluntaria?

—No es tan doloroso como parece, te lo aseguro.

—Jamás mancillaría mi cuerpo de esa forma, a menos que me maniataran. Será mejor que nadie lo vea, o podrían pensar que eres una *bana-bhuidseach*.

—¿Una qué?

—Una bruja —aclaró mientras me colocaba una camisa y sobre ella un corsé bien apretado.

Después me colocó unas calzas que se ataban con cintas a los muslos, unas polainas, enaguas y sobre estas una falda de lana y un delantal. Por último, un sayo de manga larga y escote cuadrado, que dejaba a la vista el cuello de mi camisa y resaltaba mis pechos. Al cuello, un pañuelo, que también me serviría para sujetar el sombrero que utilizaban las mujeres para trabajar en el campo. El pelo me lo recogió de forma muy tirante en un moño bajo, y acabó anudándolo con unas cintas azul oscuro del mismo tono que mi conjunto.

Aquella ropa pesaba un quintal, además de que apenas me dejaba espacio para el movimiento. No quise imaginar el esfuerzo que tendría que hacer para soportar las horas de trabajo que me esperaban con aquellas prendas tan incómodas.

Una vez lista, bajamos a desayunar, por supuesto lo haría con los empleados en la cocina, puesto que el señor ya había dejado claro que yo sería una más del servicio.

Allí conocí a Peterson, el cocinero jefe del castillo. Un hombre bajo, pero grande, de nariz y pómulos sonrojados gracias a la cantidad de *Whisky* que llevaba en el cuerpo —o al menos eso es lo que me contó Karen en confianza—, y con un carácter de mil demonios.

Steven, era todo lo contrario, un hombre con carácter, recto y con un acento inglés muy británico. Su altura hacía que tuviese que extender el cuello hacia arriba para mirarlo, y su bigote negro y tupido le daba un aspecto de domador de circo, y puede que hubiese algo de paralelismo entre ambos trabajos, pues él se ocupaba de que el funcionamiento en el castillo estuviese bien engranado distribuyendo el trabajo entre los demás empleados, ya que llevaba más años que nadie trabajando allí.

—Usted irá a las caballerizas por deseo expreso de nuestro *laird*. —Steven se dirigió a mí con voz autoritaria—. Trate de ser eficiente y obediente, conozco bien a mi señor y estoy seguro de que desea ponerla a prueba. No se revele y todo irá bien.

—Entiendo —contesté a regañadientes.

«Sumisa, obediente, eficaz». «¡Maldita Bestia!». Maldije en mi interior.

Karen, que desayunaba junto a mí, no pudo evitar dedicarme una mirada compasiva.

Una vez que terminamos nuestro desayuno, el señor Steven nos colocó a todos en fila junto a la pared para comprobar que estábamos bien vestidos y preparados. Por lo visto al señor del castillo, no le gustaba que sus empleados fuesen sucios, o con la ropa raída, sino todo lo contrario: limpios y presentables.

Kirk, un muchacho pelirrojo y de mi misma edad que trabajaba como mozo de cuadra, me acompañó hasta las mismas caballerizas donde Bryce ya me esperaba con los brazos en cruz y el semblante serio.

¿Es que aquel hombre no tenía nada más que hacer que atormentarme?

—Llega tarde —me dijo de muy malas formas.

—¿Ha probado a ponerse alguna vez alguna de estas prendas? —Puse los brazos en mi cintura y me moví haciendo que las capas de mi falda también lo hicieran.

—¿Acaso de su boca solo salen sandeces? ¿Dónde se ha visto a un hombre vestido de esa guisa? —Parecía todavía más malhumorado, y no sabía si eso podía ser posible.

—Disculpeme, solo era una broma —dije mientras lo observaba de arriba abajo con descaro.

Su ropa desde luego que era mucho más cómoda que la mía, pues consistía en una camisa, una falda que le llegaba hasta las rodillas, botas y calcetines altos. Sobre sus hombros caía una capa que parecía calentita, y que llegaba casi hasta el suelo.

De pronto el pensamiento de que si era cierto que los *highlanders* no llevaban ropa interior bajo su *kilt* abordó mi mente, y no pude evitar que se me escapara una sonora carcajada.

—¿Se puede saber qué es lo que le hace tanta gracia? —preguntó visiblemente irritado.

—Lo siento, me vino un pensamiento absurdo a la cabeza.

—Pues yo sé cómo eliminar esos pensamientos con urgencia. Acompáñeme.

Comenzó a andar tan deprisa hacia el interior de las caballerizas que en algunos tramos tuve que trotar para alcanzarlo.

Allí dentro había centenares de cuadras, y en su interior majestuosos equinos que relinchaban a cada uno de nuestros pasos.

Cuando llegamos al final de aquella enorme estructura, Kirk estaba llenando una carretilla de madera con lo que parecía avena en grano. Cuando estuvo a rebosar esperó junto a ella a que su *laird* le diese las órdenes pertinentes.

—Kirk le dirá que hacer. —Se dirigió a mí—. Primero le dará el desayuno a los caballos, luego limpiará sus cuadras, los cepillará, aseará, y por último engrasará sus cascos.

Asentí mientras pensaba que aquello era demasiado trabajo para tan solo dos personas.

Kirk fue a mover la carretilla hasta la puerta de la primera cuadra, pero Bryce se lo impidió colocándose delante y extendiendo su brazo.

—Lo hará la señorita Castillo. —Clavó su fiera mirada en mí—. Y espero que esté todo listo para antes de la cena o habrá represalias.

Se volteó sin más palabras, y con paso decidido desapareció de nuestra vista hacia el exterior de las instalaciones.

Convencida me dirigí hasta la carretilla y la empujé hacia la primera cuadra, pesaba bastante, pero estaba decidida a acatar las órdenes de Bryce y demostrarle que era muy capaz, lo convencería de que no me asustaba un poco de trabajo duro, y me ganaría su confianza. Aquello podría facilitar mis planes de huida, solo debía de obedecer y mantener mi lengua viperina a raya.

Kirk fue muy amable, y respondió a cada una de las preguntas que hacía curiosa por conocer un poco más el funcionamiento de aquellas cuadras.

Me explicó que cada uno de los equinos comía un cubo de pienso que equivalía a dos kilos de avena y que les suministraban alfalfa y heno tres veces al día, desde luego no se podía negar que los tenían muy bien alimentados.

Cuando terminamos de darles el pienso, comenzamos con la limpieza de las cuadras. Cada vez que clavaba la pala en el estiércol las manos me ardían con intensidad, podía sentir que las rojeces que habían aparecido en mis palmas estaban cada vez más inflamadas. Los brazos me dolían, y mis riñones me pedían con urgencia un descanso.

Cuando Karen apareció con el almuerzo fue como una bendición divina, pues las piernas me temblaban y apenas sostenían mi cuerpo.

—Luces horrible —dijo mientras me observaba de arriba abajo—. Será mejor que te laves mientras preparo las viandas.

Conforme dijo aquello comenzó a colocar la comida sobre una vieja mesa de madera que había en el patio.

Miré mis manos y mis uñas ennegrecidas, y no quise imaginar como luciría mi rostro y mi pelo. Me aseé lo mejor que pude en una pileta que llenaban para dar de beber a los caballos, y me senté a la mesa.

La comida estaba deliciosa, aunque también era cierto que el duro trabajo había despertado en mí un hambre voraz.

Kirk dio un buen bocado a su pieza de pollo, y pude ver como sus ojos se entornaron dando a reflejar lo mucho que le gustaba. Parecía un buen chico, y quise saber algo más sobre él.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí, Kirk?

—Tanto que ni lo recuerdo, señorita. Mi padre es Peterson, el cocinero.

—Vaya, no lo habría imaginado. Yo diría que apenas os parecéis. ¿Y tu madre?

—Mi madre trabaja en casa, ella es costurera.

—Y es una de las mejores —corroboró Karen—. Siempre le llevo todas mis prendas, y me las deja como nuevas.

El muchacho se sonrojó por su cumplido y le sonrió con agradecimiento.

—¿Sueles ocuparte tú solo de las caballerizas? Me parece que es muchísimo trabajo para una persona.

—No, claro que no. Normalmente somos cuatro. Está Antoni; que es el adiestrador, Malcom; su ayudante, y Carter y yo que nos ocupamos de la limpieza y la alimentación.

—Pero hoy solo estamos tú y yo, ¿por qué?

—El señor MacDonald decidió darles el día de hoy libre.

—¡Será canalla! ¡Estoy segura de que lo ha hecho para castigarme!

—Ya sabemos que es así Elisabeth, te está poniendo a prueba —dijo Karen con visible empatía.

—¿A prueba? Pero ¿qué demonios le he hecho yo para que me tenga aquí retenida en contra de mi voluntad y cumpliendo con obligaciones que no me pertenecen? —Miré las palmas de mis manos heridas y la rabia me atravesó al instante.

—Has llegado aquí de la mano de un enemigo, entiende que puede pensar que eres una espía. Además, tu historia no es nada convincente.

—¡A ver si entendemos que no tengo que convencerlo de nada, y que lo que él está haciendo conmigo en el lugar de donde vengo se le llama secuestro! —grité ofuscada mientras me levantaba de mi sitio y caminaba nerviosa.

Kirk, que se mantenía en silencio, miraba perplejo la conversación como si estuviese en un partido de tenis.

—¡No levantes la voz de ese modo en contra de nuestro *laird*! —Karen miró nerviosa hacia los lados—. Si alguien que no deseamos te escuchase podría llegar a sus oídos, por lo que te encerrarían de nuevo, y estoy segura de que limpiar cuadras y destrozarte las palmas de las manos te parecería maravilloso en comparación con aquel lugar.

Dejé escapar un gruñido mientras apretaba los puños, y pataleé una pequeña piedra haciéndola llegar muy lejos. Karen tenía razón, y cuanto antes lo admitiera antes entendería lo complicada de mi situación.

—No sé cómo podéis soportarlo, Bryce MacDonald es una persona horrible.

—Él antes no era así. —La voz de Karen sonó apenada.

—¿Antes cuándo? ¿Y por qué cambió?— Kirk y Karen se miraron unos segundos, como si supieran algo importante que no debía de ser contado.

—El señor... —comenzó el muchacho.

—El señor ha pasado por situaciones muy duras, y eso ha hecho que su carácter ennegreciera, ha tenido que asumir el cargo como *laird* de estas tierras cuando el heredero primogénito era esa calavera que te trajo a nuestras costas: Kai MacDonald, esa es la verdadera bestia, y no mi señor.

—Y si Kai es el malo de esta historia ¿Por qué apodan a vuestro señor como la Bestia de las Highlands?

—Eso es porque mató a uno de los culpables de su desdicha ante las mismas puertas de este castillo. Rajó su cuello ante todos y después ató su cuerpo a un caballo que lo arrastró por todas nuestras tierras.

—¡Dios mío, eso es espantoso! —Me llevé las manos al estómago, ya que pude sentir como se me revolvía.

—Ya hemos hablado demasiado, Kirk. —Lo reprendió Karen.

—De acuerdo, pero solo diré algo más. El señor actuó de esa forma porque tenía sus razones.

—¿Qué razón puede tener alguien para comportarse como un salvaje?

—Imagina que le arrebatan la vida a una de las personas más importantes de tu vida, solo pregúntate... ¿Qué es lo que harías tú? —interpeló Karen casi al mismo tiempo en que los ojos se le llenaban de lágrimas.

De pronto miles de recuerdos dolorosos invadieron mis pensamientos: el sonido de su risa, la forma que tenía de morder su labio inferior cuando algo no le parecía bien y estaba a punto de estallar, su manía de jugar con un mechón de pelo cuando mentía, incluso la fea costumbre que tenía de morder sus uñas en época de exámenes. La echaba tanto de menos... Estaba segura de que, si alguien le hubiese hecho daño, yo también me hubiese convertido en una bestia, y eso fue lo que me dio la respuesta a la pregunta de Karen.

—Me habría comportado del mismo modo.

Capítulo13

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

Señor MacDonald, me temo que mi misiva no le va a resultar agradable, pero por fin han dado fruto los meses que llevo infiltrado entre el clan MacNeil. Sintiéndolo mucho, he podido confirmar que las habladurías sobre su sobrino son del todo ciertas.

El hijo de su hermana al que lo han bautizado con el nombre de Jack MacNeil, está con vida, y consta con un año y medio de edad.

No he podido informarle con anterioridad debido a que lo mantenían en secreto, y solo los más allegados sabían de su existencia. Sin más, quedo a la espera de sus órdenes, de no ser así, continuaré tal y como acordamos.

*Un saludo.
Archie MacDonald*

Arrugué la carta entre mis manos, y di un fuerte golpe sobre la mesa que provocó que varios documentos cayeran al suelo.

—Puedo imaginar que la misiva de Archie no trae buenas noticias. —Connor se sentó frente a mí, y tras arrancar la carta de entre mis dedos la aplanó sobre la mesa y comenzó a leerla.

—¡Estoy furioso! ¡Quiero que Eòghann MacNeil muera en cuanto antes! Ya lo hemos pospuesto demasiado.

—Estoy de acuerdo, pero si no hemos atacado antes ha sido porque el conflicto con tu hermano nos ha debilitado. La mitad de nuestros mejores guerreros se marcharon con él, y sabes que los necesitábamos para hacer frente a los MacNeil, sin ellos no lo lograremos.

—¡Maldito Kai! Todo esto es culpa suya, si no hubiese obligado a Ava a casarse con ese desgraciado de Eòghann, todo esto no hubiese pasado. Si padre levantase la cabeza de su tumba, el mismo se volvería a enterrar.

—Culpable o no lo necesitamos.

—¡Y una mierda! Recuperaremos a mi sobrino sin él, ese niño es un MacDonald, no merece ser criado por el cobarde que mató a su madre a sangre fría.

—No podemos reunir un ejército con tan poco tiempo.

—Acudiremos al clan de los Ranald, ellos nos ayudarán.

—Sabes perfectamente que su lealtad estaba con tu hermano, no entrarán en esto sin él. Piénsalo, en cuanto Kai se entere de que el hijo de Ava está vivo, apoyará esta contienda de inmediato.

—¿Y después? No pienso entregarle el mando de nuevo, ha demostrado que carece de liderazgo y sensatez.

—Será un acuerdo de paz breve, en cuanto Jack esté en casa tendrá que marcharse de nuevo.

—No me convence, pensaré en algo, Kai MacDonald no pisará estas tierras jamás.



La conversación mantenida con mi primo, y el enterarme de que tenía un sobrino con vida viviendo con el enemigo despertó una ira en mí apenas controlable.

Debía rescatar a mi sobrino de las garras de ese ser despreciable que había matado a su madre, lo haría por Ava, sabía que ella lo hubiese querido así.

Cuando desperté de mis pensamientos, me encontraba frente a las caballerizas, donde una Elisabeth con una apariencia bastante deplorable cargaba una carretilla llena de estiércol mientras que Kirk, limpiaba los cascos de uno de mis caballos.

—Veo que todavía no han terminado.

—Ya casi estamos señor, nos queda tan solo una cuadra por limpiar —contestó el joven amablemente.

—Entiendo, váyase a descansar, la señorita Elisabeth terminará el trabajo.

—Oh, no se preocupe señor, lo haremos juntos y así acabaremos antes.

—Me parece que no me entiende, muchacho. Esto no es una sugerencia, es una orden. —Mi voz resonó potente, incluso más de lo que creí.

El bueno de Kirk no tuvo más remedio que asentir mientras miraba a Elisabeth con pesar. Ella le sonrió dulcemente, y aquello me molestó.

El muchacho se encaminó hacia el castillo, y Elisabeth que no me había mirado en ningún momento continuó trabajando en silencio.

Me senté en una silla junto a la puerta para poder observarla, a cada uno de sus pasos se la veía más debilitada, pero no se quejaba, ni suplicaba porque acabase aquella tortura. Realmente era una mujer fuerte y obstinada, y eso me pareció admirable.

Se detuvo un momento para beber un poco de agua. Su pulso temblaba, y unas gotas resbalaron por su barbilla hasta perderse en el escote de su camisa. De pronto me vi conteniendo el aliento ante aquella imagen tan sensual, y cuando su mano recorrió su piel para secarla, deseé con fervor que fuesen las mías en su lugar. Anhelé el poder rozar su cuerpo, y eso hizo que mi mal humor despertara de nuevo.

—Está atardeciendo, le dije que quería todo listo para antes de la cena.

Ella torció el gesto, y siguió trabajando. Por lo visto había decidido no dirigirme la palabra, y no se lo pensaba consentir.

—¿Es que acaso el trabajo la ha dejado sorda? —Pasó por mi lado con el rostro pasivo, y con un ronzal para sacar de su cuadra al último equino que debía atender.

Su comportamiento infantil estaba a punto de hacerme perder la cordura, y no pude evitar agarrarla del brazo con dureza y obligarla a que me mirase a los ojos.

—¿He dicho que si se ha quedado sorda? —repetí sintiendo como la rabia atravesaba mi garganta.

—¿Qué es lo que le pasa, señor? ¿Por qué actúa de este modo? —Su voz era suave como el

ronroneo de una dulce gatita—. Yo también he sufrido, y eso no excusa para que me comporte como una cretina.

Sus palabras sosegadas y llenas de verdad me enmudecieron e hicieron que la soltara.

—Yo... ¿Quién...?

—Nadie me ha contado nada, si es lo que piensa, pero es que no encuentro otra explicación para el comportamiento tan ruin en una persona que lo tiene todo.

—No sabes nada de mí.

—Exacto, no sé nada de ti —me tuteó, y se acercó hasta a mí lentamente—. Solo sé que cuando te miro a los ojos tus actos no se corresponden con ellos. Veo a un farsante aparentando algo que no es.

—¡No tienes derecho a hablarme con esas confianzas!

—Puedo, y lo haré, porque yo sé lo que se siente cuando tienes un dolor constante en el pecho que apenas te deja respirar —puso su cálida mano sobre mi torso—, sé lo que es la culpabilidad, y sé lo que es pensar que no mereces nada.

Ella me miró tan intenso que pude sentir como leía mi alma, como desnudaba mi interior y rompía la barrera que tanto esfuerzo me había costado crear.

—No sé cómo hacer que deje de doler Elisabeth. —Me vi confesando.

—Creo que el dolor no pasa nunca, pero a mí me ayuda a recordar, es una prueba de que existió una vez algo maravilloso e inigualable en mi vida. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y de pronto me vi envolviéndola entre mis brazos.

Por primera vez en mucho tiempo la rabia cesó, y me permití sentir ese dolor agri dulce que describía Elisabeth. Era una mezcla de nostalgia y agradecimiento que llenó por completo mis pulmones de oxígeno.

Apreté la mandíbula, apoyé el mentón sobre su cabeza, y nos mantuvimos así unos minutos, en silencio, dejando que nuestros cuerpos se comprendieran en un idioma silencioso que nosotros mismos habíamos inventado.

Capítulo 14

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Llegué a mi habitación sin entender que era lo que había pasado entre Bryce y yo en las caballerizas. No sabía lo que había hecho que le hablase de aquel modo, ¿o quizá sí?

Por supuesto que lo sabía, pero me negaba a admitir que una vez la bestia que invadió a Bryce MacDonald también me invadió a mí. Fue después del fallecimiento de Martha, mi gemela. No comprendía por qué ella había enfermado y no yo. Éramos tan idénticas que pensaba que moriríamos el mismo día de la misma forma que nacimos juntas.

Cuando ella se fue, y en su lugar apareció la ira y la desesperación, me convertí en un monstruo egoísta que arrasaba todo a su paso. Papá perdió su trabajo, pues lidiar con alguien que solo deseaba morir requería de mucho tiempo, y no podía permitirse perder a otra hija, pues aquello les hubiese hundido por completo.

Él fue el barco que me mantuvo a flote durante mucho tiempo, y después apareció Elena. Tan fresca y divertida, como inocente. Me recordaba algo a ella, y pensé que había llegado a mi vida porque Martha me la había enviado para que no me sintiese tan sola.

Unos golpes sobre la puerta me sacaron de mis pensamientos. Karen asomó la cabeza por el resquicio y preguntó si estaba decente. Al comprobar que así era, hizo entrar a la estancia a todo un batallón tras ella.

Tres muchachos cargaban una enorme bañera de hierro, y la pusieron cerca de la chimenea que estaba siendo prendida por una joven. Un ir y venir de muchachas con cubos de agua caliente llenaron la tina bajo mi mirada de asombro. En pocos minutos la estancia estaba caldeada, y no fui consciente hasta entonces que el calor me invadió por completo, de lo helado que estaba mi cuerpo.

Karen añadió unas flores secas al baño y unos aceites que desprendían un aroma dulce y femenino, mientras otra de las muchachas preparaba un vestido muy elegante sobre la cama.

—¿Y esto? —pregunté mientras pasaba mi mano por la suave tela.

—No sé qué es lo que le has dicho al señor, pero ha ordenado que te subamos todo esto, y ha pedido exclusivamente que bajes a cenar con él.

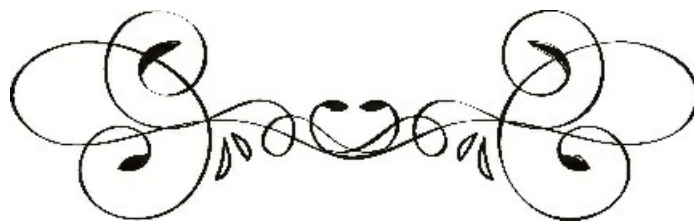
—No lo entiendo, el me odia.

—No creo que sea así Elisabeth. —Ella preparó una bata, y la puso sobre una butaca cerca de la bañera—. Te ayudaré con el baño

—Preferiría hacerlo sola, necesito pensar, no sé si es buena idea que acepte su invitación.

—Como quieras, si necesitas algo estaré abajó. Aunque mi consejo es que bajes, quién sabe cómo pueda tomarse una negativa.

—A estas alturas poco me importan sus represalias —dije casi al mismo tiempo que observaba las palmas de mis manos magulladas.



Mientras bajaba las escaleras principales con aquel estúpido vestido rosa, me sentí ridícula, idiota, y a punto estuve de darme la vuelta para regresar a la tranquilidad de mi habitación, pero decidí tomarme aquella velada improvisada como una oportunidad para mostrarle a Bryce, que de nada valdría el tenerme allí retenida, y que deseaba marcharme en cuanto antes.

Al pie de la escalera, una Karen que lucía una amplia y sincera sonrisa me esperaba.

—¿Recuerdas que te dije que quería que conocieses a alguien? —habló tan bajo que me costó entenderla.

—Sí, claro.

—Será esta noche, cuando todos estén dormidos. Sal al jardín trasero, ese que se comunica con las cocinas. Te espero detrás de la caseta que está junto al huerto. ¿Entendido?

—Creo que sí.

—Bien. Procura que nadie te vea.

Karen me acompañó hasta las mismas puertas del comedor, y tras desearme suerte, desapareció hacia la cocina.

Toqué con suavidad con mis nudillos sobre la puerta, y sin esperar respuesta abrí con cuidado. Al final de una larga mesa de madera estaba sentado Bryce, el cual se levantó nada más verme. El ambiente era muy cálido, y desprendía un aroma delicioso que envolvió todos mis sentidos.

—Bienvenida, agradezco que haya aceptado mi invitación. —Bryce caminó hasta a mí y me tendió la mano. Asentí en respuesta, y me dejé guiar hasta mi asiento, el cual retiró para que me sentara.

Una vez acomodada, él tomó asiento a mi lado. Parecía cohibido, como si ante mí se presentara una persona diferente a la que había podido conocer durante aquellos días.

Sobre la mesa gran variedad de manjares deliciosos se presentaban de distintas formas. Pollo asado acompañado con patatas, pescado en salsa, distintos tipos de pan, frutas, vino, e incluso cerveza.

—¿Comeremos solos?

—Sí, he pensado que podríamos charlar.

—¿Charlar?

—¿Tanto le extraña?

—Empiezo a estar harta de estos cambios de actitud que usted sufre continuamente. —Él abrió de forma desmesurada los ojos y supe que otra vez había hablado de más—. Disculpe, pero...

—No tiene por qué disculparse, y entiendo que le resulte extraño mi comportamiento, pero le puedo decir que no llegó en el mejor momento.

Bryce hizo un gesto con la mano, y uno de sus sirvientes que se encontraba en silencio en un lateral de la sala, se acercó, y me sirvió una copa de vino tinto.

Agarré la copa, y tras oler su aroma afrutado, me la llevé a los labios y me la bebí de un trago.

—Más vino por favor —le dije al muchacho mientras extendía mi copa.

Este volvió a rellenarla, y me la llevé de nuevo a los labios, pero aquella vez tan solo le di

un sorbo.

—Veo que le gusta el vino.

—No está mal, aunque le confesaré que es la primera vez que lo pruebo, y creo que esta noche lo necesitaré para poder soportarlo a usted, señor MacDonald.

—Me gusta que sea tan directa, ¿qué le parece si nos tuteamos?

—Me parece perfecto.

—De acuerdo, pues ahora que ya hemos entrado en calor, hágame de ti. ¿De dónde vienes?

—¿Así qué es eso? Esta cena no es otra cosa que la desconfianza que despierto en ti. Si pretendes saber si tu hermano me ha enviado aquí para espiarte, te diré que no es así. Aunque también te diré que no tengo forma de demostrártelo. Tendrás que confiar en mi palabra.

—Creo que de momento elijo confiar en tu palabra. —Asentí por primera vez agradecida.

—Soy española, de Ourense, y tras un largo viaje aparecí sin poder remediarlo en el barco de tu hermano. No lo conocía de nada, jamás había oído hablar de él, ni de los MacDonald. Lo único que espero y deseo es regresar a mi hogar, pero primero tengo que ir a la isla de Skye para poder comprobar si mi prima está allí.

—No puedo dejarte salir de las Islas Elisabeth, ahora mismo hay algo que me retiene aquí, a la vez que también retiene mis barcos. Tengo que solucionar ese problema primero y después prometo acompañarte a Skye.

—No sabes lo que te lo agradezco, pero no me gustaría causarte más problemas. Quizás fuese mejor que me marchase sola.

—La única forma de salir de Scolpaig es en barco, y ya te he dicho que no puedo disponer de ninguno por el momento. Mis hombres deben de permanecer en Alnwick Castle.

—¿Es que estáis bajo alguna amenaza?

—Eso ya no te concierne. —Su tono fue serio y tajante—. Y ahora come, la comida se está enfriando.

Fui a replicar, pero entonces que parecía que la bestia estaba algo más calmada y que ya había aceptado mi partida —aunque fuese algo lejana—, pensé que lo mejor sería quedarme calladita, aunque solo fuese por una vez.

Continuamos cenando en un silencio un tanto incómodo, pero lo sobrellevé con cada uno de los deliciosos platos que pude degustar. Pensaba darme un buen atracón, más que nada por si no volvía a tener la oportunidad de cenar de aquel modo. Mi copa apenas se vaciaba, volvía a ser repuesta sin necesidad de que tuviese que pedirlo. Pronto la cabeza comenzó a darme vueltas, y una sensación como si volara se instaló en todo mi cuerpo.

—Veo que estabas famélica.

—¿Has probado a trabajar todo un día entero sin descanso? Por supuesto que *nooo* —me contesté a mí misma mientras notaba que mis palabras salían pastosas por la ingesta de alcohol.

Él se carcajeó y no entendí el motivo, pues me estaba metiendo con él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —quise saber.

—Nada, es solo que... eres peculiar.

—Así que pecu... —la palabra se me enredó en la boca—, pecu... lo que sea. ¡Estúpida palabra!

Bryce siguió riendo, y por un momento me vi atrapada en sus facciones tan hermosas como atractivas. Su rostro relajado, y sus ojos iluminados y despreocupados, consiguieron despertar en mí un interés, interés que bien poco me convenía.

—Será mejor que me retire, estoy muy cansada. —Apoyé mis manos sobre la mesa, y me levanté con cuidado.

Al hacerlo fui consciente de lo perjudicada que estaba a causa del vino.

—Vamos, lo estábamos pasando bien. —Él también se levantó y me sujetó por el brazo evitando que me tambaleara. —Pensándolo mejor, creo que sí que es hora de que te retires, apenas te sostienes.

—¡No me *toquesss*, bestia con corazón de lechuga!

Puedo caminar perfectamente.

—Y yo creo que no puedes. —Conforme dijo aquello, me cargó entre sus brazos.

Su cercanía se me hizo tan cálida y agradable...

—¿Por qué hueles *tannn* bien? Pensaba que los *hombressss* del medievo apestaban.

—¿Medievo? Ves como eres peculiar, pecosa.

Caminó conmigo hasta llegar a las escaleras, y las subió como si nada.

—Solo *quierooo* saber algo, es *algo* que me intriga desde que te *conozzzco* —pregunté mientras golpeaba su frente con mi dedo índice.

—Tu dirás.

—¿Los *highlanders* lleváis ropa interior debajo del *kilt*?

—Prometo que mañana resolveré cualquier duda que tengas respecto a eso. —Fue lo último que alcancé a oír antes de quedar rendida en sus brazos.

Capítulo 15

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

Depositó a Elisabeth sobre su lecho, y su pelo rubio como el sol se derramó sobre la almohada. Su rostro se veía apacible, y esa arruga que se le solía hacer en la frente debido a su mal carácter había desaparecido. Tenía unas pequeñas pecas que resaltaban su nariz y sus mejillas dándole un aspecto dulce y tentador. Sus labios carnosos, y ligeramente entreabiertos, me atrajeron de tal forma que no fui apenas consciente de cuando mi boca se unió a la suya en un tierno, pero fugaz beso cargado de sentimientos que recorrió mi cuerpo al completo.

—Quédate conmigo Bestia... —Susurró sin abrir los ojos y mientras se revolvía en la cama.

Aquello era lo que yo significaba para ella: una bestia sin sentimientos y cruel. Mientras la miraba me maldije por no haberla conocido antes, cuando los demonios que habitaban en mi interior no existían y era capaz de querer. Hubiera sido tan sencillo amarla...

Rocé su mejilla y la sentí tiritar bajo mi tacto. Busqué unas pieles y la arropé con ellas, después prendí la chimenea, y salí al pasillo para llamar a una de las muchachas.

Margaret fue la primera en acudir, y en cuanto me vio, su mirada se iluminó y el movimiento de sus caderas al andar se intensificó de forma exagerada.

—Señor, ¿me requiere?

—Así es, Elisabeth está indispuesta. Póngale su ropa de cama, y haga que se sienta cómoda. Acondicione su estancia como si fuese la mía propia. No quiero que le falte de nada.

—Oh, ya veo. —Bajó la mirada a sus manos que jugaban con su delantal.

—¿Algún problema?

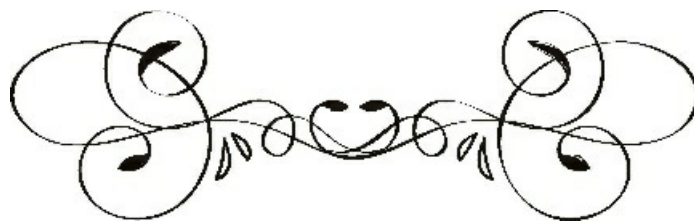
—No, es solo que pensaba que requeriría de otro tipo de atención esta noche. Como la otra vez...

—Margaret, lo que sucedió no puede volver a pasar. Eres preciosa, y una buena muchacha, estoy seguro de que pronto lo olvidarás y fijarás tu vista en algún muchacho que te convenga. Te pido disculpas, pues estuvo fuera de lugar.

—Si desea que lo olvide, trataré de hacerlo, señor. —Ella cruzó sus brazos con un gesto en el rostro que no supe identificar. Era entre compungida y molesta.

—Es lo que deseo —le aclaré, evitando cualquier tipo de confusión en el futuro.

—Bien, iré a atender a la señorita Elisabeth.



—¿De qué va todo esto Bryce? —Connor irrumpió en mi despacho destruyendo la paz que en él había.

Me había quitado las botas, y estaba sentado frente al fuego mientras degustaba un *whisky* añejo de mi reserva especial.

Connor me miró enfadado, y se dirigió a mi mesa para servirse una copa y beberla de un solo trago, después se la rellenó de nuevo, cogió una de las sillas y la arrastró para ponerse junto a mí.

—Genial, sírvete tú mismo, primo. Tan solo es un *whisky* de más de cuarenta años, puedes beberlo como si se tratase de agua.

—¡Déjate de estupideces! —exclamó—. Te gusta, ¿verdad?

—¿Quién? —Sabía a quien se refería, pero me gustaba sacarlo de quicio.

—Ya sabes de quien te hablo, de Elisabeth.

—No, no me gusta, ¿contento?

—¿Y por qué la has invitado a cenar? —quiso saber.

—Quería interrogarla.

—No te creo.

—Vamos a ver Connor, aunque me gustase ¿qué problema habría? ¿Es que acaso te importa?

—Me parece que no has pensado en lo grave del problema, Bryce.

—Ilumíname.

—No quieres acudir a Kai, así que me imagino que al fin acudiremos a los Ranald.

—Así es, de hecho, ya les he escrito la misiva que tú mismo les llevarás mañana. —Me dirigí a mi mesa y sobre ella estaba la carta que le tendí a Connor.

Este la agarró con gesto serio y continuó hablando:

—¿Qué crees que pedirán los Ranald por sacrificar la estima que le tenían a tu hermano?

—No lo sé Connor, dímelo tú ya que parece que los conoces tanto.

—¡Un matrimonio! —Levantó las manos—. Te obligarán a comprometerte con alguna de sus hijas, por eso no puedes encapricharte con nadie Bryce.

—¿Me tomas por un necio? No soy hombre de amores, y si cuando llegue el momento tengo que comprometerme con una Ranald, lo haré. Haré lo que sea con tal de recuperar a mi sobrino, y poder ver a ese maldito MacNeil, muerto de una vez por todas.

—Bien, eso era lo que quería escuchar. —Connor respiró profundamente como si hubiese estado reteniendo el aire.

Sabía lo mucho que le importaba recuperar a Jack, y no lo defraudaría, ni a él, ni a Ava, ni a mi pueblo. Todo el mundo sabría que si traicionas a un MacDonald acabas muerto.

Capítulo 16

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

—Elisabeth despierta, llevas durmiendo gran parte del día. —Alguien me zarandeó de muy malas formas.

—Quiero dormir, me duele la cabeza horrores. —Metí la cabeza debajo del almohadón, pero de poco me sirvió, pues la cansina de Karen estaba empeñada en que despertara.

—¡He dicho que te levantes! —Sentí su peso sobre la cama, y tiró de mis sábanas dejando mi cuerpo desnudo al aire.

—¿Se puede saber por qué estoy completamente desnuda? —dije incorporándome y tirando de la sábana que me había arrebatado Karen.

—Pues eso me gustaría saber a mí. —Por fin soltó las cobijas y se dirigió en busca de una bata—. Por lo visto lo que hicieras ayer hizo que me dejaras tirada a altas horas de la noche junto a la caseta del huerto.

—¡Mierda! Lo siento mucho Karen, me pasé con el vino y... ¡Ay, no!

—Ay no, ¿qué? Dime que no has pasado la noche con el *laird*. —Ella abrió mucho los ojos.

—No, claro que no, pero le dije cosas muy impertinentes.

—¿Impertinentes?

—Le pregunté que si era cierto que los *highlanders* no llevaban nada debajo del *kilt*. —Nada más repetirlo sentí como un calor inundaba mis mejillas.

—¡Ay, Dios mío! Pues sí que es del todo impertinente. ¿Cómo se te ocurre preguntar algo así?

—¡Y yo que sé! Fue el vino Karen, jamás lo había probado y se me fue de las manos.

—Lo que se te fue es la lengua. Y espero que solo la usaras para el diálogo. —Karen abrió el armario y comenzó a sacar mi ropa—. No puedo creer que se te ocurriera preguntarle algo así.

—Bueno, ¿y entonces qué? —Una sonrisita traviesa se me dibujó en el rostro.

—¿A qué te refieres? —Me miró desconcertada.

—¡A que si llevan ropa interior, ¿a qué más me puedo referir?!

—No pienso contestarte a eso, es del todo impropio, Elisabeth.

—Eso es porque no lo sabes.

—Exacto, no lo sé. —Comenzó a vestirme.

—Nunca has estado con un hombre, ¿verdad?

—¡Elisabeth!

—¡¿Qué?! No veo nada malo en que dos mujeres que mantienen una amistad hablen de estos temas con libertad. —Ella resopló y se sentó junto a mí en la cama.

—No sé qué llevan debajo Elisabeth, nunca he estado con un hombre, ni lo estaré hasta que me case.

—¿Casarte?

—Por supuesto, ¿es que tú no piensas en el matrimonio?

—No, claro que no. En mi tiempo es muy diferente. Allí te casas cuando conoces muy bien a tu pareja, y cuando ya eres madura.

—¿Y a qué edad suele ser eso?

—Desde luego que no antes de los treinta.

—¿Treinta años? ¡Elisabeth, a esa edad tu matriz estará seca y no podrás tener hijos!

—Si pudieses ver a las mujeres del futuro te sorprenderías. Sus matrices están perfectamente más allá de los cuarenta. —Ella se llevó las manos al rostro sorprendida.

—Aquí también hay mujeres que han parido a esa edad, pero no conozco a ninguna que fuese su primer hijo. —Karen continuó ayudándome con la ropa, y después pasamos al tocador donde peinó mi pelo.

Mientras charlábamos observé la luz por la ventana y pude darme cuenta de que el sol ya estaba algo bajo.

—¿Por qué no me has despertado antes? Seguramente Bryce estará muy enfadado por no haber ido a trabajar a las cuadras.

—Ya no trabajas en las cuadras Elisabeth, no me ha dado tiempo a contártelo.

—¿Y qué es lo que debo hacer ahora? Espero que no sea muy duro, pues mis manos todavía se resienten. —Miré las palmas y todavía se podían observar en ellas las rozaduras que me hizo los mangos de hierro de la carretilla.

—Vuelves a ser una invitada.

—¡Pero eso no puede ser! —Sentí un calor que me invadía—. ¡¿Qué se ha creído esa bestia?! ¡¿Qué puede manejar mi vida a su antojo según su estado de ánimo?!

—Pues eso es lo que parece. Él mismo bajó esta mañana a primera hora e informó al servicio de su decisión.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —Me levanté ofuscada y me senté sobre la cama para ponerme los zapatos—. ¿Dónde está?

—Creo que está en el despacho.

—Bien, ahora mismo voy a hablar con él.

Salí de la habitación como alma que lleva el diablo, y en menos de lo esperado ya estaba frente a su puerta, la cual abrí sin importarme que estuviese ocupado. Bryce, que estaba sentado frente a su mesa, abrió mucho los ojos al darse cuenta de que irrumpía en su despacho de forma abrupta. Connor que estaba junto a él, tampoco pudo disimular su asombro.

—Espero que el motivo que la haya llevado a irrumpir en mi despacho de esta forma sea verdaderamente importante, porque de lo contrario no veo justificación para tal falta de respeto.

—Aquí el único que me falta al respeto continuamente eres tú, Bryce MacDonald —lo tuteé a conciencia mientras colocaba mis manos en las caderas en una pose desafiante, e intentando dejar claro que no me intimidaba lo más mínimo.

Connor reprimió una risa llevándose la mano a la boca mientras contemplaba la escena.

—No veo de qué forma le he faltado al respeto, esta misma mañana he hablado con el servicio y he solicitado que la traten como a una invitada.

—¡Pues eso mismo! Ahora soy tu invitada, ahora soy tu prisionera, y cuando te da de nuevo la real gana soy una empleada. ¡Aclárate! No eres dueño de mi vida, ¿entiendes? No formo parte de tu clan, ni de ningún otro, tampoco soy la mujer de ningún hombre. ¡Soy libre! ¡Libre! —dije de carrerilla sin apenas coger oxígeno para respirar—. ¡Y ahora mismo me largo de aquí!

Tras esa última frase, Connor ya no pudo evitar más la risa y se carcajeó a gusto, mientras miraba a su primo del todo asombrado.

—¿Y tú de que te ríes tanto?—le recriminó Bryce. —¡Jamás he visto una falta tan grave hacia un *laird*! Quiero pensar que en España, o de donde demonios vengas, vuestras costumbres no son las mismas y que no eres consciente de tus palabras.

—Por supuesto que soy consciente, como también lo soy de que ya no me vas a manejar más. —Me di la vuelta y salí del despacho sin mirar atrás.

Estaba muy cabreada, sentía que mi tiempo se perdía entre los muros de aquel castillo en aquel papel que estaba interpretando y que no era mi vida. Si Herea e Ian también habían viajado a la época donde yo me encontraba, y no a la que ellos esperaban seguramente ya estarían en busca de una solución. Los días pasaban, ¿y si se marchaban sin mí? ¡Me quedaría atrapada! ¡Sola y atrapada! Mis lágrimas comenzaron a resbalar por mi rostro y una sensación de desesperación me envolvió por completo. Sentía que ya había llegado a mi límite, y que el oxígeno me faltaba. Apoyé mi mano sobre una de las paredes de piedra y traté de recuperar el aliento. Al poco tiempo Bryce apareció junto a mí.

—¿Se puede saber por qué te comportas así? —Cogió mi barbilla y me obligó a mirarlo a la cara.

—¡Estoy sola Bryce! ¡Sola y perdida! Solo quiero regresar a casa y abrazar a mis padres. Me he comportado como una estúpida, y por eso estoy aquí, por estúpida. —Sollocé mientras dejaba caer mi peso para sentarme en el suelo.

Bryce entendió que necesitaba sentarme un segundo, y se inclinó junto a mí.

—No estás sola Elisabeth, estás aquí, con los MacDonald.

—Sí estoy sola, y mis padres ahora también lo están por mi culpa. Primero se marchó Martha, mi hermana, y ahora lo he hecho yo. ¡Los he abandonado!

—¿Tu hermana también se ha marchado de casa?

—No, ella está muerta. —Al pronunciar aquellas palabras mi corazón se desquebrajó en mil pedazos de nuevo, y sentí como todo a mi alrededor desapareció.

Mis lágrimas no cesaban, pues necesitaba que saliesen y que con ellas arrancaran la pena de mi pecho, una pena tan profunda que se había fusionado con mi cuerpo y ya formaba parte de mí. Bryce me abrazó tan fuerte que por un momento me sentí segura entre sus brazos, y el oxígeno regresó de la misma forma que cuando se abre una ventana en un día de viento.

—Llora pecosa, grita si es necesario, pero no permitiré que te sientas sola porque yo estoy junto a ti.

Me sentí levitar y me aferré con fuerza a su cuello mientras escondía la cara en él. Cerré los ojos, y me dejé inundar de esa seguridad y de la calma que me transmitía el que minutos antes para mí tan solo era una Bestia.

Cuando llegamos a la que supuse que sería su habitación, me dejó sobre la cama y me arropó con ternura, como cuando arropas a un ser querido. Sentí el helor de las sábanas y la lejanía de un cuerpo ardiente que me daba consuelo.

—No te marches, quédate conmigo.

—Ya te he dicho que no estás sola Elisabeth, yo estoy junto a ti. —Se tumbó a mí lado sobre la colcha y acarició mi pelo con ternura mientras hablaba en un idioma desconocido.

— *Tha mi tuigsinn do phian oir is leamsa i mar an ceudna, do bhrìgh gur fuil m' fhuil-sa, agus feòil m'fheòil-sa thusa. Cadal creutair beag, oir nuair a dhùisgeas tu a-rithist bidh na h-aislingean air na h-eagal as falaichte agad a thoirt air falbh, agus cumaidh mi sùil ort, a' dèanamh cinnteach gun tèid iad à sealladh agus nach bi iad nan trom-laighe uamhasach.*

Capítulo17

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

Cuando terminé de recitar aquellas palabras Elisabeth había dejado de llorar y respiraba con tranquilidad. Me quedé unos segundos en silencio sin apenas moverme pensando en que se había dormido, pero su voz suave y serena me sacó de mi error.

—Gracias, no he entendido tus palabras, pero he sentido que eran reconfortantes. —Ella agarró mi mano que acariciaba su pelo y tiró de ella para que la envolviera entre mis brazos.

El aroma de su pelo afrutado, y el calor que emanaba su cuerpo me hizo contener el aliento.

—Es algo que mi madre nos recitaba cada noche cuando nos arropaba —confesé—. Entiendo tu dolor porque también es el mío, pues eres sangre de mi sangre, y carne de mi carne. Duerme pequeña criatura, porque cuando vuelvas a despertar los sueños habrán hecho que desaparezcan tus miedos más ocultos, y yo velaré por ti cuidando porque se esfumen y no se conviertan en horribles pesadillas. —Las traduje para ella.

—Es precioso, debió de ser una madre muy cariñosa.

—Lo era, cuando faltó se llevó gran parte de nuestra alegría. Ava no volvió a ser la misma.

—¿Ava?

—Era mi hermana, ella también murió. —Elisabeth se volteó para poder mirarme a los ojos.

—Lo siento —susurró casi al mismo tiempo que ponía su mano sobre mi pecho. —Yo también siento lo mismo aquí.

Sentí que mis ojos se empañaban y apreté la mandíbula dejando que la rabia ocupase su lugar. Ella me miró de forma intensa, y se pegó tanto a mí que cuando sus labios desesperados se unieron a los míos apenas pude creerlo.

—Elisabeth, esto no está bien. Tú no estás bien. —La aparté con cuidado, no quería aprovecharme de su vulnerabilidad.

—Sí lo estoy, créeme, necesito sentir...

—Lo que sientes es dolor, y yo no puedo eliminarlo.

—Pero sí hacer que lo olvide, hazme olvidar Bryce. —Me besó de nuevo, y sus pequeñas manos se enredaron en mi pelo.

Mi cuerpo se dejó llevar, y mis brazos la envolvieron con cuidado como si sostuviesen una delicada flor.

—Elisabeth detén esta locura porque yo no me veo capaz de hacerlo. —Mi voz salió áspera de entre sus besos.

Ella rodó por encima de mí, y tras arremangarse las faldas, se colocó a horcajadas aprisionando mi cuerpo contra el suyo. Mi miembro cobró vida nada más sentir su fruto prohibido rozarse contra el mío, supe que estaba perdido.

—Yo tampoco me veo capaz, Bryce. —Mi nombre de entre sus labios sonaba como la más bonita de las melodías.

Me aferré a su cintura y apreté mi entrepierna contra su vértice haciéndola partícipe de lo que estaba provocando en mí. Ella abrió los ojos de forma desmesurada, pero segundos después una sonrisa se dibujó en sus labios.

Mis manos expertas recorrieron su cuerpo y tiraron de las cintas de su corsé hasta que consiguieron aflojarlas. Busqué sus pechos y los masajé y pellizqué hasta que conseguí que un jadeo resonara entre aquellas paredes que albergaban a dos locos que ocultaban su dolor fingiendo que se amaban. «Porque estábamos fingiendo, ¿verdad?».

Lenta y de una forma tortuosa, nuestras ropas desaparecieron mientras íbamos descubriendo nuevos pedacitos de piel. Recorrí con paciencia cada centímetro de su cuerpo con mi lengua, y me entretuve en la humedad de entre sus piernas mientras ella se aferraba a mi pelo exigiendo mis caricias. Cuando sus jadeos se intensificaron y sentí que estaba al borde del mismísimo acantilado, me coloqué sobre ella para hacerla mía. La deseaba tanto...

Cuando rocé la entrada de su placer mientras la miraba a los ojos, pude ver como ella los cerraba y apretaba los dientes, y cuando sentí la barrera de su interior me detuve al instante sin saber de dónde había sacado las fuerzas.

—Elisabeth tú... —Las palabras se me quedaron atoradas por lo inesperado de la situación.

—No pares ahora Bryce, te deseo. —Ella tiró de mí hacia su cuerpo.

—Si hubiera sabido esto, habría sido más delicado.

—Lo has sido te lo aseguro. —Me besó con ardor y creí que iba estallar.

Mi cuerpo empujó con cuidado, pero sin descanso, y sentí como sus piernas temblaban. Atravesé su barrera y un gruñido salió de su garganta. Mi cuerpo se acopló al suyo por completo y sentí que estaba hecho a mi medida. Me quedé quieto unos segundos dejando que su interior se acostumbrara mientras que mi boca recorría su cuello y sus labios.

Poco a poco comencé a moverme mientras ella arañaba mi espalda. La calidez y la estrechez de su sexo incendiaron mi cuerpo por completo, tanto que tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme y no derramar mi semilla antes de tiempo.

Besé y lamí sus pechos, y ella arqueó su espalda buscando la profundidad de mis movimientos. Busqué la inflamación de entre sus piernas y la masajé hasta que sus gemidos se hicieron tan intensos como aquel momento. Su respiración estaba agitada, tanto como lo estaba la mía, y cuando sentí que su cuerpo abrazaba mi miembro con su palpitir incesante, me dejé ir con ella sucumbiendo así a mis deseos.

Con cuidado rodé hacia un lateral, y la abracé con ternura dejando que nuestros cuerpos se recuperaran.

Y entonces fue cuando la realidad me golpeó tan fuerte que me hizo sentir ruin. Me había aprovechado de su virtud. La había desflorado y no pensaba casarme con ella.

—Esto... esto no debería de haber pasado. —Me vi diciendo apenas sin pensar.

Ella debió sentirse incómoda, pues rápidamente cubrió su cuerpo con la colcha, y al hacerlo pude ver la sangre en las sábanas que confirmaba lo detestable que era. El ser repugnante en el que me había convertido, y me odié por completo.

—Tranquilo, ha sido culpa mía —dijo ella sin mirarme a los ojos.

—No, no lo entiendes. Esto que he hecho es asqueroso. —Me levanté y comencé a vestirme, mientras lo hacía, pude ver como ella se limpió una lágrima—. Tengo que salir a tomar el aire.

Elisabeth se recostó en la cama dándome la espalda, y no la culpé por ello. ¿Quién querría

mirar a los ojos del desalmado que se había aprovechado de un momento de debilidad para robarle lo más preciado que tiene una mujer? Si al menos hubiese estado enamorado de ella habría una justificación, pero en aquel caso no la había.

Abandoné la estancia sin más palabras, pues después de mi comportamiento no sabía que más decir.

Capítulo 18

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Cuando Bryce cerró la puerta repetí sus palabras en mi mente mientras dejaba que mis lágrimas se derramaran sobre su almohada. «Esto que he hecho es asqueroso». Si tan repugnante le parecía estar conmigo ¿Por qué lo había hecho? Maldije su nombre, y maldije a la bestia que lo habitaba.

Limpié mis lágrimas y me dije a mí misma que ningún dolor podría ser comparable al que sentí cuando perdí a mi hermana, y que aquello que estaba sintiendo pasaría y se esfumaría, lo dejaría atrás. Si en algún momento pensé que Bryce MacDonald podría haber sido el que reparara el dolor que anidaba mi alma, estaba muy equivocada, y el en fondo me alegré de que aquello no hubiese llegado a nada más.

Me levanté de la cama con fuerzas renovadas y me vestí lo más rápido que pude, quería dejar atrás aquellas sábanas que honraban mi estupidez. Me marcharía, eso sería lo que haría.

Me dirigí a mi habitación, y una vez allí cogí del armario un buen chaquetón, calzas, y varias camisas. Mi siguiente parada sería la cocina, debía abastecerme al menos para un par de días.

Cuando llegué había un gran ajetreo, pues el lugar estaba muy concurrido ya que faltaba poco para la hora de la comida, y allí los fuegos que albergaban grandes ollas de hierro ardían con intensidad. Eché un vistazo rápido y comprobé que Steven no estaba, eso me lo haría más fácil a la hora de convencer al cocinero para que me diese algo de comida.

—Buen día Peterson. —El hombre que meneaba un asado con una cuchara de madera se giró para ver que quería.

—Buen día señorita Elisabeth, ¿qué hace aquí? Tengo entendido que ya no forma parte del servicio.

—Así es, pero continúo echando una mano en las caballerizas con Kirk, sabe, es un buen chico.

—Si que lo es—. De pronto en su rostro se dibujó una gran sonrisa—. Mi hijo es muy responsable y trabajador, he tenido suerte con él.

—Estoy segura de que la suerte no ha tenido que ver, si no la educación que usted le dio —lo halagué intencionadamente, y por su rostro parecía encantado—. Si le soy sincera he venido aquí para pedirle un favor.

—¿Y de qué se trata?

—Necesito algo de comida contundente, verá, su hijo hoy ha trabajado mucho, por lo visto uno de sus compañeros no ha llegado y ha tenido que cubrir su turno.

—¡Maldito Carter! Siempre hace lo mismo, se aprovecha de mi pobre Kirk.

—Sí, ese mismo. —Le seguí el royo—. Pues resulta que su hijo trae muy mala cara, y es que apenas ha comido nada en toda la mañana. He pensado que le vendría bien llenar el

estómago.

Peterson miró en varias direcciones y se acercó hasta a mí para poder hablar bajito.

—Está bien, haremos algo. Justo detrás de usted se encuentra la despensa. Sobre la mesa hay pan recién horneado, y en las estanterías encontrará algo de cecina, y queso. Coja lo que necesite, pero si alguien la sorprende negaré mi participación, no me puedo permitir perder este trabajo.

—Lo entiendo, y no sabe lo que se lo agradezco. —Besé su mejilla, y pude ver como su rostro normalmente sonrosado, pasaba a un rojo intenso.

Él se volteó y continuó removiendo su guiso, haciendo como si no me hubiese visto, y yo rápidamente me colé en la despensa para coger lo que necesitaba. Por suerte, en un lateral sobre unas estanterías, había una gran bolsa de cuero que pude utilizar para poner las cosas.

Encontré la cecina, y junto a ella unos botes de mermelada que tenían un aspecto delicioso. Metí un tarro en mi bolsa y continué con todo lo que encontré que me serviría para mi larga travesía. Por último, me llevé uno de los panes que estaban sobre la mesa y que todavía se mantenían calientes.

Salí escopetada de allí, y traté de pasar desapercibida entre los empleados que elaboraban sus faenas ajenos a mis planes. Cuando llegué a las caballerizas me encontré con Kirk, que estaba cepillando a un hermoso caballo negro.

—Señorita Elisabeth, me alegra verla. —Su rostro se iluminó.

—Lo mismo digo. —Le sonreí—. Kirk necesito un caballo, quiero dar una vuelta por las tierras MacDonald.

—¿El *laird* lo sabe?

—Por supuesto, ¿es que acaso no te han comunicado que tengo total libertad de movimiento y que ahora soy una invitada? —traté de sonar indignada.

—Sí, claro —contestó con el ceño fruncido, parecía poco convencido.

—Búscame un caballo que sea manso, pero fuerte y resistente. Hace bastante tiempo que no monto.

—Pues este animal es perfecto para usted. —Tocó el cuello del caballo que tenía justo a su lado—. Iré a por una silla de Amazona.

—Nada de eso, montaré con la misma silla que lo hacen los hombres. —Kirk me miró confuso—. Vamos, no tengo todo el día. El señor me espera para comer, y si no salgo ya no podré hacerlo.

Kirk asintió y desapareció unos minutos que se me hicieron eternos. Al regresar aparejó al caballo, y me ayudó a montarlo. Agarré las riendas con nerviosismo, y miré hacia las montañas.

—¿Hacia dónde debería ir si quisiera ir al pueblo más cercano?

—En aquella dirección, señorita. Puede seguir el camino, no tiene pérdida. —Lo señaló.

—Bien, gracias por todo Kirk.

Espoleé al animal con energía, y salí al trote en dirección al camino, una vez que llegué giré a la derecha abandonándolo y adentrándome en la espesura del bosque. Si mis pensamientos eran ciertos, Bryce hablaría con el servicio tras mi desaparición, y Kirk le contaría que me fui por el camino dirección al pueblo, así que me dirigiría justo en dirección contraria para que no pudiesen dar con mi paradero de una forma tan sencilla.

Cuando consideré que ya estaba lo suficientemente lejos del castillo como para que no me encontraran, aminoré la marcha para darle un respiro al equino, y analizar mis opciones. Debía encontrar una población, gente a la que preguntar cómo podría llegar hasta la isla de Skye. Según Bryce la única forma de salir de las islas era en barco, y seguramente eso me costaría dinero, un

dinero del que carecía, pero ya pensaría en ello cuando llegase el momento.

A cada tramo del camino podía sentir la estupidez de mis actos. Ya llevaba rato de travesía y todavía no había atravesado ningún claro, ni visto ninguna casa, y menos a ninguna persona, solo decenas de árboles, y maleza en algunas zonas tan densa que me había hecho variar el rumbo en varias ocasiones. Las horas pasaban, y el cielo comenzó a teñirse con los tonos cálidos del atardecer, desde naranjas intensos, hasta rojos y amarillos. El sonido incesante de las aves que me acompañó durante largas horas descendió hasta que se quedó en un susurro solo interrumpido por los animales nocturnos que esperaban su turno.

Debía encontrar un lugar donde pasar la noche, antes de que se cerrara por completo el cielo y se complicara la visibilidad.

La posibilidad de encender un fuego para mí en aquel momento fue impensable, pues no tenía ningún medio para poder hacerlo, ni tampoco las habilidades necesarias.

A lo lejos me pareció escuchar el sonido del agua, y una sensación de júbilo se instaló en mi cuerpo. Me dirigí hacia allí, y descubrí el cauce del río donde podría dar de beber al caballo. Justo en frente divisé un gran árbol, con ramas lo suficientemente anchas como para albergar mi cuerpo. Era una buena opción, por lo menos me sentiría más segura si estaba alejada del suelo y sus peligros.

Tras dar de beber al animal y quitarle la silla, lo até al tronco del árbol y le dejé el ramal lo suficientemente largo como para que pudiese comer la hierba del lecho. Hice mis necesidades, y tras comprobar que todo parecía en orden a mi alrededor, arremangué mis faldas y trepé por el árbol con verdadero esfuerzo, ya que la ropa pesaba demasiado y me hacía torpe en mis movimientos. Cuando consideré que estaba lo suficientemente arriba, me senté en una rama ancha en la cual podía estirar las piernas y apoyé mi espalda sobre su tronco central.

Me quité la bolsa de cuero que llevaba como bandolera, y la puse sobre mis piernas, saqué algo de pan y cecina, y comí una porción pequeña que apaciguase mi estómago. Debía de ser comedida en las raciones, pues no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que pudiese conseguir más comida. El frío comenzó a hacerse presente, y mis dientes comenzaron a castañear de forma involuntaria, las manos me dolían, y los pies ya hacía rato que no los sentía. Saqué una de las camisas de más que me había llevado, y me la puse por encima, pero el frío era tan húmedo que traspasaba la ropa como si nada.

Mis pensamientos se dispersaron hasta la calidez de los brazos de Bryce y el fuego que desprendía su cuerpo, y de pronto me vi añorando lo intenso de sus besos y lo dulce de sus caricias. ¿Cómo una persona que se había comportado de una forma tan ardiente y entregada, segundos después dijese que yo le provocaba asco, cuando todo su ser me describió justamente lo contrario? Era algo que me costaba entender, y que me hacía sentir humillada.

A lo lejos me pareció escuchar un aullido, y todo mi cuerpo tembló al instante. «¿Es que acaso habría lobos en Escocia? «Por supuesto que los habría».

De pronto me puse en lo peor, y pensé en el caballo, ahí atado a su merced, puesto que yo estaba sobre el árbol y estaba a salvo.

El sonido de unas ramas me hizo poner en alerta, y el corazón se me disparó casi al mismo tiempo que escuché al caballo relinchar mientras se movía nervioso. Mis miedos se hicieron realidad cuando tres lobos enormes aparecieron entre la densidad del bosque. Sus siluetas se dibujaban bajo la oscuridad de la noche gracias a la suave luz que emitía la luna menguante. Mi primer instinto fue gritar, pero ellos lejos de acobardarse comenzaron a merodear por la zona. Uno de ellos se lanzó hacia el caballo, y este se defendió dando coces. Busqué a mi alrededor, y divisé una rama fácil de quebrar, me puse de pie y comencé a moverla hasta que la arranqué del

tronco, con ella comencé a hacer aspavientos, y los animales retrocedieron, pero seguían mostrando sus dientes fieros y puntiagudos que avisaban que su retirada todavía se encontraba lejana. Cuando uno de los lobos se abalanzó de nuevo para atacar, le tiré la rama, y grité pidiendo ayuda tan alto que hasta me desgañité.

Mis lágrimas comenzaron a salir, y solo pude pensar en cómo podía salvar al pobre animal de aquella horrible muerte que le esperaba. Saqué toda la comida de la bolsa y se la tiré esperando que fuese suficiente, pero no fue así, pues los lobos tenían su mirada fija en una presa mayor.

Cuando creí que aquello no tendría solución, un grupo de hombres apareció de la nada, equipados con espadas y antorchas que hicieron retroceder a los lobos. Los guerreros gruñían y hacían sonidos con sus espadas y escudos, y los animales al verse en minoría por fin decidieron huir.

Uno de ellos se acercó hasta los pies del árbol donde yo me encontraba, y me tendió la mano mientras en su duro rostro se marcaba una sonrisa amiga.

—Ya puede bajar señora, ahora está a salvo. —Yo tan solo me dediqué a asentir, pues me había quedado paralizada y mis palabras atoradas.

Me deslicé por las ramas sintiendo que todo mi cuerpo temblaba, y cuando descendí lo suficiente aquel desconocido me agarró por la cintura hasta que me dejó en el suelo frente a él. Era tan alto que me sacaba tres cabezas, y sus hombros tan anchos, que estaba segura de que no habría brazos suficientemente largos como para albergarlo por completo. Su pelo rubio caía despreocupado sobre sus hombros, y su mirada era tan helada como los fiordos de Noruega.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con seriedad.

—Sí, perfectamente. Si no llega a ser por ustedes no quiero ni imaginarme lo que habría pasado.

—¿Como se llama?

—Mi nombre es Elisabeth Castillo.

—¿Está sola?

—Sí

—Bien, yo soy Eòghann MacNeil, Estábamos montando campamento para pasar la noche cuando escuchamos sus gritos. La llevaremos allí y podrá calentarse junto al fuego.

—Se lo agradezco, señor. —Torció el gesto, y su sonrisa ladina y sus ojos curiosos, me hicieron sentir incomoda. Algo no andaba del todo bien...

Capítulo 19

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

—Señor, hemos mirado en cada uno de los rincones de este castillo y preguntado hasta a el último de los empleados, pero la señorita Elisabeth no aparece.

—¿Y cómo es posible que una joven desaparezca de mis dominios con tanta ligereza? ¿Es que acaso no estabas haciendo tu trabajo, Thomson?

—Señor, la señorita no estaba bajo ninguna vigilancia estricta, usted mismo dio órdenes para que le diésemos libertad de movimiento.

—¡Maldición! —Golpeé mi mesa con fuerza casi al mismo tiempo que la puerta de mi despacho se abrió.

—¿Qué sucede? Hay un gran revuelo allí abajo —preguntó Connor que acababa de entrar.

—¿Se puede saber dónde has estado todo el día?

—Visitando a los Ranald, tú mismo me mandaste a sus tierras con una misiva.

Gruñí al darme cuenta de que tenía razón.

—Continúa buscando, y si hay alguna novedad respecto a ella, quiero que me avises de inmediato —me dirigí al guerrero.

—Por supuesto señor, la encontraremos. —Thomson salió del despacho, y centré mi atención de nuevo en Connor.

—¿Y bien? ¿Qué han decidido los Ranald?

—No nos apoyarán a menos que te cases con su hija mayor, Juliette. Por supuesto he aceptado en tu nombre, y he convocado una reunión para dentro de una semana para firmar los documentos. Ellos vendrán hasta aquí con la joven, y la boda se efectuará lo antes posible.

—Bien —acepté escueto.

—¿Quién ha desaparecido? —quiso saber.

—Elisabeth, nadie la ha visto desde esta mañana.

—Quizás ya se haya cansado de tus tonterías. —Lo miré con desagrado—. Si lo piensas bien primo, es mejor que se haya marchado, podría poner en peligro nuestros planes.

—No veo de qué forma.

—Vamos, sé que sientes algo por ella.

Fui a responder justo en el instante que Thomson irrumpió en la estancia.

—Señor, tengo noticias.

—Hable de inmediato entonces.

—Acabo de hablar con Kirk, dice que la señorita Elisabeth le pidió un caballo para dar un paseo por los alrededores, y que este reticente al principio accedió porque le dijo que tenía su consentimiento.

—¡Maldito Kirk, se ha dejado engatusar por esa lianta! —escupí sintiendo como la rabia me invadía y se apoderaba de mi cuerpo al completo—. Prepara una partida de hombres de inmediato.

—Por supuesto —contestó mientras se ponía en marcha.

Abrí el armario donde guardaba mis armas, y agarré un cinturón de cuero y mi *claymore*.

—¿Vas a venir, o piensas quedarte ahí como un pasmarote? —le pregunté a Connor mientras me ajustaba el talabarte.

—Iré a prepararme, nos vemos en las caballerizas —respondió él a sabiendas de que aquello no había sido una pregunta.



—Ella me preguntó por el pueblo más cercano, y yo le indiqué como llegar. —Lo miré duramente desde lo alto de mi montura.

—¿De verdad eres tan ingenuo, Kirk? Elisabeth sabía que nos lo dirías, así que estoy seguro de que se internó en el bosque tratando de despistarnos. Ella es inteligente, pero no más que yo.

—Lo siento señor... yo pensé que tenía su aprobación.

—Hablaremos de esto en otro momento. —Mi voz se endureció, y el muchacho retrocedió un par de pasos visiblemente arrepentido.

Sin más palabras salí a galope seguido de un pequeño grupo de hombres hacia la espesura del bosque, sabía que era cuestión de tiempo el que la encontrásemos, pues el equino que había cogido Elisabeth era lento en comparación con los nuestros. Conocía la zona a la perfección, y en algunos tramos más húmedos se podían observar las huellas de los cascos que había dejado su montura.

A lo lejos, pude vislumbrar una gran columna de humo, solo dos tipos de personas podría haber encendido un fuego de ese calibre a sabiendas de que podría llamar la atención de cualquiera: o bien era un grupo numeroso de hombres, o una jovencita descerebrada y confiada.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, atamos a los caballos y continuamos hasta el lugar a pie tratando de no ser descubiertos. Mis hombres se quedaron algo atrás guardando las distancias, y junto a Connor me situé en una zona desde donde pudimos observar a un grupo muy numeroso de guerreros.

Una ira terrible, y el deseo incontrolable de la venganza recorrió mi cuerpo al completo nada más cerciorarme de quienes eran. Por instinto me llevé la mano a la empuñadura de mi *claymore*, respiré un par de veces, y caminé con energía hacia el lugar dispuesto a acabar con todo aquel del clan MacNeil que se me pusiese por delante. Connor, sabedor de mis intenciones, me lo impidió sujetándome por el brazo con dureza. Me giré para mirarlo sintiendo que la cara me ardía y que todo mi cuerpo estaba en tensión.

—Piensa lo que vas a hacer, primo. Estamos en clara desventaja, nos matarán a los dos y no podremos vengar la muerte de Ava —me advirtió en voz baja—, además no veo a ese malnacido de Eòghann, quizás no esté aquí.

—Oh, desde luego que está aquí, es un grupo demasiado grande, y eso es porque su *laird* los acompaña.

Apenas acabé de pronunciar aquellas palabras vi salir al nombrado MacNeil de una de las tiendas, y la sangre se me heló al comprobar quien era la mujer que lo acompañaba y que sostenía a un pequeño entre sus brazos.

—Elisabeth... —pronuncié incrédulo.

—Mierda, Bryce. ¿Ese no es Jack? —Connor tampoco daba crédito a la situación.

—Por supuesto que es Jack, ¿quién más podría ser? Mira ese pelo rojo, es idéntico al de Ava.

—Esto se complica, ¿qué hacemos ahora?

—Regresamos al castillo, tenemos que organizarlo todo. Estamos en guerra. —Aseguré sin despegar la vista de Elisabeth.

—¿Vamos a atacar?

—Sí, aunque debemos aguardar una semana, después de mi matrimonio con la hija de los Ranald.

—¿Crees que le harán daño? Me refiero a Elisabeth.

—No, de ser así ya lo habrían hecho —contesté apenas sin mirarlo, para que no fuera consciente de mi preocupación.

Odiaba tener que dejarla allí, odiaba tener que renunciar a ella, a sus besos, a su cuerpo. A no poder contar la cantidad de pecas que recorrían sus mejillas y que adornaban sus hombros y su escote haciéndola todavía más deseable ante mis ojos. Y sobre todas las cosas, detestaba tener que casarme con una mujer a la que no amaba para poder salvar a mi sobrino y vengar la muerte de mi hermana, y el único culpable allí de toda aquella serie de desdichas era Kai MacDonald, al que cada día que pasaba detestaba con más ahínco.

Capítulo 20

Escocia, año 1535

Eòghann era todo un enigma para mí, mientras le narraba como había acabado en manos de los MacDonald, y en cómo me habían privado de mi libertad evitando así que pudiese encontrar a mi prima, me miraba con el rostro neutro, y carente de toda expresión. Aquello me hizo callar de forma abrupta mientras me preguntaba si estaba haciendo lo correcto en confesar mi situación a aquel extraño que me había dado cobijo, y salvado de los lobos. Él pareció darse cuenta de la situación y trató de ganarse mi confianza de nuevo.

—Siento que haya tenido que pasar por esa terrible situación, conozco muy bien a esos MacDonald y me alegro de que haya podido escapar, pues su vida estaba en claro peligro.

—Bueno, no creo que...

—Ahora puede estar tranquila —me interrumpió—, nosotros la escoltaremos hasta la isla de Skye.

—¿De verdad?! —pregunté esperanzada.

—Por supuesto, mañana a primera hora saldremos hacia el puerto de Lochmaddy.

—¡Ay, Dios mío! —Di un par de palmadas emocionada—. No sé cómo podré agradecerérselo, señor.

—No se preocupe, un enemigo de los MacDonald es siempre bien recibido entre el clan MacNeil.

Por mi mente pasó el preguntarle qué era lo que había pasado entre su clan y el de Bryce para que se odiaran de aquel modo, pero creí que en el fondo aquello no era mi problema. No debía inmiscuirme en antiguas reyertas que nada tenían que ver conmigo, además, si Eòghann cumplía su palabra, me llevaría a Skye al día siguiente, y pronto podría ver a mi querida prima.

El llanto insistente de un bebé que provenía de una de las tiendas irrumpió mis pensamientos.

—Es mi hijo, Jack MacNeil —me dijo al darse cuenta de que parecía interesada en saber de dónde provenían los lloros—. Últimamente le cuesta dormir, y la nodriza ya no sabe qué hacer con él.

—Puede que tenga cólicos.

—¿Le gustaría conocerlo?

—Claro, me encantaría.

Eòghann se levantó, y recordé de pronto lo enorme e intimidante que era aquel hombre. Lo seguí entre las tiendas hasta que llegamos a una que era algo más grande que las demás. Una vez en el interior, pude observar a una mujer delgada y ojerosa, que trataba de amamantar al pequeño sin éxito alguno, pues este se revolvía y apretaba los puños mientras lloraba con intensidad y su rostro se enrojecía al igual que lo estaba su pelo.

—¿Puedo ayudar? Parece que necesita un descanso. —Extendí mis brazos, y la mujer miró

directamente a su *laird* como pidiendo permiso.

El MacNeil asintió, y la mujer me pasó al pequeño y regordete pelirrojo.

—Mi madre cuidaba al hijo de mi vecina de vez en cuando —comencé a decir mientras lo tumbaba boca arriba sobre unas pieles—. Y cuando lloraba así, solo yo conseguía calmarlo. Es obvio que tiene dolor, solo hay que ver como aprieta los puños y encoge sus rodillas.

Comencé a masajear su vientre en círculos, en el mismo sentido que las agujas del reloj. Después de unos minutos, en el que el llanto del pequeño se había reducido con creces y apenas algún quejido salía de entre sus labios, sujeté sus piernas, y las empujé con cuidado hasta que hice que sus rodillas tocaran su vientre. Repetí el movimiento varias veces hasta que tuvo el efecto deseado.

—Ahora necesitará un cambio de pañal, ¿verdad que sí precioso? —Sonreí al ver que me miraba tranquilo por primera vez.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó la mujer, mientras se afanaba en cambiarle los paños sucios por otros limpios.

—Bueno, ha sido sencillo. Puede probarlo la próxima vez, verá que es más fácil de lo que parece. —Ella asintió agradecida, y me pasó de nuevo al pequeño que estaba completamente relajado.

—Si le parece bien, puedo llevármelo un rato junto al fuego, así su nodriza podrá descansar algo —le sugerí al *laird*.

—No es necesario señora, estoy perfectamente. —Ella insistió, parecía preocupada por algo.

—Tiene razón. —La voz de Eòghann fue dura y directa—. Vaya a comer algo y a descansar, luce horrible, y si enferma no podrá continuar alimentando a mi hijo.

Sus palabras carentes de empatía me parecieron del todo insensibles.

Antes de abandonar la tienda con el pequeño Jack, sonreí amablemente a la mujer tratando de demostrarle mi apoyo. Por alguna razón, algo allí no me cuadraba. Ella parecía asustada ante la presencia de su *laird*.

Una vez junto al fuego, acomodé al pequeño junto a mi pecho, y lo cubrí con unas pieles que me había llevado de la tienda. Pronto su respiración se fue acompasando, y sus preciosos ojos avellana se fueron cerrando hasta que se quedó dormido. Mientras observaba su dulce rostro, una sensación de protección hacia aquella vulnerable criatura me invadió por completo, y no pude evitar preguntarme: ¿dónde se encontraba su madre? ¿Cómo es que no era ella la que limpiaba sus lágrimas y atendía sus malestares?

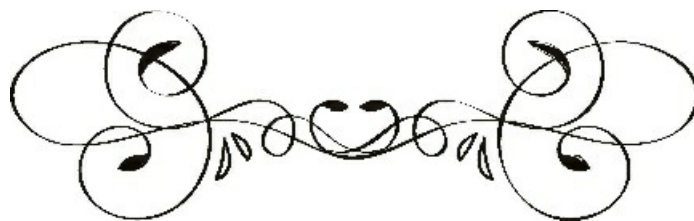
—Mi esposa murió dejándome a mí con la tediosa responsabilidad de su crianza. —El *laird* miró a su hijo con desdén mientras resolvía una pregunta que yo no había formulado. —Y he de mantenerlo con vida, pues él es la llave para conseguir las tierras que siempre anhele.

Guardé silencio por unos segundos, pues no sabía que decir ante tal falta de cariño de un padre hacia un hijo.

—Sí no le importa me gustaría retirarme, ya han sido demasiadas emociones por un día y estoy realmente agotada. —Me levanté sin esperar respuesta—. Llevaré al pequeño con la nodriza, estoy segura de que dormirá toda la noche ahora que se le ha pasado el disgusto.

—Mi hombre la acompañará hasta su tienda. —Apenas me miró tras aquellas palabras.

—Buenas noches, señor MacNeil.



El viento que agitaba duramente contra las paredes de tela de la tienda, mezclado con el sonido de las botas del ir y venir de los guerreros que vigilaban la zona, apenas me dejó pegar ojo, eso y el pensamiento de que no estaba segura entre aquel clan. Por alguna extraña razón desconfiaba de Eòghann MacNeil, quizá fuesen esos ojos vacíos y faltos de expresión, o esa condescendencia con la que trataba a su propio hijo. «Si no era capaz de empatizar con su vástago, ¿por qué narices podría hacerlo conmigo?». Me repetí a mí misma.

Debía escapar lo antes posible y regresar con el clan MacDonald, al menos con ellos ya sabía lo que me esperaba, y si tenía suerte y Bryce perdonaba mi huida, quizás al final sí que me acompañase a la isla de Skye.

Me levanté, y me puse los zapatos sin apenas hacer ruido, no fue necesario vestirme ya que me había acostado con lo puesto. Me acerqué hasta la lona que hacía de puerta y la aparté hacia un lado para poder asomar la cabeza. Rápidamente retrocedí al ser consciente de que un gran hombre custodiaba la entrada a mi tienda. Apenas pude creer que de nuevo volvía a ser retenida en contra de mi voluntad, y no estaba dispuesta a permitirlo.

Rebusqué a mi alrededor en busca de algo afilado con lo que rasgar la tela y poder salir por detrás. La suerte estuvo de mi parte, ya que encontré una jofaina de hierro la cual tenía el mango roto y algo oxidado. Apenas tuve que hacer fuerza para hacerme con aquel trozo de metal con el que podría sesgar la tela.

De pronto el sonido de la lluvia fue música para mis oídos, porque gracias a ella el crujido de la tela al rasgarse pasaría por desapercibido. Primero hice un hueco pequeño para poder ver el exterior, y cuando me cercioré de que allí no había nadie, terminé de abrir un agujero lo suficientemente grande como para pasar por él.

La lluvia que caía con intensidad venía acompañada de truenos y fuertes rachas de viento, eso distrajo a los guerreros, que se afanaban en recoger los bultos que no deseaban que se empapasen para meterlos en las tiendas. Aproveché la oscuridad y el temporal para camuflarme en el entorno lo mejor que pude sorteando tiendas y hogueras humeantes, que daban un aire tétrico al ambiente. Pronto el agua empapó mis ropas, y sentí un peso horrible que apenas me dejaba movimiento. Las enaguas se pegaban a mis piernas, y el frío que se apoderó de mis ropajes caló por completo mi cuerpo.

Sin pensarlo demasiado, me cobijé bajo un gran árbol y me deshice de todo lo que me impedía el movimiento hasta quedarme con tan solo la camisola.

Miré en rededor buscando algún caballo con el que poder huir, y a unos pocos metros de distancia pude ver al equino negro con el que había escapado de Alnwick. Por un momento las piernas me temblaron, y a punto estuve de quedarme paralizada. Si me encontraban en aquella situación quizá las consecuencias podrían ser terribles.

—Vamos Elisabeth, puedes hacerlo —me dije a mí misma insuflándome valor.

Recordé a mi hermana, ella era la valiente y osada, la que siempre iba por delante de mí asegurando cada uno de mis pasos. Y entonces me tocaba a mí asumir aquel papel, lo haría por ella.

Corrí con todas mis fuerzas, y en segundos ya estaba junto al equino. Bajo unas lonas

encontré el bocado que le coloqué rápidamente, después hice lo mismo con la silla. Estaba tan absorta en hacerlo con rapidez que no fui consciente de que alguien estaba junto a mí hasta que me agarró fuertemente por el brazo.

—¿A dónde demonios se cree que va?! —me gritó Eòghann a escasos centímetros de mi rostro.

—¡Suélteme, deseo marcharme! ¡No puede retenerme aquí! —Traté de zafarme, pero para un hombre de su tamaño mis esfuerzos fueron en vano.

—Por supuesto que puedo y lo haré, y más después de saber que los MacDonald la buscan.

Sus dedos se clavaron en mi piel duramente, y al ver que no causaban el efecto deseado —pues no pare en ningún momento de luchar por mi libertad—, me dio un fuerte bofetón que me hizo tambalear. La boca se me inundó de un sabor metálico, y un dolor intermitente apareció latente en mi mejilla. Me llevé la mano al rostro tratando de mitigar el dolor, y entonces fue cuando caí en la cuenta de la daga que pendía de su cinturón. Fingí caer hacia delante tropezándome con su cuerpo casi al mismo tiempo que me hacía con la daga, el tiró de mi pelo para incorporarme y cuando su tez se pegó a la mía con la clara intención de decirme algún improperio, le corté el rostro sin ninguna contemplación.

Su grito desgarrador resonó al mismo tiempo que un rayo iluminó el cielo, y su semblante sangrante me resultó aterrador. Aproveché el momento para subirme rápidamente al equino, y cuando fui a espolear al animal sentí como su tosca mano tiraba de mi pierna. De nuevo mi instinto me hizo luchar por sobrevivir y activó mis reflejos de una forma casi automática. Clavé de nuevo la daga en Eòghann, pero esta vez lo hice en su brazo, tan profundo que sentí que se hundía hasta la empuñadura. Él retiró su mano de forma inmediata, casi al mismo tiempo que yo salí a pleno galope internándome en el oscuro bosque.

Mientras que el animal zigzagueaba entre la espesura de los árboles y el agua de la lluvia golpeaba mi rostro impidiendo mi visión, recé porque aquel corcel que parecía que volaba, supiese encontrar el regreso a su hogar.

Capítulo 21

Escocia, año 1535

Bryce MacDonald

«¡Maldita e insensata mujer! ¿Cómo había sido tan estúpida?».

Estaba furioso con ella, pero más lo estaba conmigo mismo por no haber llevado más hombres a la búsqueda de Elisabeth, cosa que me obligó a abandonarla en el asentamiento de los MacNeil.

Solo el imaginar que pudiesen hacerle daño calentó mi cuerpo como si se tratase de un intenso fuego, tanto que apenas era consciente de que la lluvia llevaba largo rato cayendo.

Abría luchado con mis manos desnudas si hubiese sido necesario para recuperarla...

—¿Crees que los MacNeil se preparan para atacarnos? —Connor situó a su equino junto al mío e interrumpió mis pensamientos.

—No lo creo, estoy seguro. Están demasiado cerca de nuestras tierras, pero no lo suficiente como para que nuestros ojeadores los vieran.

—Sabe que estamos debilitados, es conocedor de la contienda con tu hermano y que nuestras filas han mermado por culpa de eso.

—Los Ranald no tardarán en llegar, estaremos preparados.

—¿Y si deciden atacar antes?

—¡Estaremos preparados! —repetí furioso mientras miraba al horizonte.

De pronto, un jinete nos adelantó a pleno galope a mi grupo de hombres y a mí. Parecía que volaba, y su carrera irregular y algo torpe entre los árboles me hizo suponer que estaba en problemas. Su silueta pequeña, fue lo que me hizo espolear a mi caballo y salir tras ella.

Era Elisabeth, estaba seguro, casi podía oler el aroma de su pelo afrutado. La escuché gritar, y el miedo a perderla golpeó duramente mi pecho. Si se caía a esa velocidad podría matarse.

Por suerte mi caballo era más joven, y en breve me coloqué junto a ella que me miró asustada mientras se sujetaba con fuerza a las crines del animal. Tras una larga carrera, conseguí pegar todo lo que pude mi caballo al suyo, y en un rápido movimiento la agarré por la cintura y tiré de ella hacia mi montura para depositarla de una forma brusca sobre mis piernas. Su caballo completamente desbocado siguió a galope hacia mis tierras, y yo por el contrario aminoré el paso hasta detener a mi animal.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado mientras bajaba del caballo y tiraba de ella junto a mí.

Ella se sentó en el empapado suelo, y se llevó una mano al pecho tratando de recuperar el aliento. Entonces fue cuando caí en la cuenta de que estaba prácticamente desnuda. El contorno de sus piernas esbeltas y mojadas me pareció un delirio, y la visión de la camisola empapada que se pegaba a sus pechos dibujando sus curvas y marcando sus pezones erectos, calentó mi entrepierna casi al instante. Rápidamente me quité el tartán y la envolví con él mientras la cargaba entre mis brazos.

Necesitaba sentirla, amarla, protegerla...

Connor y mis hombres llegaron junto a nosotros, y se preocuparon por el estado de Elisabeth, que todavía no había pronunciado palabra.

—Está bien, regresemos. Necesita entrar en calor. —Fue lo único que dije antes de montarla de nuevo a mi caballo.

Elisabeth no habló durante todo el trayecto, simplemente se recostó sobre mi pecho y se quedó ahí echa un ovillo. Aquel comportamiento me hizo suponer lo peor, ¿y si el malnacido de Eòghann se había aprovechado de ella? Si se había atrevido a pensar en tan siquiera rozar alguno de sus cabellos lo pagaría muy caro. Su muerte sería peor que la de su hermano.

Una vez en las puertas de la fortaleza, muchos de los empleados salieron a recibir a Elisabeth. Entre ellos estaba Karen, que no pudo más que llorar y mostrar alivio nada más divisar que la joven regresaba. En cuanto mi pequeña pecosa la vio, se lanzó a sus brazos buscando consuelo.

—Señor, la llevaré arriba, está empapada. La haré entrar en calor y estará bien —me aseguró la muchacha.

—Hágalo, rápido.

Pronto los empleados se pusieron en marcha para atender a Elisabeth, y supe que estaba en buenas manos.

—Reúne a los hombres en el patio, hay que cerrar las puertas y asegurar el perímetro —me dirigí a Connor.

—Ya lo he hecho, esperan tus órdenes —Asentí mientras me ponía en marcha hacia el lugar donde se encontraban mis guerreros.

Al verlos allí en el patio junto a las caballerizas, fui consciente de lo poco numerosos que éramos. Muchos de ellos eran demasiado jóvenes, y hacía poco tiempo que habían comenzado su entrenamiento. Paseé entre ellos, y uno de los muchachos llamó mi atención.

—Kirk, ¿qué haces aquí? Tú no eres un guerrero, eres mozo de cuadra.

—Sé lo que soy señor, pero soy fuerte y puedo empuñar un arma. Lucharé por mi gente. —Aquella valentía me llenó de orgullo, pero no podía dejarlo combatir, se lo había prometido a su padre.

—No, atenderás a nuestros animales, solo confío en ti para esa tarea, y si traspasan nuestras murallas, solo entonces, dejaré que empuñes un arma. —Pude leer la decepción en el rostro del muchacho, pero aceptó mis órdenes sin rechistar.

—Así lo haré, señor, y prometo no volver a decepcionarlo de nuevo.

—Estoy seguro de ello.

Una vez que mis hombres estuvieron organizados, me retiré en busca de Elisabeth. Necesitaba hablar con ella y asegurarme de que estaba bien.

Cuando me vi frente a su puerta, me tomé un momento para ordenar mis pensamientos. ¿Por qué demonios estaba tan nervioso? ¿Por qué una sensación de alivio y júbilo inundaba mi ser al saber que ella ya estaba segura bajo mis muros?

La puerta se abrió, y Karen me miró sorprendida al verme ahí plantado.

—Señor, ya me iba. Ella está perfectamente si desea verla. —Asentí, y tras agradecer su preocupación, entré a la estancia cerrando la puerta tras de mí.

Elisabeth estaba sentada en la cama, y su pequeño y frágil cuerpo reposaba sobre unos mullidos almohadones que la medio incorporaban. Dos candiles que iluminaban de forma sutil la enorme pieza me dejaban ver su hermoso rostro que me miraba con curiosidad.

—Me alegra saber que estás bien —le dije mientras me sentaba sobre el lecho junto a ella.

—¿Estás enfadado conmigo? —Aquella pregunta me dejó descolocado.

Por supuesto que había estado furioso con ella por ser tan estúpida y haber puesto su vida en peligro de la forma más absurda posible, pero entonces que me miraba de forma tan intensa que podría haberme desmontado por dentro, me fue imposible.

—Ahora ya no —respondí sincero—, aunque reconozco que cuando me enteré de que te habías marchado, esa bestia que tanto odias me albergó de nuevo.

No pude evitar rozar su precioso rostro con mi mano, pero ella evadió aquel contacto dejándome una sensación de ahogo para mí desconocida.

—Pues yo sí que estoy molesta contigo. —Sus palabras fueron claras, y venían acompañadas de un cierto tono de reproche.

—No entiendo el por qué Elisabeth, has sido tú la que has huido y te has expuesto al peligro.

—Tus palabras me hicieron desear largarme de aquí, ¿eres un ser del todo insensible Bryce MacDonald!

—Sí es por nuestro hacer, te pido disculpas. Yo no quería...

—Está claro que tú no querías, ¿quién se acostaría con alguien que le repugna tan solo por caridad?

—¿No entiendo por qué dices tal cosa?

—¡Vaya, ahora no te hagas el inocente! —Ella tiró de sus cobijas con energía para liberar sus piernas, y se bajó del lecho para deambular por la habitación con nerviosismo—. Quiero que la Bestia regrese, no deseo hablar con este ser que no tiene agallas para reconocer sus palabras.

Sus acusaciones sin sentido estaban consiguiendo su propósito; ponerme de mal humor.

—Si sigues con este comportamiento infantil, puedes estar segura de que la Bestia no tardará en hacer su aparición.

—Bien, así podrás decirme de nuevo lo mucho que me detestas.

—Yo no te detesto Elisabeth.

—¡No, tan solo te repugno! —Guardé silencio tratando de recordar en qué momento le había hecho pensar algo así—. ¿Ya lo recuerdas verdad? Justo después de yacer juntos, tus palabras exactas fueron: «esto que he hecho es asqueroso».

Por fin recordé aquello que dije, pero ella lo estaba mal interpretando.

—No me refería a ti, Elisabeth. Me refería a lo que yo te había hecho.

—No trates de arreglarlo, fue cruel por tu parte. —Ella cruzó sus brazos y me miró con verdadera decepción.

—Elisabeth, escúchame. —Me acerqué, pero retrocedió, como si ella fuese lava y yo hielo—. Me refería a que me daba asco el hecho de que yo me había aprovechado de tu virtud, de que te había robado tu pureza cuando no pensaba casarme contigo.

—¡Yo tampoco pensaba casarme contigo, patán arrogante! —Sus lágrimas cayeron, y tuve la certeza de que a cada una de mis palabras se complicaba más nuestra situación.

—Eres la mujer más bella, y más increíble que he conocido Elisabeth —Ella frunció el morro en una mueca de desagrado, mientras limpiaba sus lágrimas—, y si mi situación fuese otra, puedes estar segura de que ahora mismo estaría hincando una rodilla en el suelo para pedir tu mano.

—Pues me alegro de que no lo hagas, así me ahorrarás el tener que decirte que no.

—¿Incluso después de perder tu honra conmigo?

—¡Sobre todo después de perder mi honra con alguien como tú! —Ella se dio la vuelta y caminó hasta la ventana para mirar por ella—. Quiero que te vayas, déjame en paz señor de este

castillo y más allá.

—¡Ciertamente Elisabeth, cuando quieres eres realmente insoportable! —exclamé furioso mientras me ponía en marcha para salir de aquella habitación.

El portazo retumbó de tal forma que pensé que la puerta caería en cualquier momento, pero no fue así.

El comportamiento de Elisabeth provocó mi ira y mi desesperación, y de pronto me sentí estúpido. ¿Desde cuándo permitía que una mujer me manipulara de aquel modo? Era ella la que me debía explicaciones, era ella la que me debía una disculpa, y era ella la que había huido de mi fortaleza poniendo su vida en peligro.

Capítulo 22

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Cuando la puerta se abrió de nuevo, supe que había regresado la Bestia. Tan solo tuve que mirarle a los ojos que se le habían oscurecido, y prestar atención a su respiración agitada. Sus puños estaban cerrados, y en sus musculosos brazos destacaban sus venas algo inflamadas. Sus cejas se marcaban duramente sobre su rostro, y su mandíbula apretada le daba un aspecto varonil y peligroso.

En tres zancadas se situó junto a mí y me agarró por el brazo haciendo demasiada presión.

—¡Suéltame, me haces daño! —exigí cerca de su rostro.

—¿Crees que puedes hacer lo que quieras y cuando te dé la gana, Elisabeth?

—Puedo y lo haré. —Lo empujé, pero él me agarró con más dureza.

Su cercanía y su virilidad estaban deshaciendo mi interior a la vez que sentía que todo mi cuerpo ardía de pasión por él.

Bryce me miró con intensidad, parecía que todo su ser estaba en llamas y que yo me derretiría junto a él. Su boca se pegó a la mía con brusquedad, y no pude hacer nada más que morderle el labio inferior con fuerza.

Bryce gruñó, y para mi sorpresa, sonrió con malicia tras limpiarse con la mano un hilo de sangre que descendía por su barbilla. Me besó de nuevo, y su lengua invadió mi boca, pero esta vez la recibí con la misma intensidad mientras sentía que mi bajo vientre se empapaba por completo. Jadeé a la vez que enredé mis dedos en su pelo y tiré de él.

—Aquí la única Bestia que existe eres tú, mi pequeña pecosa. —Mordió mi cuello, y lamíó mi escote.

—Cállate, no quiero que digas algo que estropee lo que quiero que me hagas ahora.

Me separé de él bajo su mirada de asombro y caminé de una forma sensual hacia la cama, una vez allí, dejé que mi camisón se deslizara por mis hombros hasta los pies, dejando expuesto mi cuerpo completamente desnudo. El asombro se convirtió en lujuria, y para mí, estuvo más que claro que lo que causaba en él no era repulsión, sino otra cosa.

Me metí bajo las sábanas esperando a que él también lo hiciera.

Bryce se desnudó bajo mi atenta mirada, y por primera vez pude reparar en su cuerpo detenidamente. Me deleité con su torso musculado y hermoso, y relamí mis labios descubriendo viejas cicatrices que llenaría de besos apasionados.

Cuando su cuerpo candente rozó el mío bajo aquellas cobijas frías, me pegué a él buscando esa cercanía que aplacaría mi calentura.

Bestia acarició mi sexo, y mientras sus besos recorrían mis senos, intensos jadeos salieron de lo más hondo de mi garganta.

—Tengo que contarte algo importante, Elisabeth. —Comenzó a decir mientras un par de sus dedos entraban y salían con fervor de mi interior, y besaba mis labios hinchados.

—No deseo escucharlo Bryce, tan solo hazme tuya como la última vez.

—Me temo que no podré ser delicado.

—No quiero que lo seas, quiero a la bestia que habita en ti.

Aquellas palabras avivaron sus caricias, y por un momento creí perder la cordura.

Mi Bestia de las Highlands se colocó entre mis piernas, y aquella primera estacada fue tan intensa como me la imaginé. Se quedó quieto unos segundos mientras me miraba a los ojos, supuse que trataba de averiguar que todo iba bien.

Clavé mis uñas en sus fuertes y redondeadas nalgas, al mismo tiempo que movía mis caderas iniciando así un baile enérgico y liberador. Bryce se acompasó a mis movimientos, y paulatinamente fue aumentando la velocidad mientras que sus ojos y los míos se fundían en una conexión más allá de lo corporal.

Cuando mi cuerpo estalló, estuve segura de que dejó de ser mío para convertirse en suyo, por mi mente y mi alma un sinfín de sentimientos abrumadores me invadieron por completo. Mis jadeos de satisfacción le hicieron saber que era el momento, haciendo que se liberase en mi interior. Su cuerpo cayó lacio hacia un lateral, y abrazó el mío dejando que sintiera los intensos latidos de su corazón.

—Tengo...

—Ni una palabra, Bryce MacDonald —Lo besé con intensidad—. Ni una palabra.

Capítulo 23

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

Ya llevaba rato despierto cuando los primeros rayos de luz del crepúsculo apenas se hacían hueco entre las tupidas cortinas de la estancia que ocupaba Elisabeth.

Mientras la observaba dormir junto a mí, descubrí que podría pasar la eternidad simplemente estando en aquella postura. Acaricié su sedoso pelo, y me deleité con sus curvas y su desnudez apenas cubierta por la fina sábana.

Elisabeth se despezó, y al abrir sus preciosos ojos azules para clavarlos en mí, una sensación de plenitud recorrió mi cuerpo casi al instante. Plenitud que rápidamente fue sustituida por la sensación de desasosiego que vendría después.

—Buenos días —me dijo mientras una sonrisa se le dibujaba en el rostro.

Mis labios buscaron los suyos en un beso tierno y que sabía a despedida.

—Buenos días, pecosa. —Traté de responderle con una sonrisa, pero en su lugar una mueca de disgusto acompañada de una exhalación profunda fue lo que recibió.

—¿Por qué tengo la impresión de que lo que viene ahora no va a ser bueno?

—Yo... quise hablar contigo anoche.

—No importa, no te lo reprocharé, pues así lo quise yo. —Ella se sentó para poder observarme mejor—. Dime, ¿qué pasa?

Justo en ese mismo instante sonaron las trompetas que avisaban de que teníamos visita. Rápidamente me levanté seguido por Elisabeth que cubrió su cuerpo envolviéndolo con la sábana, y nos asomamos a la ventana para poder observar de quién se trataba.

Al divisar los estandartes del clan Ranald, no tuve la menor duda.

—Es mi prometida —dije sin rodeos, y sin apartar la mirada de la ventana.

Elisabeth retrocedió unos pasos hasta que se sentó sobre un diván que estaba junto al lecho.

—¿Tú prometida?

—Así es, siento contártelo así. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y me sentí despreciable.

Me acerqué junto a ella para sentarme a su lado.

—No importa Bryce, yo también guardo secretos, y es obvio que por un motivo u otro lo nuestro solo era pasajero.

—Elisabeth... —Supe que mi corazón se rompió en mil pedazos en aquel justo momento.

Ella acarició mi rostro, y besó mis labios con ternura.

—Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, Bryce MacDonald.

—Ojalá hubiese sido así.

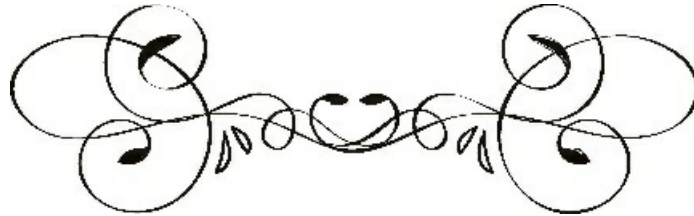
La besé, y la envolví entre mis brazos mientras todo mi ser me pedía que no renunciase a ella. Que Elisabeth era la mujer que daba aire a mis pulmones y la única capaz de apaciguar a la bestia que me dominaba.

Aspiré el aroma de su pelo, y lo memoricé deseando que se quedara grabado de por vida en

mi mente. Rocé la suave piel de su cuerpo que se erizaba bajo mi tacto, y creí perderme en un abismo de necesidad que escapaba a mi control absoluto.

Nuestros cuerpos que se dejaron llevar como hipnotizados por una música celestial tocada solamente para nuestros oídos, se enredaron en una lujuria desmedida a la que no deseábamos poner límites.

La tumbé sobre la cama y adoré cada centímetro de su delicado cuerpo como si se tratase de un ser divino, y lenta, casi de una forma tortuosa, la hice mía, grabando a fuego todo lo que ella me hizo sentir a sabiendas de que jamás volvería a experimentar un amor de tal magnitud con nadie más.



Descendí las escaleras con gran pesar para encontrarme con mi prometida. Todavía podía sentir el aroma de Elisabeth impregnado en todo mi cuerpo, y me sentí desdichado.

Connor me esperaba junto a la entrada del gran comedor, donde había acomodado a los invitados que esperaban reunirse conmigo.

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

—No es asunto tuyo —respondí de malas formas.

—Tengo a todo un clan esperando por ti, por supuesto que es asunto mío.

—Ya estoy aquí, ¿de acuerdo? Entremos. —Empujé las grandes puertas de madera y me dirigí con paso firme hacia mi lugar en la mesa bajo la atenta mirada de todos.

—Bienvenidos —sonreí mientras estreché el brazo del que sería mi consuegro: Dalziel Ranald.

Tomé asiento, y esperé las presentaciones.

—Gracias, señor. Le presento a mi mujer Orla, y a mi preciosa hija Juliette Ranald; su prometida. La última vez que se vieron eran demasiado niños como para recordarlo.

Tras saludar a la mujer del *laird* con un movimiento de cabeza, me dirigí a la joven de cabellos castaños y mirada curiosa que para nada se parecía a la mocosa impertinente que conocí durante mi infancia.

—Encantado de volver a verla señorita Ranald, espero que su estancia aquí sea agradable. Le he asignado un par de damas de compañía...

—Se lo agradezco, señor —me interrumpió—, pero si no le importa he traído a las mías.

Su cara de disgusto me dio a entender la poca ilusión que le hacía aquel enlace.

—Por supuesto, deseo que se sienta como en casa.

Miré a la joven unos instantes, desde luego que era agraciada, de rasgos femeninos y voluptuosa, pero no era Elisabeth. Podría haber sido la mujer más bella de la tierra y no hubiese causado ningún efecto en mí, porque a aquellas alturas ya estaba seguro de que mi corazón pertenecía a la pecosa que tanto me sacaba de quicio.

Capítulo 24

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Tres días completos eran los que llevaba evitando a Bryce MacDonald, tres días en los que me escondía entre las caballerizas y la cocina. Esperaría hasta después de la boda para hablar con él —y suplicarle si fuese necesario—, que dejase que Connor me acompañase hasta el puerto, donde me subiría al primer barco que viajase a la isla de Skye.

Mientras divagaba entre mis pensamientos, y peinaba las crines de relámpago —el caballo negro que me ayudó a huir y al que decidí bautizar con aquel nombre—, no me percaté de que alguien con pies ligeros se acercó hasta a mí por la retaguardia.

—Hola. —Su voz me sobresaltó de tal forma que se me cayó el cepillo al suelo.

Al agacharme para cogerlo, las dos lo hicimos al mismo tiempo y nuestras cabezas chocaron.

—¡Ay, menuda cabezota dura la tuya! —dije sin pensar.

—Lo mismo digo. —Ella me miró con gesto divertido, y entonces fui consciente de quién era aquella mujer.

—Disculpeme, no era mi intención...

—No te disculpes, he sido yo la que te ha sobresaltado. —Sonrió, y me pareció preciosa—. Soy Juliette Ranald, la prometida de Bryce MacDonald.

Sus palabras acompañadas por aquella sonrisa cercana atravesaron mi corazón.

—Encantada, yo soy Elisabeth Castillo —le respondí con la misma familiaridad que ella me mostraba.

—No te había visto antes, ¿trabajas en las caballerizas?

—No, tan solo estoy de paso. El señor MacDonald tuvo la amabilidad de darme cobijo hasta que pueda regresar a la isla de Skye, que es donde vive mi prima.

—Entiendo, así que una invitada.

—Una invitada a la fuerza. —Otra vez mi espontaneidad respondió por mí.

—Por tus palabras intuyo que hay una historia divertida detrás de ellas. —Juliette se colgó de mi brazo y comenzó a caminar—. ¿Por qué no damos un paseo y me la cuentas? No quiero entrar en el castillo, estoy hastiada de que me tomen medidas y de que me pregunten banalidades, además, mi madre se pondrá como loca si desaparezco unas horas, y no hay nada que me divierta más que sacar de quicio a mi pobre madre.

Caminamos por los alrededores y descubrí que aquella muchacha de porte elegante, y a la vez algo arrogante, era pura dulzura, y aquello hizo que cayera el muro que traté de construir ante ella.

Deseaba que fuese estúpida, engreída, y sobre todo detestable para poder odiarla con alguna razón de peso por quedarse con Bryce, un hombre al que yo jamás podría tener.

Tras narrarle la misma versión que le conté a todos sobre como llegué a las islas, Juliette no dejó de preguntarme cosas sobre Kai MacDonald, parecía realmente interesada en él.

—¿Crees que regresará?

—¿Quién? ¿Ese maldito bucanero? Espero que no lo haga —contesté de forma sincera.

—Me gustaría volver a verlo, era tan... tan.

—Tan... ¿peligroso? ¿Maleante? ¿Insensible? Te he contado como me ató al mástil de su navío en plena tormenta, ¿verdad?

—Pensó que eras una *bana-bhuidseach*. —Ella se carcajeó.

—No le importó si moría o vivía, y después me entregó a su hermano sin saber qué pasaría conmigo.

—Sabía que no te ocurriría nada, y así ha sido. —Me señaló.

—Espera un momento... —comenzó a cuadrar todo en mi mente—. ¡Estas enamorada de él!

—¡Cállate insensata! —Se abalanzó sobre mí para tapar mi boca—. Si alguien lo oyera no sé qué haría.

—¿Y por qué te casas con Bryce?

—No entiendo la pregunta Elisabeth, ¿es que acaso hay opción? Mi padre es quien decide mi destino, y yo debo cumplir sus órdenes.

—Pero amas a otro hombre. —No pude evitar compadecerme de ella.

—Lo amo desde que tan solo tenía doce años. Su padre visitó nuestras tierras con él y sus hermanos. Recuerdo lo cariñoso y atento que era con su hermana, lo protector...

—¿Conociste a Ava?

—Por supuesto, nos escribíamos a menudo después de su visita, y lo seguimos haciendo hasta que se casó. Una vez que entró entre los muros del castillo del clan MacNeil no volví a saber de ella. Le escribí en varias ocasiones, pero nunca obtuve respuesta, ese maldito de Eòghann la mantuvo incomunicada.

Aquel nombre resonó en mi mente con tanta fuerza que apenas podía creerlo.

—¿Te refieres a Eòghann MacNeil? Alto... bueno más bien gigantesco, rubio, y con una mirada azul tan helada como el mismo hielo.

—Ese mismo, no conozco a otro MacNeil como él. Es despiadado, dicen que fue entrenado para la guerra desde que tan solo era un mocoso.

—Necesito que me cuentes algo, aquí hay mucho tabú con eso... ¿Qué pasó con Ava? ¿Por qué Bryce y Kai se enemistaron?

—¿De verdad qué no lo sabes?

—Nadie me cuenta nada, y creo que algo muy grave debió de suceder para que dos hermanos acaben enfrentados de tal forma.

—Te lo contaré, pero prométeme que no le dirás a nadie que lo he hecho.

—Puedes confiar en mí —aseguré mientras coloqué mi mano sobre la suya.

—Todo comenzó al poco tiempo de morir el *laird* Boyd MacDonald. Kai, al ser el hijo mayor, tuvo que asumir el liderazgo del clan, y por aquella época ya estaban en conflicto continuo con los MacNeil. Recuerdo que fue mucha la presión a la que estuvo sometido, y entonces su inexperiencia, acompañada de unos consejeros nefastos, provocó una mala decisión apresurada. Casar a su hermana con el *laird* de los MacNeil fue lo que separó a los hermanos.

—¿Obligó a Ava a contraer matrimonio con Eòghann?

—En aquel momento Kai pensó que sería la mejor opción para evitar una guerra entre clanes.

—¿Y Bryce se opuso a la boda?

—Desde luego, él conocía muy bien a Eòghann, sabía que era un ser despreciable y que su

hermana corría peligro con él, pero Kai se negó a escucharlo, pensó que Ava le daría hijos, y que eso aseguraría su futuro.

—¿Y Ava estaba de acuerdo?

—Lo estaba, ella era la mujer más valiente que he conocido. Sabía cuál era su sino, al igual que yo sé cuál es el mío.

—Entiendo. —Me entristecí al recordar que Juliette acabaría casándose con Bryce.

—Después de la boda, la relación entre los hermanos fue realmente tensa, pero lo que realmente hizo que todo se desmoronara como un castillo de naipes fue la muerte de Ava. El clan MacNeil nos aseguró que Ava y el bebé murieron el mismo día que ella dio a luz, pero por supuesto Bryce no estuvo de acuerdo con eso. Él creía de forma férrea que Eòghann la había asesinado, y pidió a su hermano que entraran en guerra contra los MacNeil por aquel acto tan cruel.

»Cuando Kai se negó, Bryce se rebeló en su contra y asumió el puesto como nuevo *laird* del clan. Después, y en venganza, atacó las tierras del hermano menor de Eòghann, un tal Jhonn MacNeil, lo torturó y acabó con su vida de una forma cruel.

—¡Dios, eso es horrible!

—Dicen que era igual de culpable que Eòghann. Supongo que se lo tenía merecido.

—¿Y por qué todavía no ha atacado a Eòghann?

—Eòghann tiene un ejército numeroso, y el clan MacDonald quedó debilitado después del conflicto entre los hermanos, muchos de los guerreros decidieron marcharse con Kai, ya que creían que él era el *laird* legítimo.

—Ya entiendo, y ahí es donde entras tú.

—Exacto, mi clan dispone de un ejército, y el suyo de tierras prósperas y de riqueza. En eso consisten los matrimonios Elisabeth, son tratos que benefician a ambas partes.

—Es muy triste que tengas que renunciar al amor.

—Lo es, y todavía es peor casarse con el hermano del hombre al que amas. —Sus palabras salieron temblorosas, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Juliette! —gritó alguien a lo lejos.

Al voltearnos, pudimos ver a tres mujeres que caminaban hacia nosotras con mucha urgencia mientras sostenían sus faldas para no tropezar.

—Creo que nuestra amena conversación ha llegado a su fin Elisabeth. Mi querida madre junto a sus dos esbirros por fin me han encontrado. —Juliette limpió sus ojos con la manga del vestido con rapidez, y pellizcó sus mejillas para darles un tono rosáceo.

—¿Por qué siempre me torturas, Juliette? ¡Acabarás con mis nervios! —La mujer se plantó ante nosotras con la respiración entre cortada.

—Necesitaba tomar el aire, madre.

—¿El aire? No digas tonterías y regresa al interior, no tenemos tiempo para lo que sea que estés haciendo aquí —dijo entre aspaviento y aspaviento de manos.

—Me ha encantado conocerte Elisabeth, espero que podamos charlar en otra ocasión.

—Lo mismo digo. —Incliné la cabeza a modo de despedida mientras observaba como la madre de Juliette, se la llevaba del brazo prácticamente a rastras a la vez que me miraba con desaprobación.

Capítulo 25

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

El suave toque con los nudillos sobre la puerta de mi despacho abierta me hizo apartar la vista de los documentos que leía sobre mi mesa.

La esbelta figura de Elisabeth se hizo presencia ante mí, y no pude evitar sentir un nudo en el estómago. Sus ojos me observaban y se desviaban casi a la misma vez que los míos, buscaban esa mirada cómplice que mi corazón tanto albergaba.

—Karen me dijo que te encontraría aquí. —Apartó de su rostro un mechón rebelde que se le había soltado de su recogido en un gesto que denotaba su incomodidad.

—¿Necesitas algo?

—Solo quería hablar contigo, pero si estas ocupado puedo regresar más tarde.

—No estoy ocupado para ti Elisabeth, dime, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunté casi a la vez que me levantaba para cerrar la puerta del despacho.

Después corrí la silla junto a la mesa y tendiendo mi mano hacia una Elisabeth dudosa, la invité a sentarse.

Ocupé mi lugar, y expectante porque ella expresara las palabras que me hiciesen cesar en aquella absurda boda inminente, aguardé silencio.

—Con todo lo que pasó el día de mi regreso, y lo acontecido después, no hemos podido hablar de algo, así que me gustaría hacerlo ahora.

—¿Quizá tenga que ver con el hecho de que me estás evitando?

—¡Bryce! —pronunció con tono de reproche.

De nuevo mi nombre entre sus labios desgarraba mi pecho de tal forma que a punto estuve de perder la cordura.

—Te escucho.

—Es sobre Eòghann. —Ese nombre fue capaz de cambiar mi estado de ánimo casi de inmediato—. Era de él de quien huía. Cuando decidí marcharme del castillo, tuve que pasar la noche sobre un árbol, y cuando cayó por completo el sol, una manada de lobos nos rodeó a mí y a Relámpago.

—¿Relámpago?

—El caballo negro que «cogí prestado». —Asentí esperando que continuara hablando—. Bueno... pues que cuando creí que no tendría escapatoria, de la nada apareció un tipo grande y rudo junto con sus hombres ahuyentando así a las bestias. Fue amable, y me llevó a la seguridad de su campamento donde pude conocer a su pequeño hijo, por el que creo que no siente ninguna clase de amor... —Ella se quedó pensativa y se llevó un dedo a los labios—. Es que creo que ese pequeño niño podría ser tu sobrino, Bryce. Estoy segura de que es el hijo de Ava y...

—¿Quién te ha hablado sobre ese tema Elisabeth? —gruñí furioso al ser sabedor de su conocimiento respecto al tema.

—¿Acaso eso importa? Te estoy diciendo que tu sobrino podría estar vivo, y que no murió en el parto junto a su madre tal y como os hicieron creer.

—¡Te he hecho una pregunta! —Me levanté y la agarré con fuerza por la muñeca haciendo que ella también se levantara de su asiento—. ¿Quién te ha contado lo que pasó? ¿Ha sido ese desgraciado de Eòghann? Es por eso por lo que te dejó ir, para que me trajeses el mensaje y la confirmación de lo que todos ya sabíamos, que él mató a mi preciosa hermana, ¿cierto?

—¡No, claro que no! Yo misma escapé, había algo oscuro en él que me hizo desconfiar.

—No te creo.

—¡Menuda novedad! —Tiró con fuerza de su brazo soltándose de mi amarre—. No has confiado en mí en ningún momento desde que llegué.

—Es porque eres una mentirosa, tú misma me dijiste que también guardas secretos.

—Me encerraste en una celda hedionda de mala muerte, disculpa que me cueste darte mi confianza. —Sus ojos estaban enrojecidos, y su rostro declaraba de una forma casi transparente el odio que sentía en aquel momento hacia mí—. Espera un momento, te he contado lo de tu sobrino y apenas te has sorprendido. Ya lo sabías, ¿verdad?

—Tenía mis dudas, hasta que te vi cargarlo en brazos en el campamento de los MacNeil.

—¿Estabas allí y decidiste abandonarnos?

—No parecías muy a disgusto con las atenciones de Eòghann.

—¿Qué insinúas?

—Insinúo que quizás el MacNeil, fue lo bastante hospitalario como para compartir su lecho, y tú lo bastante agradecida como para aceptarlo. —Aquellas palabras que pretendían ser hirientes solo fueron fruto de los celos que recorrían mi cuerpo al pensar que Eòghann podría haberla hecho suya.

—¡Maldita bestia arrogante! —Me gritó al mismo tiempo que su pequeña y delicada mano se estrelló contra mi duro rostro.

Sujeté su brazo y la miré duramente a los ojos.

—Mañana después de mi boda con Juliette, partirás de inmediato hacia el puerto de Lochmaddy acompañada por Connor, y desaparecerás de mi vista para siempre.

—Es lo único que he deseado desde que puse el primer pie en esta isla que solo me ha traído desdicha.

—Bien, pues esta vez me aseguraré de que tu deseo se cumpla.

—¡Maravilloso, seguiré evitándote hasta entonces!

Ella me retó con la mirada mientras salía por la puerta, y cuando su pequeña y tentadora figura desapareció de mi vista al mismo tiempo que sus duros y furiosos pasos se alejaban hacia alguna parte de mi fortaleza, solo pude dejar que la bestia se apropiara de todo mi ser, que la rabia me consumiera casi por completo, pues estaba locamente enamorado de Elisabeth y era un verdadero tormento el tener que renunciar a ella.

Capítulo 26

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Caminé sin un rumbo en concreto mientras dejaba que mis lágrimas se derramasen sin control, Bryce MacDonald conseguía sacarme de quicio tan rápido como calentaba mi cuerpo, y odiaba con todo mi ser aquella vorágine de sentimientos que hacía aparecer en mí sin tan siquiera a veces proponérselo.

—Elisabeth, por fin te encuentro. —Karen se acercó a mí con el rostro serio al ser consciente de mis lágrimas. —¿Qué te sucede?

—No es nada, solo que estoy harta de permanecer aquí a la espera. Deseo regresar al futuro.

—Es por Bryce, ¿qué te ha hecho esta vez?

—En serio, no quiero hablar de ello.

—Está bien. Ven conmigo, hoy solucionaremos parte de tu problema. —Karen tiró de mi brazo e hizo que la siguiera por los enrevesados pasillos de la fortaleza hasta que salimos al patio trasero.

Una vez allí atravesamos el huerto, hasta que llegamos a la muralla que rodeaba el castillo y que impedía que siguiésemos adelante. En una zona, crecía una enorme enredadera que cubría gran parte del muro.

Karen movió las espesas y frondosas ramas con sus manos, y pude ver parte de una puerta de madera secreta que emergía bajo todo aquel espesor. Entre las dos empujamos la pesada y envejecida tabla, y con esfuerzo, acabó cediendo hasta que se abrió por completo.

Atravesamos los muros y caminamos por el bosque unos minutos hasta que pude ver una pequeña casa de madera que se camuflaba a la perfección entre los pinos y demás elementos del entorno.

Karen me sonrió, y me hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Frente a la casa se podía observar un pequeño jardín lleno de flores y de plantas aromáticas que me hizo recordar a la casa familiar que tenía en Esgos.

Una vez frente a la entrada, Karen tocó a la puerta y entró sin esperar a ser invitada. Dentro, una anciana mujer que ocupaba una mecedora junto al fuego se calentaba mientras degustaba lo que parecía una taza de té. Al divisar a Karen, no pudo disimular su alegría, y tras dejar la taza sobre la repisa de la chimenea, se afanó en abrazar a la muchacha.

—Mi pequeña niña, te he extrañado. —La mujer acarició su pelo con ternura.

—No exageres tía, te visité la semana pasada.

—Demasiado tiempo ha pasado —dijo al mismo tiempo que depositaba su mirada en mí—. ¿Es ella?

—Así es, ella es Elisabeth.

—Bienvenida, muchacha. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Gracias señora...

—Oh, disculpa a esta anciana despistada, mi nombre es Teresa Montaner.

—Un nombre poco común para estas tierras.

—Cierto, es que no soy de aquí, pero será mejor que nos sentemos con una buena taza de té, esta conversación puede que se alargue un poco.

La mujer me sonrió de una forma entrañable, y se dirigió a lo que supuse que sería la cocina dejándome allí en el salón junto a Karen.

—¿De qué va esto Karen? No entiendo nada. ¿Quién es esta mujer, y por qué le has hablado de mí?

—Es la viuda de uno de los hermanos de mi padre, mi tía. Y en cuanto regrese lo entenderás todo.

A los pocos minutos Teresa entró en el salón con una bandeja entre sus manos en la que llevaba las tazas de té, y unos dulces para acompañar. Tras depositarlo sobre la mesa y tomar asiento, se dirigió a mí:

—Así que vienes del futuro. —Su afirmación fue tan directa que por un momento me sentí descolocada.

—¿Se lo has contado Karen? Pensaba que debía ocultarlo —le reproché.

—Era necesario, ella puede ayudarte —se excusó Karen.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Te lo explicaré muchacha, resulta que yo misma vengo del futuro.

—¡¿Qué?! Debe de ser una broma.

—No me gustan las bromas, niña. Nací en el año 1927 en Botaya, un pequeño municipio que pertenece a Jaca, en la provincia de Huesca, Aragón.

—¡Pero, pero eso es imposible! Si eso es cierto debería de tener unos noventa y siete años o así.

—Noventa y ocho para ser exactas.

—Tía, no alargues su desconcierto, explícale como viajaste hasta aquí y lo que pasó después —le exigió Karen.

—De acuerdo pequeña. Cerca de la casa donde nací estaba el Real Monasterio de San Juan de la Peña, y desde pequeña siempre había escuchado historias sobre él, pero jamás creí que ninguna de esas historias podría hacerse realidad.

—No me diga más, en ese monasterio había arcos y usted los cruzó.

—Exacto, los crucé portando este collar. —Ella tiró de una fina cadena de plata que llevaba al cuello, y sacó de entre su escote una piedra de labradorita parecida a la que tenía yo. —Lo hice el último viernes de diciembre, justo cuando comenzaba a ponerse el sol.

—¿Es lo mismo que hice yo! ¿Y en qué año fue eso?

—Pues viajé en el 1947, a la edad de veinte años.

—¿Me está diciendo que lleva más de setenta años aquí atrapada?!

—Bueno...

—¡Ay no! ¡Ay no, Diosito! —Me levanté y comencé a dar vueltas por la habitación mientras trataba de respirar con normalidad—. Creo que me está dando un ataque de ansiedad Karen.

—No sé qué es eso, pero debes calmarte y dejar que mi tía termine su historia —me aconsejó.

—¿Calmarme?! ¡Estoy atrapada por siempre!

—Tómate el té, querida, lleva valeriana, sabía que la necesitarías —me insistió Teresa.

Miré a la mujer unos segundos, y tras sopesar sus palabras, sujeté la taza ya tibia entre mis manos y me bebí el contenido de un trago lamentándome por que aquel liquido ambarino fuese

agua sucia en vez de *whisky*.

—¿Y si no consigo encontrar la cueva por la que se supone que regresó mi prima? ¿Y si no funciona? ¿Qué haré el resto de mi vida aquí? —me dirigí a Karen desesperada.

—Tranquila Elisabeth, mi tía no ha dicho que no se pueda regresar, de hecho, ella lo hizo.

—¿Qué?! —Sus palabras aceleraron mi pulso todavía más—. Explíquese, por favor —le imploré a la mujer de cabellos canos.

—Hallé la forma de regresar, niña, y desde luego que lo hice, pero después de pasar cinco años aquí con él que sería el gran amor de mi vida, no pude quedarme allí. El futuro ya no era para mí.

—¿Me está diciendo que conseguí regresar al futuro, pero que después volví? ¡¿Que se quedó en este tiempo de barbaros por amor?! Pero, eso es una locura.

—Fue la locura más hermosa que he podido cometer en mi larga vida, y desde luego que no me arrepiento. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y Karen no pudo evitar abrazarla.

—Supongo que su gran amor ya no está junto a usted —pregunté con el corazón en un puño.

—No, Kenneth hace años que me dejó, pero te puedo asegurar que cada minuto que pasé junto a él estuvo plagado de pasión, aventura, y felicidad. Quizá algún día pueda narrarte mi historia Elisabeth.

—Y a mí me encantaría escucharla, pero...

—¿Deseas saber cómo regresé?

—Exacto. ¿Fue en la isla de Skye en la playa de las focas?

—No conozco ese lugar, yo lo hice en Traigh-stir. Es una cala que está situada a una hora de camino desde aquí.

—¿Tan solo una hora?

—Eso es. —Me sonrió dulcemente—. Allí hay un círculo de piedras desde el que podrás viajar en la próxima luna roja.

—¿Luna roja?

—Eclipse solar —me aclaró.

—¿Y cuándo será eso?

—Dentro de dos semanas.

Escuchar aquello hizo que la emoción me albergara por completo, y sin apenas darme cuenta comencé a llorar.

—¿Has oído Karen? ¡Dos semanas! ¡Regresaré a casa en dos semanas! —Me levanté y abracé y besé a Teresa—. Gracias, no sabe lo que significa para mí.

—Por supuesto que lo sé, pequeña. —Me sonrió.

—¿Cómo encontraré las piedras? —quise saber.

—De eso me encargo yo, Elisabeth —dijo Karen—. Mi abuela me ha explicado como hallarlas, es obvio que ella no puede acompañarnos hasta allí, pero las encontraremos. Conozco bien estas tierras.

—Oh, gracias, gracias. —Abracé a Teresa demostrando mi gratitud.

Capítulo 27

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

—Apenas has probado bocado Bryce. —Connor me miraba desde la otra punta de la mesa con el rostro interrogante.

—No tengo hambre, además, no estoy de humor, ya lo sabes.

—¿Es por eso que te has negado a cenar con los Ranald? Espero que no se lo hayan tomado como una ofensa.

—¡Por Dios Connor, di lo que piensas de una vez como haces siempre!

—Necesitamos este enlace primo, puesto que te niegas a pedir ayuda a tu hermano, ya lo sabes.

—No quiero que nombres a ese mal nacido. ¡Ambos lo desterramos! ¿Es que acaso lo has olvidado?

—Por supuesto que no lo he olvidado, pero ese mal nacido como tú lo llamas, hijo de tu misma madre, podría ahorrarte esta unión y dejarte el camino libre para que puedas casarte con Elisabeth.

—¡Joder Connor! ¿Por qué siempre lo haces todo tan difícil? Fuiste tú quien me convenció de esto.

—Lo sé, pero me he dado cuenta de que con ella eres distinto. He vuelto a ver al Bryce que conocí de niño.

—¡Cállate!

—El Bryce que eras antes de lo que le sucedió a Ava.

—¡He dicho que te calles! —grité furioso al mismo tiempo que me levanté y tiré de un manotazo toda la bajilla que reposaba en la mesa ante mí.

El sonido de los platos al romperse opacó un gruñido repleto de impotencia que salió desde mi garganta.

Connor me miró pasivo y continuó comiendo como si no hubiese pasado nada, era obvio que estaba acostumbrado a mis continuos cambios de humor.

—Tengo que hacer algo que debí haber hecho hace mucho tiempo —dije con la respiración agitada.

—Hazlo, y te prometo que te sentirás mucho mejor. —Me señaló mientras hablaba con el cuchillo que estaba cortando la carne.

Asentí a regañadientes y salí de mi sala privada hacia el corredor que me llevó a las escaleras principales. Una vez que llegué a la primera planta, caminé en dirección a las cocinas, donde encontré a Elisabeth charlando con Karen mientras limpiaban los cacharros que se habían utilizado para hacer la cena.

Ella no habló, pero me dirigió una mirada cargada de reproche que lo decía absolutamente todo.

—No tienes por qué hacer eso Elisabeth. No es tu trabajo.

—Quiero hacerlo, así las horas pasan más rápido, y no me siento un mueble estúpido de tu fortaleza. —El tono de su voz fue tirante, forzado.

—Necesito que me acompañes a un sitio —dije sin vacilar.

—¿Es una orden? —preguntó mientras comenzaba a lavar los cacharros de nuevo, y Karen se dirigía a otra zona de la cocina más alejada para darnos intimidad.

—No lo es, es una petición.

—Pensaba que querías que desapareciese de tu vista.

—Voy a presentarle mis respetos a Ava y... —Ella por fin me miró con los ojos muy abiertos y no me dejó terminar la frase.

—Iré contigo, Bryce. —Se limpió las manos en el delantal que llevaba a la cintura, y seguido lo desanudó para dejarlo sobre la mesa de la cocina.

En silencio caminé junto a mí, hasta que llegamos a unas escaleras muy inclinadas que llevaban al sótano. Tras descender por ellas y caminar por estrechos y enrevesados pasillos, llegamos junto a la gran puerta que daba paso a la cripta familiar.

—Antes de entrar necesito que sepas algo. —Ella me miró expectante—. Tras esta puerta solo existen las verdades Elisabeth, no hay cabida para mentiras ni enredos. Si no puedes jurarme que cumplirás esto, es mejor que te quedes aquí afuera.

—Te prometo que una vez que traspase esa puerta, de mis labios solo saldrán palabras sinceras.

—Bien.

Complacido, abrí la puerta y le cedí el paso. Ella caminó dubitativa y se paró ante la primera escultura de piedra que albergaba la tumba de mis padres.

Pensativa pude ver como observaba las dos figuras de mármol que representaban sus bustos.

—¿Sabes? Te pareces mucho a ella.

—Eso mismo solía decir mi padre. —Le sonreí de forma sincera.

—«Una eternidad será fugaz si la paso junto a ti». —Leyó la inscripción al pie de las esculturas. —Parece que estaban muy enamorados.

—Lo estaban, padre mandó grabar ese escrito, era algo que solían decirse en vida.

Elisabeth continuó caminando y pasó por al lado de las tumbas de mis abuelos y otros antepasados que residían eternamente en aquella cripta llena de recuerdos y sentimientos. Allí, el silencio que proporcionaban las gruesas paredes resaltaba nuestras pisadas haciendo que desaparecieran en un eco lejano e infinito.

Mi pecosa se detuvo frente a la estatua de Ava. Era una réplica exacta de ella a tamaño real.

—¡Dios, era tan hermosa! —dije al contemplar aquella maravilla de mármol por primera vez—. Casi había olvidado su rostro.

Mi voz se quebró, y fui consciente del dolor que me había invadido por completo, de la culpabilidad que me albergaba de una forma tan pesada que de haber estado en medio del mar me hubiese hundido sin remedio.

—No fue culpa tuya, Bryce. —Elisabeth atravesó mi pecho con aquellas palabras.

—Ahora también lees los pensamientos.

—No, claro que no, pero te recuerdo que mi hermana tampoco está junto a mí, y mis propios pensamientos deciden martirizarme al igual que lo hacen los tuyos.

—Hablé con Kai, Elisabeth. Traté de impedir esa boda por todos los medios, pero debía de acatar las órdenes del *laird*, aunque estuviese equivocado como se demostró después —me sinceré—. Quizás si hubiese insistido más, esto no hubiese ocurrido.

—Por lo que tengo entendido no hubiese sido así. Ava aceptó esa unión. Ella quería proteger a vuestro clan de una guerra, al igual que Kai. Aquí el único culpable es Eòghann MacNeil, y debe pagar por ello.

—Estoy de acuerdo, ¿pero a qué precio? —«Robándome la felicidad de nuevo». Pensé—. Elisabeth contéstame a algo, y recuerda tu promesa antes de entrar aquí.

—La recuerdo.

—¿Me amas? —Agarré sus manos y la sentí temblar mientras sus ojos me desvelaban su desconcierto.

—¿Por qué preguntas eso ahora?

—¿Acaso importa? Contéstame, por favor, aquí ante ella. ¿Me amas tanto como te amo yo a ti?

—Te amo tanto que creo que cada uno de los latidos que alberga mi pecho está construido para ti. Tanto que cada vez que pienso en mi partida siento el mismo dolor que cuando perdí a mi hermana, pero...

—Olvídate de los peros Elisabeth, aquí y ahora no existen para nosotros.

La envolví entre mis brazos y abordé su boca con la energía desbordante que produjeron sus palabras sinceras de amor. Con la esperanza de una oportunidad de ser felices, y con la certeza de que no la dejaría escapar. De que no dejaría que se me escurriese entre los dedos la felicidad que me albergaba cuando ella estaba entre mis brazos.

Elisabeth se despegó de mí, y pude ver que sus lágrimas invadían su rostro. Ella trató de limpiarlas, pero por alguna razón no conseguía que mitigasen.

—No me casaré con ella Elisabeth, no lo haré si es eso lo que te perturba. Subirás conmigo y arreglaremos todo esto. —Tiré de su brazo, pero ella se resistió.

—Hay algo más, y puede que no me creas cuando te lo cuente, pero necesito que lo sepas. —Sus ojos llorosos buscaron los míos y supe que era sincera.

—Elisabeth, puedes contarme lo que quieras, prometo que no te juzgaré.

—Está bien. Yo... yo vengo del futuro, Bryce. Soy una viajera del tiempo.

Capítulo 28

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce se quedó unos segundos pensativo tras mis palabras. Su rostro apenas mostraba expresión, y su silencio intensificó mi nerviosismo.

—¿Me has oído?

—Te he escuchado Elisabeth, pero trato de asimilar lo que me dices.

—No soy una bruja —dije aquello entre lágrimas esperando que no me rechazase por mis palabras.

—Lo sé mi pequeña pecosa. —Me abrazó y sentí que un peso se aliviaba en mis hombros—. Explícame como llegaste aquí.

—¿Entonces me crees?

—Por supuesto que te creo, no te pareces a nadie que haya conocido hasta ahora. —Me agarró de la mano y me condujo junto al banco de piedra que estaba frente al monumento de Ava para que nos sentásemos. —Te escucho.

Me tomé unos segundos para organizar lo ocurrido en mi mente, quería ser concisa y clara para no olvidar ningún detalle que pudiese ser importante para la veracidad de la narración, y de pronto me vi relatando todo con la naturalidad que te da alguien de tu entera confianza.

Bryce me escuchaba atentamente, y solo interrumpía para preguntar curiosidades que le iban surgiendo respecto al tema. Le conté absolutamente todo desde el principio, desde como conocí a Herea y acabamos viviendo en la casa familiar, hasta como terminé atada al mástil del navío de Kai en plena tormenta. Algo que lo hizo maldecir a su hermano en más de una ocasión.

Por último, le confesé que había conocido a otra viajera —por supuesto obvié el detalle de revelar su nombre—, la cual me contó cómo podía regresar a casa.

—¿Y es eso lo que quieres Elisabeth? ¿Deseas regresar a tu hogar?

—Eso es lo que he intentado hacer todo este tiempo —confesé.

—Por eso tu afán en viajar a la isla de Skye.

—Exacto.

—Te propongo algo, y no tienes por qué responderme ahora. —Lo miré con curiosidad esperando a que continuase—. Hagamos un *handfasting*. Dame un año, Elisabeth, un año y prometo que te haré tan feliz que no querrás regresar.

—¿*Handfasting*? ¿Un año? —pregunté confusa al no comprenderlo.

—Un *handfasting* es una boda por el rito de la unión de manos, y que tan solo dura un año y un día, después de pasado ese tiempo la pareja decide si separar sus caminos o renovar sus votos de forma indefinida.

—No es muy romántico eso que propones.

—No lo es, pero me dará la oportunidad de retenerte durante todo ese tiempo y mostrarte quien soy de verdad. Sé que puedo hacerte feliz Elisabeth, sé que puedo hacer que te quedes.

—No necesitas una unión de manos para retenerme, Bryce.

—Pues entonces concédeme hasta la luna roja del año que viene, pero si renuncio a mi boda de mañana tendremos que casarnos, no te mancillaré ante nadie como si fueses una simple amante.

De pronto comprendí su insistencia en aquel enlace, y es que, aunque a veces lo olvidaba por completo, me encontraba ante un hombre del siglo XVI, con sus costumbres tan distantes a las mías que en ocasiones me costaban entender.

¿Qué era un año? «Apenas nada». Me dije a mí misma, nada en comparación a una vida completa de felicidad si descubría que después de ese tiempo todo había valido la pena.

Miré a Bryce a los ojos y pude observar a un hombre sincero que me estaba abriendo su corazón sin reparos, que estaba saltando al mismo infierno por mí. Que no le importaba las amenazas a las que estaba expuesto su clan, ni las consecuencias con los Ranald al anular aquel enlace que podría hacer tanto bien a su pueblo. Él lo estaba arriesgando todo por mí, y yo también lo arriesgaría todo por él.

La decisión estaba tomada. El pulso se me aceleró y apenas las palabras salieron coherentes por mi boca.

—Acepto, Bryce MacDonald, acepto —dije entre lágrimas esta vez de emoción.

Bryce me alzó con energía y me besó con el ímpetu y la lujuria de un amante apasionado.

—Espera un momento pecosa, ¿qué es exactamente lo que aceptas?

—Aquí frente a la tumba de tu hermana, acepto el *handfasting*, la luna roja, y cualquier cosa que me propongas ahora mismo.

—¿Aceptas con ello a la bestia que en ocasiones habita en mí, Elisabeth? —Al hacer aquella pregunta una sonrisita traviesa se dibujó en su rostro.

—Acepto siempre y cuando tú aceptes a la Elisabeth con mal carácter y que en ocasiones tanto te exaspera. —Bryce suspiró, y no pudo evitar besarme de nuevo.

—¡Dios Elisabeth! Creo que no eres consciente de lo feliz que soy ahora mismo...

Capítulo 29

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald

Connor apenas parpadeó mientras le narré «las nuevas». Por un momento pensé que su mente había abandonado su cuerpo y que, ante mí, se presentaba un recipiente vacío.

—¿Es que no piensas decir nada? —Lo zarandeeé—. Esto no es propio de ti.

Elisabeth contemplaba la escena junto a mí mientras sujetaba mi mano.

—No puedo creer que hayas bajado a ver a Ava, pensé que jamás lo harías. —Por fin pronunció.

—Después de todo, ¿eso es lo que más te sorprende?

—Así es, y me siento aliviado porque lo hayas hecho al fin. Aunque tengo que confesar que yo también reservo una sorpresa para ti, y no creo que sea igual de agradable, pero lo primero es lo primero. Dame un momento.

Connor abandonó el despacho con premura bajo nuestras miradas de asombro.

—¿A dónde crees que va? —quiso saber Elisabeth.

—Quién sabe, con Connor cualquier cosa es posible.

De pronto la puerta se abrió de nuevo, y Connor apareció acompañado por una Karen sonriente, y que visiblemente emocionada se lanzó a los brazos de Elisabeth.

—Parece que nuestra travesía hasta Traigh-stir va a tener que esperar. —Mi pecosa asintió casi al mismo tiempo que una sonrisa se dibujaba en su bello rostro.

—Bien, ahora ya tenéis dos testigos. Os casaréis de inmediato —dijo Connor mientras sacaba una cuerda roja del bolsillo de su pantalón. —Dadme vuestras manos.

Emocionado por el momento solo pude unir mis manos a las temblorosas de una Elisabeth que me observaba expectante. Después de hacerlo, Connor las ató con la cinta roja, y comenzó lo que sería la ceremonia.

—¿Estáis hoy aquí con total libertad para unir vuestras vidas en el sagrado vínculo del matrimonio?

—Sí, lo estamos —contestamos casi al unísono.

—¿Os juráis lealtad durante lo que dure el matrimonio a vosotros mismos y a vuestras familias?

—Lo juro, con la sangre de mi cuerpo —respondí con sinceridad mientras me perdía en el azul intenso de los ojos de mi amada.

—Lo juro.

—Pues que esta unión una vuestras almas para que vuestras fuerzas y cualidades se dupliquen, y suplan vuestras carencias y defectos con el apoyo y aprendizaje del otro. —Connor desató nuestras manos—. Os presento al *laird* Bryce MacDonald, y a su esposa Elisabeth MacDonald, nueva señora de Alnwick Castle.

No pude evitar besar a mi esposa con ardor, mientras sentía que la dicha y la felicidad me

envolvía por completo. Karen sirvió unas copas de *whisky*, y tras hacerlo levantó la suya para brindar.

—Por la señora Macdonald, *Sláinte*.

—*Sláinte* —dijimos el resto antes de tomar de golpe nuestra bebida.

—Ahora ya puedo abrazarte, señora MacDonald. —Karen la estrechó con fuerza y besó su rostro mientras no podía ocultar la emoción que sentía.

Connor me felicitó con efusividad, y después hizo lo mismo con Elisabeth.

—Bienvenida a la familia, prima. Estoy deseando celebrarlo, pero ahora mismo Bryce y yo todavía tenemos algo más por resolver. —Su rostro se ensombreció.

—Puesto que ahora soy la señora de esta casa, afrontaré cualquier cosa junto a mi esposo. No me quedaré encerrada en mi habitación esperando noticias.

—No esperaba que lo hicieras. —La miré con orgullo, y después me dirigí a Connor—. Ve en busca de los Ranald, acabaremos con esto ahora mismo.



—¡Jamás me habían sometido a tan gran humillación! ¡No puede rechazar a mi hija, es una ofensa absoluta hacia nuestro clan! —Dalziel desenfundó su *claymore*, y me apuntó con ella ante las caras de estupefacción de su esposa y de Juliette.

—Señor, baje el arma ahora mismo y obviaré que ha tenido el valor de amenazarme en mi propia casa. —Traté de sonar autoritario.

—Sabía que no era de fiar. Un usurpador no puede ser un hombre de palabra, pero su primo supo venderlo a la perfección.

—¡Querido, baja el arma, por favor! Hablemos. —La señora Ranald trató de apaciguar a su marido.

—¡El momento de hablar ha acabado! —escupió de malas formas—. ¡Desenfunda tu arma, maldito MacDonald!

—Padre por favor, se lo ruego. —Juliette agarró a su progenitor por el brazo y tiró de él para que cesara en su empeño.

Miré aquel hombre furioso, y comprendí la razón de su ira. Puse la mano sobre la empuñadura de mi *claymore* y lo miré duramente dejándole claro que si atacaba lo ensartaría con mi hierro.

—Será mejor que nos calmemos —Connor se adelantó y se situó frente al Ranald—. Creo que podremos encontrar una solución.

—Oh, por supuesto que lo haremos, o le aseguro que en un par de días todo mi ejército estará a las puertas de vuestro castillo —amenazó.

—Puedo imaginar lo difícil que debe de ser buscar marido para una hija, y no quiero ni pensar lo que será para cuatro como tiene usted. Así que mi propuesta es la siguiente: Yo mismo contraeré matrimonio con alguna de ellas, y cuando llegue mi primo Kai MacDonald, lo convenceré para que lo haga con otra de sus hijas. —Las palabras de Connor cayeron sobre mí como un balde de agua bien fría, y no pude evitar mirarlo con cara de asesino.

—Padre, es un buen trato —saltó Juliette.

—¿Kai MacDonald? Pensaba que lo habíais desterrado.

—¡Y así es! —dije con los dientes apretados.

—Así era —Connor clavó su mirada en mí—. Hay ocasiones en las que ambas partes se benefician y es factible una tregua, y esta es una de ellas. Hace un par de días recibí carta de mi primo contestando a mi misiva, en ella me decía que llegará a la costa de Tigharry dentro de tres semanas. —Connor sacó una misiva del bolsillo de su pantalón y se la tendió al Ranald.

La ira comenzó a apoderarse de mí ser por momentos y tuve ganas de matar a mi propio primo. Mi cuerpo se tensionó de tal forma que sentí que la bestia se adueñaba de todo mi ser, hasta que Elisabeth colocó su pequeña y cálida mano sobre mi brazo. Busqué sus ojos, y recibí la calma que en ellos había, ella me dio la fuerza que necesitaba para controlarme, para dominar a ese maldito animal que luchaba por emerger de los infiernos.

—De acuerdo, acepto su proposición —El hombre guardó su espada de forma improvisada—, pero se casará ahora mismo con mi hija Juliette, y cuando Kai regrese, se casará con cualquiera de mis otras hijas.

—Pero padre yo...

—Silencio, niña —la reprendió su madre.

—Creo que Juliette debería casarse con Kai MacDonald, sus personalidades son más afines. —habló mi esposa por primera vez.

—Nadie le ha preguntado, mujer—. Dalziel le respondió a Elisabeth, saltándose el decoro.

—Controle como le habla a mi esposa, señor. Empiezo a cansarme de usted.

—Nos casaremos mañana, tal y como estaba previsto, y un sacerdote oficiará la ceremonia. Será legal e irrompible. —Connor extendió en brazo hacia el Ranald para sellar su compromiso, y este la aceptó mientras me miraba con verdadero odio.

Capítulo 30

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Bryce MacDonald.

Los puños me ardían, y las costillas las tenía molidas, pero estaba seguro de que a Connor la cara le dolía muchísimo más que a mí después de nuestra golpiza. ¿Cómo había osado traicionarme?

Sentados en el suelo uno junto al otro, tratábamos de recuperar el aliento mientras una Elisabeth furiosa nos gritaba todo tipo de cosas.

—¡Sois como críos, y me da vergüenza lo que acabo de presenciar! ¡Espero que estéis bien adoloridos durante unos cuantos días para que no olvidéis lo estúpidos que habéis sido! —Elisabeth se volteó muy cabreada, y se marchó junto a Karen hacia el interior del castillo.

—Todavía me cuesta creer que escribieras a ese traidor a mis espaldas —le reproché.

—Alguien tenía que solucionar nuestro problemita con Eòghann. —Connor se llevó la mano a la mandíbula en una mueca de dolor—. Esta misma mañana he recibido nuevas de nuestro infiltrado en el clan MacNeil.

—¿Y bien?

—Nos atacarán en dos días, tres como mucho.

—Estamos preparados, los Ranald...

—Incluso con los Ranald estamos en minoría, tengo entendido que le ha pagado a un grupo de rebeldes para que se unan a sus filas, así que recemos porque tu hermano regrese antes de tiempo primito, o cuando lo haga solo encuentre nuestras cenizas.

Aunque odiaba reconocerlo Connor estaba en lo cierto.

—Gracias —susurré entre dientes.

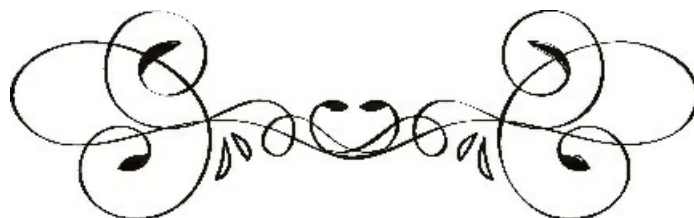
—Espera, ¿qué has dicho?

—Reconozco que tenías razón con lo de Kai, aunque prefiera comer boñigas de caballo a tener que torcer mi brazo ante él. También te agradezco que aceptaras casarte con la hija de los Ranald, sé que hasta hoy no habías pensado en el matrimonio, y por eso quiero regalaros la fortaleza de Stone Castle tras tus nupcias, a menos que todavía no te hayas cansado de mis tonterías y prefieras vivir aquí siendo mi mano derecha como hasta ahora.

—Creo que hacía mucho tiempo que alguien no conseguía dejarme sin palabras.

—Bien, pues bebamos entonces y dejémonos de cháchara. No necesito una respuesta de inmediato. Además, quiero celebrar mi enlace. —Me levanté y le tendí la mano para que él también lo hiciera.

—Buena idea, yo también necesito un buen trago, hoy ha sido un día intenso, y los venideros serán aún peores.



En el gran salón se respiraba el aire festivo; la cerveza corría a raudales, y la comida se servía en grandes cantidades sin restricción. Los músicos tocaban sin descanso, y todo el ambiente estaba decorado con los colores MacDonald. Buena parte de los habitantes del castillo habían acudido a la cena, eran muchos los que querían mostrar sus respetos ante la nueva señora del clan.

Elisabeth ocupaba su puesto en la mesa, y con una naturalidad innata atendió con cariño y devoción a todo aquel que se acercaba hasta ella para mostrarle su fidelidad.

Una vez que llegué junto a ella, ocupé mi asiento y coloqué mi mano sobre la suya, mano que ella retiró casi al instante.

—Me prometiste un año tan dichoso que no desearía regresar a mi hogar jamás, ¿acaso lo has olvidado tan pronto?

—Elisabeth, mi primo y yo tenemos nuestras diferencias, y eso es algo en lo que no debes inmiscuirte. —Ella me miró con fuego en los ojos, y supe que había errado en mis palabras casi de inmediato.

—Siento que no te guste que me «inmiscuya», pero lo seguiré haciendo si me place, en mi tiempo las mujeres somos diferentes, y si no te gusta todavía puedo marcharme la próxima luna roja.

—¿Por qué tienes que hacerlo todo siempre tan difícil?

—No te hagas el sorprendido Bryce, sé que eso es lo que te gustó de mí. —Ella me miró retadora, y mi entrepierna se endureció al instante.

Elisabeth estaba en lo cierto, todo en ella me agradaba en demasía, desde su carácter rebelde, hasta su lengua afilada y fuera de lugar en más de una ocasión. Miré sus labios carnosos y tentadores, tan cerca, pero tan lejanos en aquella sala llena de gente, y creí que estallaría la locura en mi interior por no poder hacerla mía de inmediato sobre aquella mesa que tenía delante.

Ella me sonrió con malicia, probablemente al intuir la locura que albergaban mis pensamientos.

—Si me disculpas, esposo. —Se levantó, y al hacerlo rozó deliberadamente mi ingle bajo la mesa—. Todavía tengo otro tema en el que «inmiscuirme».

—Bien. Ya continuaremos con esta conversación en nuestra alcoba.

—Lo estoy deseando.

Capítulo 31

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

—¿Puedo sentarme? —pregunté dudosa a la joven de ojos almendrados que me miraba con intensidad.

—Ahora eres la señora de esta fortaleza Elisabeth, no necesitas mi consentimiento ni el de nadie para hacer lo que te plazca.

—Si ha venido a disculparse con mi hija, puede hacerlo de pie.

—¡Madre! —la reprendió Juliette—. Eso está fuera de lugar.

—Fuera de lugar está la dama que se presenta aquí ante nosotras después de adquirir quién sabe con qué artimañas lo que debía de ser tuyo por derecho.

—Entiendo que esté molesta, señora, pero no consentiré que me hable como le venga en gana bajo mi techo. —La mujer fue a replicar, pero Juliette se lo impidió.

—¡Madre, ya basta! Déjenos a solas para que podamos conversar.

La mujer, a la que le cambió el rostro por momentos hasta parecer descompuesta por las duras palabras de su hija, se levantó de su asiento como un resorte, y seguida por dos de sus damas desapareció de nuestra vista en segundos.

Ocupé la silla vacía junto a Juliette, y me tomé un momento para pensar en cómo comenzar con aquella conversación.

—Bebamos algo. Dicen que el vino suelta la lengua, y parece que es eso lo que ahora necesitamos. —Juliette alzó el brazo, y un mozo llenó nuestras copas de inmediato.

Me llevé la bebida a los labios, y tras dar un largo trago, comencé diciendo:

—Discúlpame Juliette, tenía que haber sido sincera contigo, al igual que tu fuiste sincera con tus sentimientos por Kai, pero te aseguro que no tenía intención de casarme con él. Mi idea era regresar a mi hogar y...

—No estoy molesta contigo Elisabeth, ¿qué más da que me case con Bryce o con Connor, si de quien yo estoy enamorada es de Kai? Por lo menos una de las dos será feliz. —Puso su mano sobre la mía y esforzó una sonrisa.

—Puedo intentar convencer a Bryce para cambiar tu enlace.

—Eso es imposible y lo sabes. Además, ya lo has intentado y no ha funcionado. Ya está hecho, y cuanto antes lo asuma, antes lo aceptaré.

—Ojalá yo tuviese tu templanza.

—Ojalá yo tuviese tu valentía —dijo, y después se tomó la copa de un trago—. ¡Dios santo, esto está fuertísimo! Creo que me tomaré otra, pues mañana seré una mujer casada, así que esta noche haré lo que me plazca.

—Yo también tomaré otra, pues soy una mujer casada, y también haré lo que me plazca. —Juliette se carcajeó por mi comentario, y levantó su mano de nuevo.

El mozo rellenó nuestras copas, y tras brindar, nos bebimos el contenido de un solo trago.

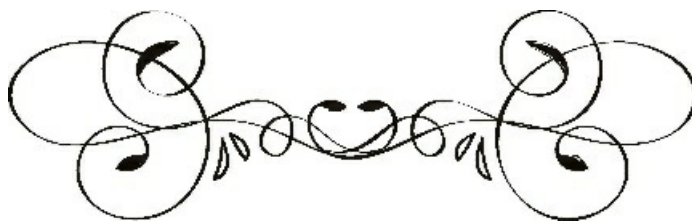
—Tan solo dime algo Elisabeth, y por favor sé sincera.

—Te prometo que responderé solo con la verdad. —Puse mi mano sobre mi corazón como si estuviese haciendo un juramento.

—¿Connor es un buen hombre?

—Estoy segura de ello Juliette, en el poco tiempo que lo he podido conocer, ha demostrado ser sincero, justo, y leal a su clan.

—Bien, pues para mí será suficiente, por ahora.



—Bájame Bryce, soy perfectamente capaz de hablar.

—Dirás capaz de andar. ¿Y cómo vas a hacerlo si tan siquiera hilas bien las palabras?

—A eso me refería, capaz de andar.

Bryce subió las empinadas escaleras con mi cuerpo cargado sobre él, como si no pesara nada. El movimiento sistemático, junto con la presión que ejercía su hombro contra mi estómago, hicieron que una bocanada de lo que residía en mi interior atravesara mi garganta para salir disparado sin que yo pudiese hacer nada.

—¡Por todos los demonios Elisabeth, mira cómo me has puesto! —dijo molesto al mismo tiempo que me depositaba en el suelo.

—No es culpa mía, si no tuya. Me estabas haciendo daño. —Me llevé las manos al vientre.

Bryce comenzó a desabotonarse la camisa, y no pude evitar mirar su torso musculado y atractivo.

En ese instante dos muchachas del servicio que bajaban las escaleras se sorprendieron al vernos en aquella tesitura, y tras darnos las buenas noches, desaparecieron escaleras abajo con el rubor instalado en las mejillas.

—Habrán pensado que estábamos...

—Pueden pensar lo que les plazca, ahora estamos casados. —Comenzó a caminar hacia nuestra estancia, y yo lo seguí de cerca.

Una vez allí, nos dimos cuenta de que una muchacha esperaba nuestra llegada junto a la chimenea. Al verla me detuve frente a ella y miré a Bryce algo desconcertada.

—Señor, vengo para ayudar a su esposa con su ajuar.

—Soy perfectamente capaz de desvestir a mi mujer. ¡Fuera de aquí!

La muchacha asustada por los gritos poco corteses de su señor, salió de la habitación tan rápido que apenas pude reaccionar.

—Eres un auténtico patán, Bryce MacDonald. No debiste hablarle así. ¿Por qué estás tan furioso?

—Estoy furioso porque todo el mundo obtiene tu atención, a excepción de mí.

—¿Estás celoso? ¿De quién? —No pude evitar reírme.

—¡Del mundo entero si es necesario! —Movié sus manos enérgicamente—. He esperado todo el día a este momento, y te presentas así.

Él se acercó con cautela, y me agarró por la cintura.

—¿Así como?

—¡Beoda!

—No estoy beoda, aunque no tengo claro lo que significa.

—Significa: borracha, ebria, curda. —Me besó de forma fugaz—. Y esta noche te deseaba con todos tus sentidos intactos para mí, pecosa.

Comenzó a tirar de las cintas de mi corse.

—Así que ya no me desees porque según tú estoy... ¿Cómo era la palabra?

—Beoda.

—Eso, Beoda. —Mi voz salió como un dulce ronroneó.

—No he dicho que no te desee, es más, te deseo más que nunca. Arrancó el corsé y deslizó mi camisola por los hombros dejando mis pechos expuestos y erguidos ante su mirada de lujuria.

Sus dedos rozaron mi piel que bajo su tacto se erizaba de forma inconsciente. Su boca se deslizó por mi cuello, y sus manos masajearon mi trasero mientras me presionaban contra su cuerpo firme y duro. Bryce se quitó la camisa, y no pude evitar seguir con mis dedos la línea de vello que se formaba bajo su ombligo hasta encontrar su miembro erecto y preparado para mí. Lo masajee mientras miraba sus ojos cambiantes y era consciente de como su respiración se entrecortaba.

En un movimiento inesperado, mi esposo me cargó entre sus brazos y me depositó sobre la cama de una forma ruda.

—Dije que tu vida sería tan dichosa que no querías regresar, pecosa. —Hablaban mientras se quitaba la ropa por completo y su mirada devoraba mi cuerpo—. Ahora comprobarás como un MacDonald siempre cumple sus promesas.

Arremangó mis faldas hasta que me llegaron a la cintura, y acarició mis piernas lentamente hasta encontrar el vértice de mi placer, donde dibujó círculos infinitos que me llevaron a un sínfin de jadeos y ruegos porque no cesara en aquello que se le daba tan bien.

Cuando sus dedos ahondaron en mi interior, y sus labios candentes se ciñeron a los míos en un intenso baile estratégicamente coreografiado, creí que el corazón se me saldría del pecho y que levitaría del mismo modo que mi cuerpo temblaba.

Mis caderas de forma involuntaria bailaron contra su boca deseosas por encontrar el punto de liberación que no se demoró en llegar. Apreté las sábanas con mis manos, y dejé que mi garganta se desatara en jadeos que intensificaron mi clímax.

—Oh, pecosa eso es música para mis oídos. No sabes lo que me gusta escucharte disfrutar —dijo al mismo tiempo que sus manos recorrieron mi cuerpo.

Bryce se situó entre mis piernas para introducirse en mí mientras acariciaba mis pechos y pellizcaba mis pezones endurecidos y sonrosados. El calor regresó en cuanto sus movimientos se intensificaron y su grandeza me llenó por completo.

Nuestros cuerpos estaban tan pegados que no sabía donde comenzaba el mío y donde terminaba el suyo, tan solo era consciente de que allí era donde quería estar eternamente; en un mar de placer y dicha absoluta aislados del mundo a nuestro alrededor.

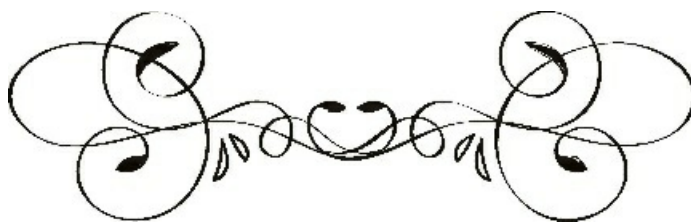
Capítulo 32

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

Cuando el sacerdote presentó a la nueva pareja, todos los allí presentes estallaron en aplausos y vítores para los recién casados. Connor lucía radiante con su kilt impoluto y su pelo repeinado hacia atrás. Se había afeitado, y eso le daba un aire más juvenil y atractivo, destacando así sus preciosos ojos verdes y su mandíbula afilada. Sonreía, y se dejaba felicitar por todo miembro de su clan que se acercaba hasta él para mostrar pleitesía por la nueva pareja.

La novia también estaba preciosa, llevaba un vestido tradicional con los colores de los MacDonald, y aunque en su rostro se dibujaba una sonrisa algo forzada, no podía evitar que el brillo de sus ojos se mostrara apagado. Me sentí mal por ella al instante al ser conocedora del motivo de su tristeza.

El festejo se alargó hasta altas horas de la noche, que fue cuando se retiró la reciente pareja, y es que era del todo cierto eso que se decía sobre los *highlanders*, tenían un aguante impresionante para beber y festejar.



Cuando el sonido de unas trompetas me despertó, Bryce ya se encontraba prácticamente vestido. Su rostro era de preocupación, y no pude evitar fijarme en que se estaba poniendo una armadura, y que su *claymore* ya colgaba de su cinturón.

—¿Qué sucede? —pregunté asustada.

—Nos atacan, pecosa —dijo aquello y se asomó a la ventana—. Apenas podremos retenerlos, son demasiados.

—Necesito un arma. Lucharé. —El corazón me bombeaba con fuerza cuando me incorporé y me situé junto a él en la ventana.

Desde allí, en la penumbra de la noche, pude ver el resplandor del fuego que ardía afuera de las murallas y las flechas llameantes que disparaban nuestros guerreros desde las torres y los muros.

—No quiero que luches, amor mío, quiero que pongas tu vida y la de las demás mujeres a salvo. —Me entregó un cuchillo pequeño, pero muy afilado—. Ve a por Karen, y juntas quiero que reunáis a todas las mujeres y niños del castillo y que os pongáis a buen recaudo en la torre norte. Allí estaréis custodiadas por unos cuantos hombres de mi confianza.

—¡No quiero dejarte! —lo abracé mientras mis lágrimas caían sin control.

—Antes de que te des cuenta volveremos a estar juntos, te lo prometo.

Me besó, y sentí que mi amor por él era tan intenso que por primera vez tuve miedo de perderlo.

La puerta se abrió de golpe, y Connor entró seguido por Juliette y su madre, las cuales estaban muy asustadas.

—No hay tiempo, Bryce. Nuestros hombres resisten en la puerta principal, pero hemos visto que han atracado más barcos en la costa y que en estos momentos se dirigen hacia aquí. No lo conseguiremos. —Connor respiraba con dificultad, y se le veía la preocupación en el rostro.

—Está bien, vayamos. —Me miró por última vez—. Haz lo que te he dicho, confío en ti.

Asentí mientras veía como el amor de mi vida desaparecía por la puerta para entrar en un combate del que difícilmente podría salir victorioso.

—Juliette, ¿sabes llegar a la torre norte? —pregunté.

—Sí, sé dónde está.

—Bien, porque necesito que vayas para allá mientras yo me visto y busco a las demás mujeres, allí estaremos a salvo.

—De acuerdo, ten mucho cuidado. —Su voz salió temblorosa.

—Si por favor, tenga mucho cuidado.

—Tranquila señora Ranald, estoy segura de que todo saldrá bien. —Coloqué mi mano sobre su hombro para tranquilizarla—. Y ahora marchaos.

Las mujeres salieron rápidamente en dirección a la torre, y yo me dirigía a mi armario, donde me puse el vestido más liviano que encontré, junto con unos botines muy cómodos que apenas tenían tacón y que me ayudarían si necesitaba correr. Metí el cuchillo en el bolsillo interior de mis enaguas y salí en busca de Karen.

Recorrí los pasillos rápidamente avisando a toda mujer y niño de que tenían que acudir a la torre norte, hasta que llegué a las cocinas, donde ya no quedaba nadie. Cuando me volteé para salir por la misma puerta que había entrado, unos sollozos me pusieron en alerta avisándome de que quedaba alguien más allí mismo.

—Hola, ¿estás bien? —los sollozos cesaron de golpe—. Soy Elisabeth MacDonald, puedo ayudarte si me dejas.

Esperé unos segundos hasta que una fina voz pronunció mi nombre. Caminé hacia ella, y rodeé la mesa de la cocina, donde pude ver agazapada bajo esta, a una pequeña niña asustada.

—Tranquila, estoy aquí contigo. —Me acucillé junto a ella y acaricié su cabecita.

—Tengo miedo.

—Lo sé, pero el miedo nos hace más fuertes, así que no es malo sufrirlo un poco. —Traté de sonreír a sabiendas de que yo también estaba asustada.

Le tendí la mano, y la ayudé a salir de debajo de la mesa. Una vez de pie, pude apreciar que no tendría más de seis años por su estatura. Y sin más palabras la cogí entre mis brazos y me dirigí con ella —que se agarraba con fuerza a mi cuello—, hacia el exterior del castillo donde se escuchaban los gritos y los horrores de la guerra.

Las puertas habían caído y los guerreros luchaban unos con otros en lo que era una batalla campal en toda regla.

Me encontraba atravesando el lugar lo más rápido que podía, esquivando a aquellos *highlander* enfurecidos que nos doblaban en tamaño y altura, cuando alguien me agarró por el pelo.

—¿Qué tenemos aquí? Una sucia y asquerosa MacDonald, con una pequeña ratita entre sus brazos. —El hombre me zarandeó, mientras que la pequeña gritaba asustada.

Traté de patearlo, pero me abofeteó y las dos caímos al piso. La niña rodó hacia un lateral, y

se hizo un ovillo en el suelo.

—Hoy es mi día de suerte, me follaré una putita MacDonald mientras su hija mira.

El hombre se abalanzó sobre mí y trató de besarme mientras me revolvía y gritaba. Pude oler su aliento asqueroso que se mezclaba con litros y litros de alcohol. Comenzó a desabrocharse el pantalón, y tiró de mis faldas. Entonces fue cuando recordé que llevaba el cuchillo en mis enaguas. Metí la mano como pude y al sentir el frío del mango en la mano, me quedé paralizada por unos segundos. ¿De verdad podría clavarle el cuchillo a aquel hombre?

Cuando sus manos recorrieron mis muslos casi al mismo tiempo que su boca pestilente me llenaba de insultos, la movilidad regresó a mi cuerpo. Clavé mi arma tan honda en su costado entre las costillas, que tropecé con su empuñadura. El tipo abrió la boca y los ojos de forma desmesurada, y su peso cayó a plomo sobre mí. La respiración se me cortó al instante por el peso, y tuve que hacer uso de todas mis fuerzas para poder salir de debajo de aquel tipo gordo y fuerte.

Tumbada boca arriba y con la respiración entre cortada, no me pude permitir los segundos que necesitaba para restaurarme, así que me levanté rápidamente y recuperé el cuchillo del cuerpo inerte que yacía ante mí.

Agarré de nuevo a la pequeña que todavía seguía acurrucada en el suelo y con los ojos cerrados, y corrí con ella hacia la torre. Llegando a las caballerizas pude ver a Karen que se dirigía hacia mí desesperada.

—¡Dios mío, la has encontrado! La he buscado por todas partes. —Me arrebató a la niña de entre mis brazos y la abrazó fuertemente.

—¿Dónde está su madre Karen?

—Su madre ayuda en cocina, pero... —Sus ojos llenos de lágrimas me dieron a entender la mayor de las tragedias.

—Cuidaremos de ella. —Apenas pude decirle sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta.

Cuando llegamos por fin a la torre, varios hombres que custodiaban su puerta armados hasta los dientes se apartaron y nos dejaron pasar para que pudiésemos ponernos a salvo.

Dentro, decenas de mujeres se agolpaban en la única sala que había. Estaban sentadas por el suelo, y se abrazaban unas a otras esperando saber cuál sería su destino. Los gritos y el estruendo de las espadas chocando entre sí, y que se colaban por las ventanas, resonaban entre aquellas gruesas paredes acentuando nuestra agonía.

De pronto se escuchó un estruendo mayor, y en pocos segundos la sala se llenó de guerreros con los colores MacDonald, y de entre ellos, emergió Bryce con la cara ensangrentada.

—Vamos, debemos huir a las costas. Allí nos espera un barco. Pronto se harán con el castillo, y matarán a todo MacDonald que alberguen estas murallas.

Las mujeres comenzaron a gritar, y la histeria recorrió cada rincón de la torre, reinando el caos en el lugar.

—¡Callaos! —grité a pleno pulmón haciéndome oír, y en segundos el silencio reinó por primera vez obviando el estruendo que provenía de afuera—. Saldremos de aquí, pero hemos de mantener la calma. Nuestro *laird* no nos ha abandonado, y yo como su señora tampoco lo haré. Juntos conseguiremos salvar la vida, pero no podemos perder la razón.

—Vayan escaleras abajo, los guerreros les dirán que hacer —les dijo Bryce mientras ayudaba a levantarse a una de las mujeres más ancianas.

Cuando me fijé en su rostro recordé a Teresa y no pude evitar mirar a Karen.

—No la he encontrado —respondió intuyendo mis pensamientos.

—Tranquila, estoy segura de que estará bien.

Ella asintió con la pena instalada en el rostro, pero continuó ayudando a las demás mujeres

Cuando Bryce y yo nos aseguramos de que todo el mundo había bajado por las escaleras, y dirigido por los guerreros del clan a un pasadizo secreto que llevaba directamente a las costas, lo hicimos nosotros, cerrando una pesada puerta de piedra que se camuflaba con una de las paredes, para hacer invisible ante nuestros enemigos el pasadizo que nos había dado la oportunidad de escapar.

—¿Y Connor?

—Está en la costa, el ayudará a embarcar a todo aquel que consiga llegar.

Capítulo 33

Escocia, Alnwick Castle, año 1535

El aroma salado y el sonido de las olas del mar agitado, me embargó por completo nada más salir de aquel pasadizo que daba directamente a las rocas colindantes al mar.

Desde allí, contemplé la paleta de colores anaranjados del amanecer que predominaban el cielo. La bruma del mar se mezclaba con los vapores del agua que calentaban los rayos del sol, creando una niebla mágica que flotaba sobre el agua, y daba un aire misterioso y singular al paisaje. Estaba segura de que si mi vida no hubiese corrido peligro en aquel momento, podría haber disfrutado de aquella visión por horas.

A unos cuantos metros, un gran barco se camuflaba con la niebla. Era enorme, y en la vela principal, justo en su mástil en lo más alto, lucía una bandera con el emblema de los MacDonald. Los meses que había pasado con el clan, me habían hecho reconocerla, y respiré por fin con normalidad, al pensar que en breve estaríamos a salvo.

Corrimos hacia la orilla, donde Connor y un par de hombres más nos esperaban en una barca que nos transportaría hasta el navío.

—¿Y los demás? —pregunté nada más llegar.

—Ya están arriba, Elisabeth —contestó Connor mientras me tendía la mano y me ayudaba a subir.

Bryce se quedó en la orilla mirando una enorme columna de humo que provenía de su castillo, hubiese pagado por conocer lo que pasó por su cabeza en aquel momento. Debió de ser realmente duro contemplar como su hogar se hacía trizas ante él.

—Vamos Bryce, mejor salvar la vida ahora para poder vengarnos después —voceó Connor desde la embarcación.

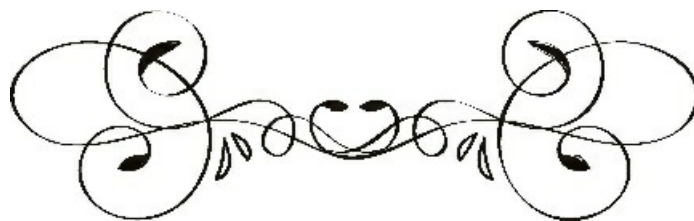
Bryce se volteó hacia nosotros con verdadera furia en sus ojos y los puños apretados, conteniendo una rabia en él que no había visto hasta entonces.

—Los mataré a todos Connor, no dejaré a ningún MacNeil vivo, aunque eso me lleve hasta las mismas puertas del infierno. ¡Lo juro!

Sus palabras me asustaron, pues sabía que no estaba hablando en broma, y que un MacDonald siempre cumplía sus promesas. ¿Ningún MacNeil vivo? ¿Es que acaso pensaba matar a toda mujer hombre y niño?

Bryce subió a la barca, y los minutos que estuvimos en ella, los pasó en silencio observando su castillo en la lejanía, supuse que alimentando su rabia y sus ganas de venganza.

Puse mi mano sobre su hombro, tratando de apaciguar a la bestia como tantas otras veces había hecho, pero esta vez cuando me devolvió la mirada, supe que estaba perdido, que el verdadero Bryce había desaparecido y que el animal que en él habitaba se había apoderado de su cuerpo al completo.



Poco a poco el animo fue decayendo entre en clan MacDonald, y tras cuatro días de travesía en mar abierto, todavía no habíamos dado con los barcos de Kai. Según Connor, ese truhán nos había prometido ayuda, pero yo no estaba tan seguro de ello, pues había conocido en primera persona a aquel ser arrogante y mentiroso, y mi desconfianza en él era absoluta.

Cuando uno de nuestros guerreros gritó a pleno pulmón «barco a la vista», todos corrimos a estribor para mirar de quien se trataba. A lo lejos pude observar como una gran flota de embarcaciones se aproximaban hacia nosotros.

—¿Crees que será Kai? —preguntó Juliette emocionada nada más colocarse a mi lado.

—No lo sé, eso espero. Aunque me desagrede su presencia, está claro que lo necesitamos.

—¿Son MacDonald? —la respiración de Karen era agitada, supuse que su carrera desde las cocinas hasta cubierta fue del todo apresurada.

—Todavía no logro ver su estandarte, están demasiado lejos —contesté con la mirada fija en el horizonte.

Bryce y Connor se abrieron paso entre los curiosos que se apretujaban contra la barandilla de cubierta para poder observar los barcos que cada vez estaban más cerca.

—¡Ahí está ese cabronazo! —escupió Bryce nada más ver la flota que se mostraba ante él.

Connor que miraba a través de un catalejo confirmó nuestras sospechas.

—Así es, y prometiste que te comportarías —advirtió a su primo.

—Eso será después de que le parta la crisma, y algún que otro hueso, después veremos que se puede hacer con lo que quede de él.

—Lo necesitamos.

—Lo necesitábamos hace cuatro días cuando asaltaron mi castillo, ahora que ya no dispongo de él no tengo porque respetar la tregua.

—Nos ayudará a recuperarlo, no seas insensato.

Bryce golpeó con su puño la barandilla de madera al mismo tiempo que emitió un gruñido de rabia.

—¿Me dejas ver por el catalejo? —le pregunté a Connor.

—Por supuesto, prima.

Me lo tendió, y rápidamente miré a través de él. Poco a poco fui observando cada una de las embarcaciones hasta que una de ellas llamó mi atención.

—Parece que hay alguien atado al mástil de uno de los navíos, pero no logro verlo bien.

—¿En serio? ¡Déjame ver! —Karen me arrebató el artefacto y observó por él—. Es cierto, hay alguien atado al mástil principal.

—No te creo. —Juliette le quitó el catalejo a Karen y llegó su turno para observar—. ¡Dios santísimo, es una mujer!

—¿Cómo? ¡Ese maldito lo ha vuelto ha hacer! Déjame ver quién es esa pobre chica atormentada.

Me coloqué de nuevo el artefacto en el ojo, y tras moverlo un poco para encontrar la posición correcta, pude observar a la chica. —¡No puede ser! ¡Es imposible!

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —preguntaron las chicas nerviosas.

—¿¿¿Elena?!!!



Epílogo

Galicia, Ourense, 23 de agosto del 2026

Elena

Habían pasado varios meses desde la desaparición de Eli, y en mis pensamientos seguía estando tan presente como si fuese ayer. La echaba de menos, la necesitaba, y no concebía que hubiese desaparecido de una forma tan absoluta.

En mi mente cada día repasaba la última conversación telefónica que tuvimos, donde ella me explicó cosas que para mí no tenían ningún sentido entonces, pero que cada día cobraban más peso. ¿Y si realmente era cierto que había viajado en el tiempo?

—¿Le interesa alguna cosa? —me preguntó una vendedora ambulante.

No había sido consciente de que mientras pensaba en Elisabeth y paseaba entre los puestos del mercado medieval que cada año montaban en mi pueblo, me había detenido frente a uno de ellos y mi mirada se había perdido entre los objetos que descansaban sobre aquella mesa cubierta por un mantel blanco impoluto.

—Solo estoy mirando, gracias.

—Quizá no has mirado demasiado bien. —Aquella frase me desconcertó, y me hizo reparar en la mujer de cabellos canos y ojos tan oscuros como la misma noche... —Hazme caso, preciosa. Vuelve a mirar, quizá lo que encuentres te sorprenda.

Por alguna razón no pude evitar hacerlo, y fijándome —esta vez con detalle—, repasé cada uno de los objetos que allí había hasta recaer en uno.

Era un collar de plata del que pendía una preciosa piedra azul, y como movida por un impulso involuntario me vi cogiéndola entre mis manos.

—Buena elección. Dicen que la labradorita es una piedra mágica.

—¿Has dicho labradorita?

—Eso he dicho, preciosa.

No podía ser cierto. ¿Sería el destino? Al escuchar el nombre de aquel mineral, recordé la conversación con Elisabeth, donde ella me dijo que atravesaría los arcos de piedra del Monasterio de San Pedro de Rocas gracias a aquella piedra, pero que tenía que ser el último viernes de diciembre.

Por un momento me vi tentada a probarlo, pero todavía faltaban varios meses para diciembre, y la espera se me haría terrible.

—Me lo llevo, ¿cuánto quieres por él?

—Te lo regalo, está claro que estás destinada a él.

—Ah no, no puedo aceptarlo, me sentiría mal si no te lo pagara.

—Créeme lo vas a necesitar para ese viaje tan largo que piensas hacer.

La mujer salió de detrás de su puesto, y tras coger el collar de entre mis manos, me lo colocó en el cuello.

—No voy a hacer ningún viaje.

—Sí lo harás, y será esta noche. Los arcos te esperan, y no tendrás otra oportunidad para hacerlo.

—¿Quién eres?

—Soy Teresa Montaner, recuérdalo cuando te reúnas con tu amiga.

—Pero...

—Mi pago por el collar tan solo será que traslades un mensaje. —Ella me agarró la mano y me miró con intensidad—. Karen te amo, pero mi tiempo ha acabado. Siempre velaré tus noches y tus días, así que no temas, pues mi alma te acompaña ahora y siempre. ¿Crees que podrás recordarlo?

Asentí mientras un mar de preguntas se revolvía en mi mente. ¿Quién era aquella mujer?

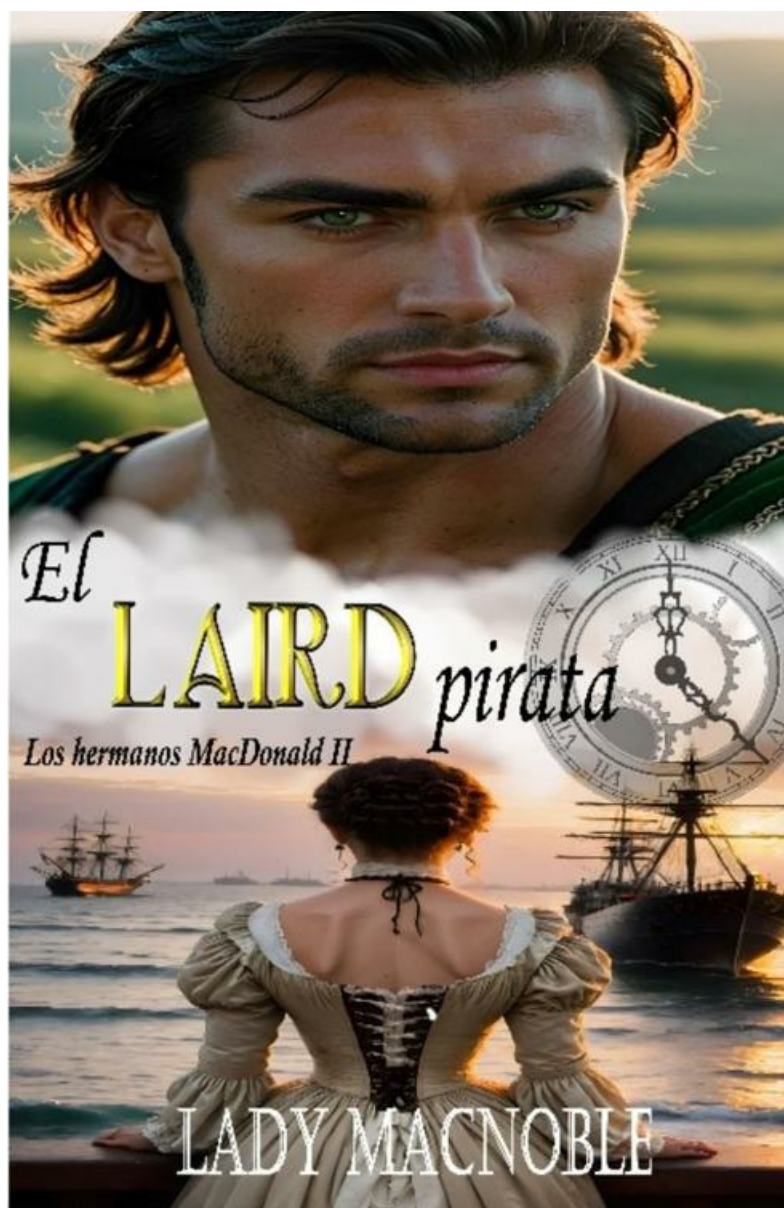
—Karen te amo, pero mi tiempo ha acabado. Siempre velaré tus noches y tus días, así que no temas, pues mi alma te acompaña ahora y siempre. —Repetí temiendo olvidarlo.

—Bien, estás lista. Ve y vive, niña. Vive.

Continuará...

Mis queridos viajeros y viajeras, gracias por llegar hasta aquí. Si te ha gustado esta historia te agradecería que me dejaras una valoración en Amazon, con eso me ayudas a difundir mi novela y a llegar a más personas. También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, donde siempre estarás al tanto de todas mis novedades. Por otra parte, te invito a que visites mis redes sociales de Instagram o Facebook, donde subo contenido sobre mis novelas.

Como otras veces, me gustaría daros una exclusiva como lectores de esta nueva saga, y es la portada y el título de la siguiente novela, que saldrá a la venta sobre el mes de octubre de este año. De nuevo, muchas gracias por leerme.



Kai MacDonald es despiadado, insensible, y arrogante. Tras el destierro de su tierra natal, ha tenido que buscarse la vida de la peor forma para hacerse respetar en un mundo de bucaneros y asesinos despiadados.

Elena es dulce, refinada, y demasiado bella para sumergirse en un mundo donde el pillaje y los calaveras abundan. Cuando cae de forma abrupta sobre la cubierta de un navío, y es apresada por el MacDonald, siente que su mundo está a punto de desmoronarse por completo, pero lo que ella no imaginaría jamás, es que su corazón también acabaría sometándose ante los encantos agri dulces del *laird* pirata.

Books By This Author

[Una sassenach en las Highlands](#)

¿Qué pasaría si un día despertases en la Escocia del año 1612?

Zeltia no pensaba que eso sería posible, es más, creyó que estaba soñando hasta que fue capturada por un guerrero tan oscuro como la misma muerte.

Ella, que por casualidad viajó en el tiempo mientras visitaba el monasterio de San Pedro de Rocas junto con sus amigas de la infancia: Herea y Amara, tendrá que averiguar si ellas también cruzaron la barrera del tiempo, o por el contrario lo hizo sola.

Desamparada, y en un mundo hostil, tiene que aprender a convivir en una fortaleza en highlands —siendo tan solo una «sassenach»—, donde las normas sociales poco tienen que ver con las actuales mientras busca como regresar a la época actual.

A esto se le suma un problema mayor; y es que su corazón ha sido robado...

Leyendas, batallas, traiciones, amistad, son solo algunos de los condimentos que encontrarás en esta novela romántica llena de pasión y amor.

Books By This Author

[Conquistando Inverness](#)

¿Alguna vez soñaste con viajar en el tiempo?

Amara, jamás pensó en encontrarse en tal situación. Despertar en la Escocia del año 1612 es una auténtica locura.

Esta bonita gallega, y estudiante de medicina, está a punto de descubrir los peligros a los que se expone una mujer en el siglo XVII, donde la quema de brujas está a la orden del día.

No nos olvidemos de Fergus Rose, un apuesto y joven guerrero que tendrá su propia contienda, y que la ayudará en esta peligrosa travesía llena de aventuras y peligros donde nada es lo que parece.

Amara está a punto de descubrir los placeres del amor, al mismo tiempo que saboreará lo amarga que puede ser la traición de un ser querido.

Únete en este viaje lleno de peligros, giros inesperados, y pasión.

Books By This Author

[La maldición de la isla de Skye](#)

Herea no pensaba que viajaría a la Escocia del año 1612, ni mucho menos que sus amigas también lo harían, pero hay un problema mayor; y es que cada una ha viajado a una punta diferente del país.

Uno de sus grandes dilemas será el encontrarlas, y el otro no la dejará partir de inmediato. Y es que hay secretos tan grandes que solo pueden ser contados en el momento justo.

Herea cumplirá su destino por encima de cualquier situación, aunque para ello ponga en riesgo los lazos que la unen a Amara, a Zeltia, y al amor de un fiero guerrero que ha conseguido hacerse un hueco en su corazón.

En esta última novela llena de aventura e intriga, nuestra saga da por fin su punto final.

¿Qué crees que decidirán estas tres gallegas?

¿Tratarán de regresar a su tiempo, o por el contrario se quedarán en la Escocia del siglo XVII que tantos dolores de cabeza les ha dado?